

Peter Kolosimo

ASTRONAVES EN LA PREHISTORIA

STUDIO DE LA PREHISTORIA

INDICE

ORGANIZACION EDITORIAL

LA PREHISTORIA EN LA PREHISTORIA

LA PREHISTORIA EN LA PREHISTORIA

LA PREHISTORIA EN LA PREHISTORIA



PLAZA & JANES, S.A.

Editores

Título original:
ASTRONAVI SULLA PREISTORIA

Traducción de
DOMINGO PRUNA

Colaboración fotográfica de
MARIO SALOMONE

Dibujos de
GIORGIO FERRERO

Primera edición: Julio, 1973
Segunda edición: Noviembre, 1974

Copyright © para todo el mundo de Sugar editore, Milán
© 1974, PLAZA & JANES, S. A. Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en italiano con el título de
ASTRONAVI SULLA PREISTORIA

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31044-X — Depósito Legal: B. 51.190 - 1974

INDICE

I. EL NUESTRO DE LOS TIEMPOS	11
El nacimiento de la vida	11
La vida en el mar	11
Los dinosaurios y los reptiles	11
II. EL MUNDO DE LOS TIEMPOS	11
El mundo de los tiempos	11
La vida en el mar	11
Los dinosaurios y los reptiles	11
III. LOS TIEMPOS DE LA LUNA	11
El mundo de los tiempos	11
La vida en el mar	11
Los dinosaurios y los reptiles	11
IV. LOS TIEMPOS DE LA LUNA	11
El mundo de los tiempos	11
La vida en el mar	11
Los dinosaurios y los reptiles	11

INDICE

V. MISIONES ESTERNALES	111
Expedición de la luz	112
La seducción de los gigantes	113
Los caminos de China	114
VI. EL ARMA DE MINUSA	121
Expedición hacia el fin	122
Las ruinas del Minoceno	141
Historia y el mundo del futuro	142
VII. VIAJES DE FUEGO	143
I. EL DESCENSO DE LOS DIOSES	13
Cienciaficción de piedra	16
Sarcófagos cósmicos	26
Los templos y las estrellas	31
II. SED DE ESPACIO	43
Marcianos en Vietnam	46
La edad de la serpiente	53
Los colmillos sobre el sol	60
III. LOS HIJOS DE LA LUNA	69
El hombre que no podía existir	73
Los mayas y los elefantes	80
Osos celestes	85
IV. CABALLEROS DE LAS ÁGUILAS	91
Una diosa en minifalda	97
El monstruo venido del frío	103
Tarzán y la mujer simia	106

V. MISIONES ESTELARES	117
Expedición de Rigel	120
La rebelión de los gigantes	126
Los cosmonautas de Ghana	131
VI. EL ARMA DE MEDUSA	135
Expedición desde Sirio	138
Las antenas del Minotauro	144
Heracles y el platillo volante	151
VII. PAJAROS DE FUEGO	161
Expediciones desde las Pléyades	165
«Sólo para conocernos»	170
VIII. LOS RAYOS Y LA ATÓMICA	185
Un paraíso inquietante	190
En todas partes hay fuego	196
Esqueletos radiactivos	200
IX. CONSTRUCTORES DE ETERNIDAD	205
Las lámparas perennes	208
Ciudades de otro mundo	216
La era de Géminis	226
X. GILGAMESH	231
Señores del tiempo	237
Atlántida vive todavía	244
Sin respuesta	253

Aguila sideral, viña de bruma.

Serpiente mineral, rosa de piedra.

Nave enterrada, manantial de piedra.

Caballo de la Luna, luz de piedra.

Escuadra equinoccial, vapor de piedra.

Geometría final, libro de piedra.

Del Canto General, de PABLO NERUDA

Mario Salomone es un hombre muy curioso. Tan curioso que ha escogido un «hobby» nada descansado: el de los viajes en el tiempo. Sale de su despacho o de su casa y desaparece. Reaparece una hora después o (si consideramos la cosa desde otro punto de vista) muchos siglos atrás, en pleno período de los bárbaros, busca lo que le interesa y luego se traslada a la época romana. O a la Prehistoria.

¿Adónde habrá ido a parar ahora? ¿A la Edad de Bronce?

Quizás. Algunos cacharros hallados aquí y allá parecerían querer hacerle leer esta fecha, de todos modos confusa, en el misterioso calendario de nuestro pasado. Pero nada de cuanto le rodea delata la época en que se encuentra. El paisaje prealpino está sellado por los relieves duros, por la áspera vegetación de siempre, por un silencio en el que crepitan tan sólo las ramas rotas, las hojas pisoteadas.

Al fondo se alza, como para evocar dimensiones ignotas, el cono inquietante del Musiné, ese monte siniestro, a trece kilómetros del lugar en el que habrá de surgir Turín, sobre el cual no crece nada bello, no brota nada, todo es rechazado por una naturaleza inexplicablemente hostil. Nuestro amigo mira a su alrededor, busca algún punto de referencia. Y, de improviso, ve un «platillo volante».

Está ahí, delante de él, no balanceándose en el aire, sino esgrafiado en una roca.

Esgrafiado en la Prehistoria. Lo cual es sensacional —y pal-

pable, sobre todo— como asimismo todas las noticias de haberlo visto que siguen llegándonos de todas partes del mundo.

CIENCIAFICCIÓN DE PIEDRA

Mario Salomone es un «viajero del tiempo», como hemos dicho, pero sólidamente anclado en nuestros días. Sus excursiones, a través de siglos y milenios, constituyen en realidad una labor de apasionada búsqueda efectuada a lo largo de los enigmáticos senderos del pasado, trazados en las cercanías de Turín (en el valle de Susa en particular), de civilizaciones conocidas e ignoradas.

Miembro del grupo arqueológico «Ad Quintum» (1), Salomone procura —obviamente— no dejarse arrastrar por la fantasía. No habla de «platillo volante», sino de «Roca del Sol», o sea, de un signo solar, pero no puede por menos que destacar algunos detalles que dejarían perplejo a cualquiera.

En la cota 500 aproximadamente, en un bosque de la ladera oeste del «Cresto» de Sant'Antonio di Susa —leemos en su relato— sobre una roca de 2,60 metros de largo que se eleva a 1,20 metros del suelo, se advierte una incisión en forma de elipse cuyos trazos tienen una profundidad de un centímetro y una anchura de dos.

Es interesante el hecho que la línea elíptica está rematada por otras dispuestas en forma radial. Primero se presentan

(1) Volveremos extensamente, en un próximo trabajo, sobre la imponente actividad de esta asociación, que cuenta entre sus fundadores al doctor Mario Zambelli, autor de importantísimos descubrimientos, y al profesor Dario Fogliato, uno de los máximos investigadores de las provincias romanas.

curvas, luego se hacen rectas y más cortas y en la parte terminal, por último, dos incisiones netas las atraviesan dando la idea de una cola.

En la parte interna de la elipse, diez centímetros más abajo, se nota una serie de copelas pulidas, casi circulares, situadas a cinco centímetros unas de otras, que marcan la curvatura.

La incisión está vuelta al Este, mirando al monte Musiné...

«Vuelta al Este.» Pudiera tratarse, en efecto, de la representación del astro naciente. No olvidemos, sin embargo, que no conocemos ningún signo solar con una corona radial semejante, incompleta, ausente en la parte anterior de la elipse, con los trazos oblicuos paralelos, dirigidos hacia la derecha, como para dar una impresión de movimiento. Ni, mucho menos, se encuentra en cualquier parte del mundo una disposición simétrica de tantas copelas que recuerdan sin demasiados esfuerzos de fantasía una serie de ojos de buey. ¡Además, copelas semejantes no tendrían sentido en una representación solar!

¿Nos encontramos, pues, delante de la reproducción prehistórica de una astronave?

Cabría acaso sonreírse de una idea semejante si a la incisión de Sant'Antonio de Susa no se pareciesen otras, a veces menos precisas, pero seguramente como para constituir una documentación sorprendente en la materia.

El investigador Aimé Michel, nos habla de ello enumerando sus buenas 17 grutas situadas en la región que él llama franco-cantábrica y que se extiende, aproximadamente, desde la zona cruzada por el río Vézère (Limousin, Francia) hasta la provincia española de Santander, donde se encuentran, con otras, las famosas pinturas rupestres de Altamira.

Son pinturas que se remontan a una ignota civilización que

floreció aproximadamente del 30.000 al 10.000 a. de J.C. (2) y representan, en gran parte, animales. Quien se ha tomado el trabajo de clasificarlos, ha contado, en 72 grutas, 610 caballos, 510 bisontes, 205 mamuts, 176 rebecos y más de 500 otros cuadrúpedos.

Está claro que los representantes de esta enigmática cultura (artistas natos, diríamos, habida cuenta de la naturalidad, la perfección, la belleza de sus obras) atribuían a la caza una grandísima importancia. Algo más, sin embargo, debió afectarles tanto como para inducirlos a insertar sus imágenes entre las que reflejaban las motivaciones que condicionaban su existencia.

Y son imágenes consideradas incomprensibles por los estudiosos de Prehistoria. Así las habríamos juzgado también nosotros hasta ayer, o sea, hasta cuando se empezó a hablar de «platillos volantes» y a reproducir sus formas.

Imaginémonos que vivimos en una isla solitaria y no conocemos el resto del mundo, pero sí podemos redactar un diario. Es obvio que sus páginas estarían ocupadas por la descripción de nuestros problemas más acuciantes (los cuales atañerían precisamente al alimento). Si viésemos pasar una embarcación en el horizonte tal vez le dedicaríamos algunas palabras, no muchas. Pero si la cosa se repetía, si algún buque arribaba cabalmente a nuestras playas, seguramente describiríamos de modo adecuado el acontecimiento que viene a incidir brusca y profundamente en la historia de nuestros días.

¿No pudo haber acontecido algo semejante a los habitantes de las cavernas francesas y españolas?

Estos artistas del Paleolítico, según Michel, reprodujeron muy fielmente todo lo que querían reproducir. Su veracidad era absoluta. Y dice, refiriéndose a los signos, que parecen

(2) «Palaeolithic UFO-Shapes», «Flying Saucers Review», vol. 16, N.º 2, mayo-junio 1970.

representar varios tipos de lo que hoy denominamos OVNIS (objetos voladores no identificados):

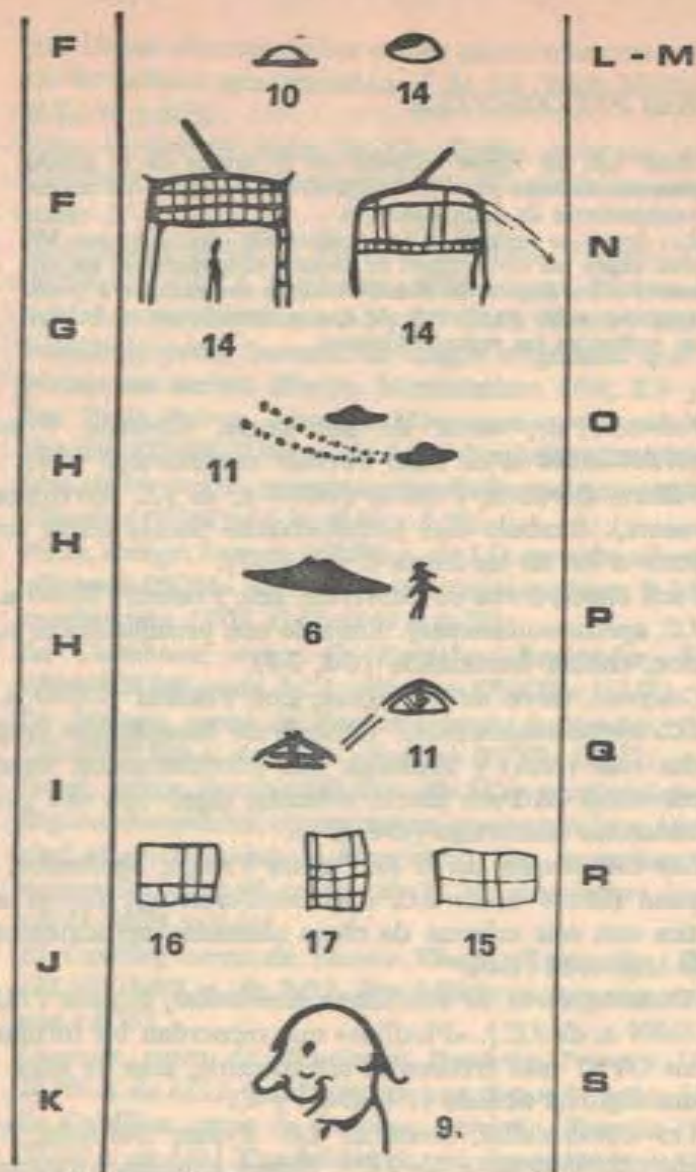
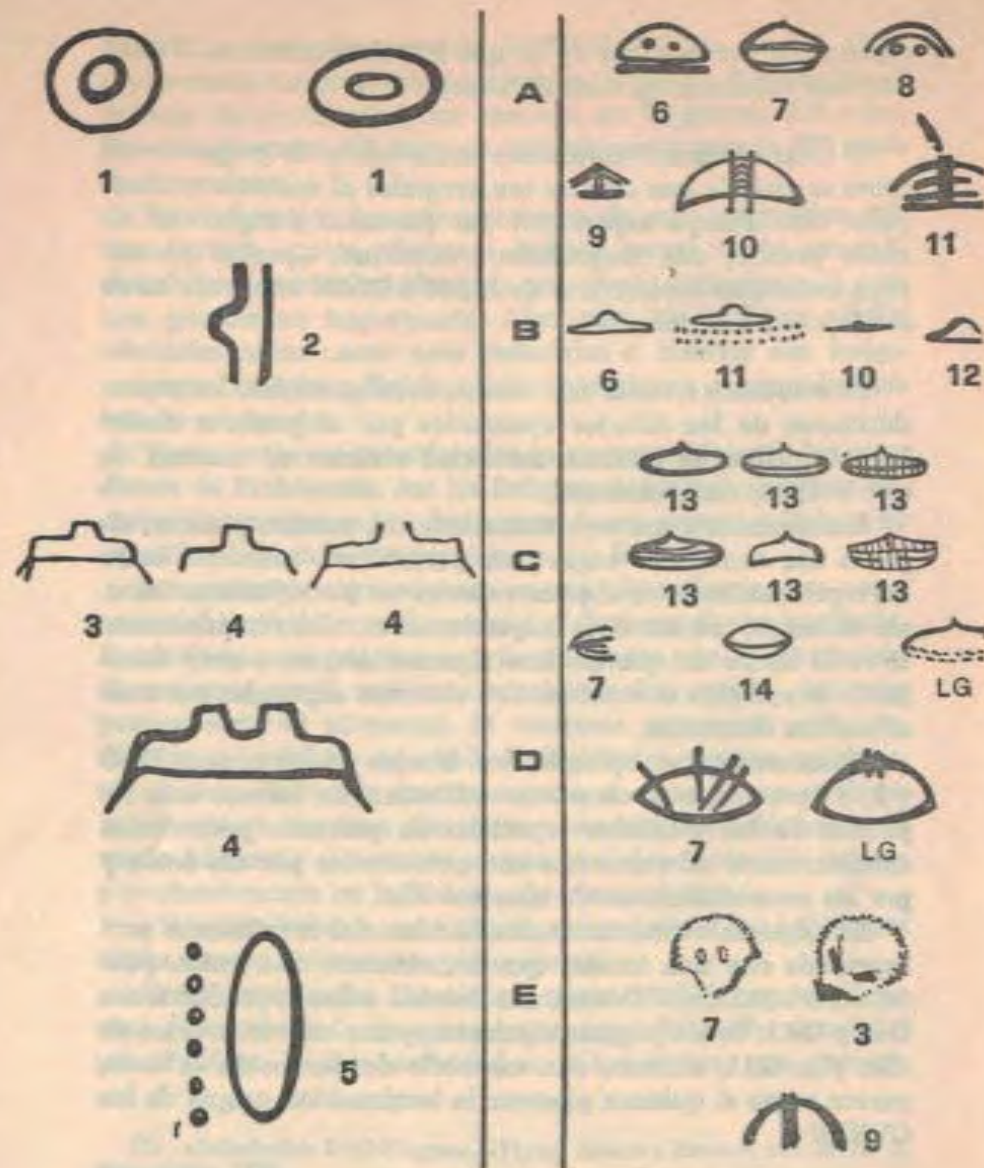
Si estas obras no representan nada, hemos de preguntarnos cómo es posible que artistas tan apegados al realismo en cualquier otro campo expresaran sus fantasías imaginando de modo preciso, con sorprendente exactitud, aquellas formas cuya existencia demostraría de 15.000 a 20.000 años más tarde el «Informe Condon».

El estudioso francés nos ofrece, catalogándolas, las reproducciones de los dibujos ejecutados por el profesor André Leroi-Gourhan, la máxima autoridad viviente en materia de arte prehistórico occidental.

Examinemos estas representaciones. A nuestro parecer, algunas son demasiado vagas para permitirnos incluirlas entre las reproducciones de objetos volantes no identificados. Otras, sin embargo, son sin duda impresionantes, como impresionante es el hecho de que muchos signos idénticos o muy semejantes hayan sido descubiertos en cavernas separadas por considerables distancias.

Observemos, por ejemplo, los dibujos de los grupos G, O y P, y veremos, perfectamente estilizadas, las formas más repetidas de los vehículos espaciales de presunta procedencia extraterrestre, tal como nos son presentadas por las fotos y por las reconstituciones de nuestros días.

En algunas representaciones la idea del movimiento está expresada con una técnica que definiríamos de *comics*. ¿Comics prehistóricos? Demos una mirada a las reproducciones O-11 y Q-11, de las páginas siguientes, y nos convenceremos de ello. ¡La G-11, además, con esa serie de puntos en la base, parece como si quisiera plasmar la luminosidad propia de los OVNIS!



PÁGINAS PRECEDENTES:

Estas son los signos hallados en 17 grutas de la región francocantábrica por Aimé Michel, con la ayuda de las investigaciones de Léoni-Gourban. Las letras se refieren a la clasificación efectuada por Michel según los varios tipos de objetos reproducidos; los números a los lugares de descubrimiento enumerados a continuación; entre paréntesis, la época aproximada a la cual se remontan las representaciones.

1. Pair-non-Pair, cerca de Marcamps, Gironde, Francia (30.000-20.000 a. de J.C.) Formas concéntricas (A-1).
2. Villars, Dordoña, Francia (15.000 a. de J.C. aproximadamente). Símbolo con protuberancia lateral quizá semejante a los de las letras C y D (B-2).
3. Pech Merle, cerca de Cabrerets, Lot, Francia (15.000 a. de J.C. aproximadamente). Símbolo con protuberancia superior, cabeza humanoide (C-3, J-3).
4. Cougnac, cerca de Paysignac, Lot, Francia (15.000 a. de J.C. aproximadamente). Cabezas de humanoides (repetidas seis veces) y símbolos con protuberancias superiores como en Pech Merle. Además, signo con dos protuberancias simétricas (C-4, D-4).
5. Las Chimeneas, cerca de Puente Viesgo, Santander, España (20.000 a. de J.C. aproximadamente). Forma elíptica con seis cabezas de clavo alineadas verticalmente a la izquierda (E-5).
6. Altamira, cerca de Santillana, Santander, España (12.000-10.000 a. de J.C.). «Platillos» que recuerdan las formas de los OVNI más frecuentes actualmente, uno de ellos con una figurita al lado (F-6, G-6 y P-6).
7. Les Combarelles, cerca de Les Eyzies, Dordoña, Francia (12.000-10.500 a. de J.C.). Signos elípticos atravesados

- por líneas, algunas de las cuales parecen antenas. Cabeza de humanoide que recuerda al de J-3 (Pech Merle) (F-7, H-7, I-7 y J-7).
8. Font de Gaume, cerca de Les Eyzies, Dordoña, Francia (12.000 a. de J.C. aproximadamente). Símbolos «testiformes» (F-8).
 9. Rouffignac, cerca de Fleurac, Dordoña, Francia (12.000-10.000 a. de J.C.). Símbolos «testiformes», rostros humanoides que recuerdan a J-3 y J-7 (Pech Merle y Les Combarelles); perfil humano de rasgos singulares que hacen pensar en ciertos dibujos humorísticos (F-9, K-9 y S-9).
 10. Les Trois Frères, cerca de Montesquieu, Aveyron, Francia (12.000-10.000 a. de J.C.). Símbolos «testiformes», uno de los cuales parece acompañado por una escalerilla. (Formas OVNI) (F-10, G-10 y L-10).
 11. Naux, Ariège, Francia (12.000 a. de J.C. aproximadamente). «Formas OVNI», algunas de las cuales sugieren la idea del movimiento (F-11, G-11, O-11 y Q-11).
 12. La Cullalvera, cerca de Ramales, Santander, España (12.000-10.500 a. de J.C.). «Formas OVNI» (G-12).
 13. La Pasiega, cerca de Puente Viesgo, Santander, España (13.000-10.500 a. de J.C.). «Formas OVNI» (H-13).
 14. Ussat, Ariège, Francia (10.500 a. de J.C. aproximadamente). Signos discoidales, construcción que recuerda a Aimé Michel el «módulo lunar» americano. Una reproducción va acompañada, en el centro abajo, de una figura humana (H-14, M-14 y N-14).
 15. El Castillo, cerca de Puente Viesgo, Santander, España (12.000-10.000 a. de J.C.). Cuadriláteros con signos internos (R-15).
 16. Lascaux, cerca de Montignac, Dordoña, Francia (15.000-12.000 a. de J.C.). Cuadriláteros con signos internos (R-15).
 17. La Gabillou, cerca de Sourzac, Dordoña, Francia (15.000-12.000 a. de J.C.). Cuadriláteros con signos internos (R-17).

El tipo de signos G-6 (que reaparece en la letra P) se encuentra, en la mayor parte de los casos, en los techos de las cavernas, en todas las posturas posibles, a veces en grupos de dos, tres, cuatro —escribe Michel—. Es sintomático el hecho de que la parte de los mismos techos reservada a tales objetos esté enteramente dedicada a ellos, mientras que el espacio adyacente está lleno de animales, agolpados, y a veces incluso superpuestos. De ahí la impresión que los artistas se hubieran propuesto resaltar la importancia de estas formas desconocidas y hacer notar su carácter, totalmente diferente del ambiente en el cual vivían los habitantes de la zona.

Volvamos a la P-6. Junto al «platillo» notamos una extrañísima figura humanoide, cuyos apéndices laterales, semejantes a cuatro brazos, saben claramente a cienciaficción. Más cercana a nuestro género es la pequeña silueta debajo de una estructura muy curiosa (N-14).

Es desconcertante el hecho de que los hombres primitivos del período magdaleniense vestidos de pieles animales y armados con hachas de piedra, hubieran podido concebir objetos tan parecidos a máquinas sustentadas por cuatro patas, provistas de antenas y escalas —comenta el investigador—. Y lo que aumenta nuestro estupor es la figura humana, que nos da una idea de las dimensiones del «aparato» que tiene encima. ¡Son las dimensiones del LEM, del «módulo lunar» americano!

¿Vamos en busca de los «extraterrestres»? He aquí el primero en el inmenso laberinto de Pech Merle (J-3). Aimé Michel nos lo describe así:

Tiene un cráneo enorme, el mentón puntiagudo, carece de orejas y los ojos son representados por líneas oblicuas, alargadas hacia arriba.

Sobre este enigmático personaje se balancea un extraño objeto (G-3), en el cual el profesor francés cree poder identificar una máquina voladora. Es el mismo objeto que vemos repetido seis veces en la caverna de Cougnac (C-4), que dista de la mencionada 40 kilómetros aproximadamente en línea recta.

Otros extraños señores nos miran desde las paredes de la gruta de Les Combarelles, acompañados por dibujos que vuelven a recordarnos los OVNI (F-7, H-7, I-7), el último de los cuales parece —dice Michel— estar provisto de antenas.

Ocupándose de estos seres (J-7), el profesor Leroi-Gourhan escribe:

Casi todas las caras tienen un aspecto de animal, lo que induce a formular la teoría según la cual se trataría de hombres con máscaras de bestias.

¿Máscaras? ¿Acaso nos hallamos ante unas razas desconocidas o, todavía siguiendo el camino de la cienciaficción que nos sugieren las presuntas representaciones de vehículos voladores, delante de seres con cascos espaciales?

Refrenamos, pues, la imaginación, pero consideramos también que las criaturas humanas están representadas en los dibujos y en las pinturas murales de la misma zona, de una manera diferente. A título de curiosidad fijémonos en el «homúnculo de Rouffignac» (S-9), que parece sacado de una caricatura moderna, pero que tiene la respetable edad de lo menos 13.000 años.

SARCÓFAGOS CÓSMICOS

Una estela de fuego rasgó la oscuridad como una gigantesca estrella fugaz y algo se abatió sobre la tundra en un huracán de llamas. La tierra tembló, la vegetación ardió en los entornos hasta la mañana. Luego, cuando el pálido sol se elevó en el cielo, una figura irreal salió de la cortina de humo todavía extendida sobre el lugar del incendio y fue al encuentro de los hombres que, aterrorizados, se habían agrupado a prudente distancia.

El jefe del clan se levantó y con un valor increíble arremetió, blandiendo la lanza de osos, contra el extranjero. ¿Por qué precisamente la lanza de osos? Porque el huésped indeseable tenía «una piel extraña», un rostro felino del que resaltaban dos grandes ojos redondos, una andadura que recordaba la de los plantígrados. El temerario guerrero arrojó el arma, que alcanzó al otro, rebotando, sin embargo, en su «piel» y dejándolo ileso. En respuesta, el «ser venido de las tinieblas» alzó una zarpa (¿o un brazo?) y su agresor cayó al suelo, rígido, en la posición asumida cuando se había precipitado al ataque.

El hechicero de la comunidad, indudablemente más prudente que el impulsivo cabecilla, intentó aplacar la ira del espantoso sujeto ofreciéndole la más bella muchacha del clan.

Acerca de las reacciones del «monstruo surgido del fuego» los pareceres son discordes. (La leyenda, con numerosas variantes, está difundida en toda la Siberia nortoccidental.) Hay quien lo cree de costumbres no muy severas y, por lo tanto, proclive a aceptar el don sin hacerse rogar, y quien, en cambio,

lo describe como un ser de rígidos principios morales incapaz de ceder ante halagos semejantes.

De esta última versión ha nacido tal vez la curiosa forma de superstición que ve en el oso un personaje venerable, temido y odiado al mismo tiempo. Sea como sea presentado el relato, advertimos que contiene elementos inconciliables con el primitivo nivel cultural de los paleosiberianos. Tratando de interpretarlo, estaríamos tentados de ver en la «extraña piel» una vestidura (¿quizás una escafandra?); en el «rostro de ojos redondos» que nos recuerda al humanoide de la gruta francesa de Les Combarelles, una máscara (¿o un casco?); en la desmañada manera de andar, el proceder de un ser entorpecido por su atuendo; en el gesto paralizante, la acción de un arma.

Resulta curioso de todos modos que aún hoy los yukaguiros siberianos (en tiempos remotos establecidos en un dilatadísimo territorio situado entre los ríos Lena y Kolima, el mar Glacial Ártico y la cordillera de Verjoiansk, actualmente reducidos al este del curso inferior del Indiguinska y en vías de extinción) practican la «prostitución de hospitalidad», ofreciendo a los visitantes, en señal de amistad, sus mujeres.

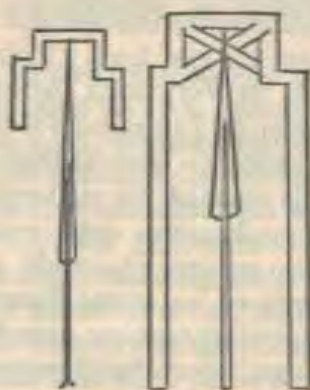
También entre los yukaguiros quizá podamos encontrar la fantástica clave de un enigma planteado a miles y miles de kilómetros de distancia en las grutas franco-cantábricas.

Hablando de las representaciones descubiertas en ellas, hemos aludido a los esgrafiados «techiformes». Estas incisiones a veces tienen un signo superior oval, pero más a menudo en ángulo obtuso. Volvamos de nuevo a las tablas de Aimé Michel, a F-9 y a Q-11. No representan seguramente puntas de flechas, como algunos han creído poder afirmar, y ello se hace muy evidente en el segundo dibujo, que parece mostrar un objeto en acción de alejarse precisamente de aquel «techiforme».

¿Qué podría ser entonces este último? ¿Otro vehículo volador o bien un entablado o una especie de hangar?

Examinemos la reproducción de una «carta de amor» que las muchachas yukaguias trazan sobre corteza de árbol, siguiendo una tradición nacida en tiempos inmemoriales. La lanza delgada, a la izquierda, representaría al hombre y la más ancha, a la derecha, a la mujer. Los contornos figurarían la casa y las vigas superiores transversales dolor y añoranza. El significado podría expresarse con estas palabras: «Tú te marchas y yo me quedo aquí. Por ti lloro y me entristezco» (3).

Pero hay quien piensa que el sentido de los dibujos fue, en el origen, muy diferente, aun reduciéndose siempre a una expresión de acongojada despedida. Una despedida de los dioses, sin embargo, los cuales abandonan su casa terrestre para ir al cielo del que han bajado.



La "carta de amor yukaguira". Hay quien cree que se trata del recuerdo de una despedida de antiguos visitantes espaciales.

(3) I. Lisner, *Abert Gott war da*, Walter-verlag, Olten, 1960.

Para muchos pueblos, efectivamente, la lanza puesta verticalmente indica la ascensión hacia el infinito. Y hay más. En muchos grupos tunguses (la población de raza mongólica que, ocupando una grandísima zona entre el río Yenisei y el Pacífico, hace tiempo absorbió también a los yukaguios) hallamos precisamente lo que podría ser un elemento de transición entre los dibujos prehistóricos franceses y el «mensaje» ilustrado de la figura de la página anterior: un triángulo isósceles con la base incompleta, en el cual está inscrita verticalmente una flecha. Pero aquí no se trata de una carta de amor, sino de un símbolo mágico que indica las relaciones de la divinidad entre el Cielo y la Tierra. El signo «techiforme», en efecto, representa la típica habitación tungús constituida por la tienda cónica o la cabaña hemisférica.

¿Y el arma apuntada hacia lo alto? Una astronave, nos dirían los sustentadores de las hipótesis según las cuales nuestro planeta habría sido visitado varias veces, en un pasado remoto, por los representantes de avanzadas civilizaciones estelares.

Hemos visto ya cómo otra población siberiana establecida en algunos valles ocupados anteriormente por los tunguses, la de los yakutos, deposita los féretros de sus muertos sobre las ramas de los árboles al canto fúnebre que dice: «Dormid... dormid hasta que los espíritus bajen de las estrellas en sus carros resplandecientes» (4).

Añadamos ahora que la extraña costumbre, con alguna variante, es propia de todas las gentes primitivas de la inmensa región asiática. Los yukaguios alzan sobre postes los sarcófagos, mientras que los tunguses los depositan oblicuos sobre tablados que, por muy realista que se quiera ser, dirigen de modo bien preciso la imaginación dejando traslucir el concepto de «algo» a punto de dispararse hacia el cielo, hacia la morada de los dioses.

(4) *No es terrestre*, Peter Kolosimo. Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».

¿Un misil?

Es una idea que, lo queramos o no, hemos de tener en cuenta, una idea expresada tal vez por obras de varios géneros cuyo sentido primitivo se ha perdido o ha sido deformado, con todo y conservar, en forma a menudo oscura, el núcleo originario. Este es el caso de los obeliscos, de los campaniles, de los minaretes.

Hay también quien, refiriéndose a tales construcciones, sostiene se trata de una inconsciente imitación de antiguos símbolos fálicos, pero semejante opinión es absolutamente inaceptable y creemos haberlo demostrado ya hablando de las estelas mayas (5).

Para destruir esta hipótesis, por lo demás, podría bastar una ojeada al obelisco de Tutmosis en Karnak, un monolito de granito rojo sacado de las canteras de Assuán, en Egipto, que mide casi 25 metros de altura.

¿Qué decir, además, de otra construcción mucho más próxima a nosotros en el tiempo? Hemos mostrado su foto a varios amigos preguntándoles a quemarropa qué representa.

—Un misil —nos han contestado sin vacilación.

Se trata, en cambio, del minarete de la «Nueva mezquita» de Estambul, que da verdaderamente la idea de una astronave en la plataforma de lanzamiento.

(5) *Tierra sin tiempo*, Peter Kolosimo. Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».

LOS TEMPLOS Y LAS ESTRELLAS

Templos, astronaves. ¿Existe realmente un nexo entre estos conceptos en apariencia tan discordantes? Viajeslav Zaitzev, el conocido filólogo de la Academia de Ciencias bielorrusa que tantas veces ha alborotado al mundo científico con sus teorías concernientes al arribo de «uránidos» sobre nuestro planeta, lo afirma resueltamente.

Mis deducciones —escribe en la revista soviética *Niemen*— *se basan en una idea expresada hace cuarenta años por Nikolai Rimin, amigo y discípulo de Konstantin Siolkovski, el hombre que delineó los principios de la construcción de misiles espaciales y de viajes cósmicos a principios de nuestro siglo.*

Rinin resaltó cómo en las mitologías de varios pueblos existen historias que hablan de la visita a la Tierra de seres inteligentes provenientes del espacio. En 1959 esta idea tomó la forma de una seria hipótesis científica en la obra de otro profesor soviético, Modest Agrest:

A los primitivos habitantes de nuestro planeta los visitantes cósmicos les debieron parecer provistos de un poder sobrenatural. Si presumimos que estos dioses salieron de una máquina (una astronave), ello nos induce a pensar que se hubieran construido templos parecidos a aquélla en la forma; y los templos son propios a todas las religiones y a todos los cultos.

Los llamados «libros apócrifos» (escritos hebraicos o paleo-cristianos aparentemente inspirados, pero no reconocidos por la Iglesia como tales) nos dicen que David habría subido el cielo, donde los ángeles le habrían mostrado la imagen de un edificio concebido como el futuro templo de Jerusalén. De vuelta en nuestro globo, el famoso rey de Israel habría ordenado inmediatamente la edificación de dicho templo, llevada a cabo en el siglo X a. de J.C.

¿La imagen de la «iglesia» habrá sido, en realidad, la de una nave espacial vista por David?

Esto se pregunta Zaitzev y, recordando que los antiguos textos hindúes son mucho más precisos en la descripción de «naves celestes» y de armas terroríficas, refiere lo que el soviético Nikolai Brunov escribió ya en 1937 en sus *Ensayos sobre la historia de la arquitectura*.

El simbolismo de los templos de la gran península asiática ha sido estudiado hasta la fecha de un modo insuficiente. Sus arquitectos son custodios de una saga olvidada cuyo estudio profundizado conduciría a una nueva y vasta interpretación simbólica.

Obviamente nosotros no conocemos la estructura de los presuntos cruceros espaciales y, por consiguiente, no podemos establecer paralelismos entre los mismos y la forma de los templos. La astronáutica, sin embargo, parece decirnos que los vehículos extraterrestres deben de haber estado compuestos principalmente de dos partes: una encaminada a superar distancias interestelares y la otra destinada a la función de transporte entre la astronave en órbita y el cuerpo celeste escogido como objetivo. Podremos tener un ejemplo de ello a pequeña escala considerando la «nave nodriza» del «Proyecto Apolo» y el LEM, el «módulo lunar» que se desprende de aqué-

lla para arribar al satélite y volver a juntarse después con la astronave.

Mientras los transportadores podrían haber sido representados con las estrellas, los campaniles, los minaretes, tal vez no sería absurdo ver los transportes configurados en los numerosos edificios hemisféricos de la antigüedad, cuya forma se ha identificado por varios estudiosos, además de los soviéticos, con la de los «platillos volantes». Y esta silueta, según Zaitzev, recuerda en diversos casos también la de los *Vostock*, como lo hace pensar la arquitectura fenicia algunos de cuyos rasgos nos traen a la memoria el *Gemini* estadounidense.

Encontramos los motivos de la estela y de la cúpula, unidos en las *stupa* hindúes que se encuentran en los lugares sacros del budismo. La forma más comúnmente difundida, según Nicola Turchi, es la de una base cuadrada constituida por ocho gradas sobre la que reposa un cuerpo central en forma de olla boca abajo, de la cual se alza una torreta dividida en secciones y terminada por un ápice con los símbolos del Sol, de la Luna y del fuego (6).

El simbolismo budista nos muestra, por ejemplo, en las gradas, los medios que conducen a la iluminación; en la «olla boca abajo», la iluminación misma; en las secciones de la torreta la representación de los varios conceptos religiosos («el óctuplo sendero, los diez conocimientos, los diversos poetas místicos», etc.). Se trata no obstante, casi sin duda, de la adaptación al budismo de elementos que, anteriormente, tenían un significado completamente distinto. A la luz de los actuales conocimientos científicos ¿acaso no estaríamos tentados de ver en las secciones de la torreta los compartimientos de un vehículo estelar; en la «olla boca abajo» el transporte espacial al que alude Zaitzev; en los signos del Sol y de la Luna el destino cósmico de una astronave; en el del fuego su fuerza

(6) Nicola Turchi, *Storia delle religioni*, Sansoni, Florencia, 1963.

de propulsión?

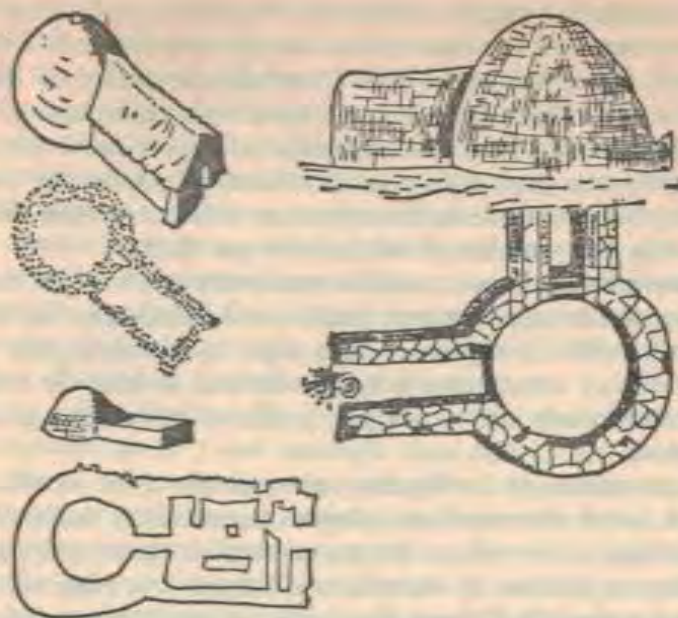
No por un simple vuelo de fantasía, por lo tanto, las terrazas de ciertos templos javaneses, sobre las que abundan construcciones semejantes, han sido llamadas por Zaitzev «monumentos a la astronáutica prehistórica». Y la misma definición, tal vez, podría aplicarse, como sugieren también los estudiosos soviéticos, a muchos *tholos* (7) que parecen querer expresar en sentido horizontal el mismo concepto que las *stupa* uniendo las cúpulas a estructuras alargadas y los «transportes» a los «vectores».

Singular es la presencia de parecidos edificios en varias partes del globo, muy distantes entre sí. Bastará, al respecto, dar un vistazo al templo de la cultura halaf iraquí erigido en Arpachiyah, a su correspondiente de Mesara (Creta) que se remonta al año 2000 a. de J.C., y a uno de los numerosos baños de vapor hindúes en los cuales la idea de purificación siempre va ligada a la de la ascensión a menudo expresada con símbolos astrales que hacen pensar en los de las *stupa*.

Si observamos la fotografía del célebre «Caracol», el observatorio de la ciudad maya de Chichén Itzá, extrañamente similar a los de nuestros días, y la comparamos con la de la cúpula de Jerusalén construida por los árabes en el siglo VII, en donde, Salomón primero, y Herodes el Grande después, habían edificado sus célebres templos, siguiendo con toda probabilidad los modelos precedentes, no podemos por menos que sentirnos asombrados por la semejanza de ambas obras, separadas por distancias impresionantes en el tiempo y en el espacio.

Y lo mismo cabe decir a propósito de las chozas mexicanas destinadas a enterrar el maíz y construidas según un modelo que se pierde en épocas antiquísimas, de los poblados de Harrán (la bíblica ciudad de Mesopotamia, «capital» de los

(7) Edificios de piedra, en forma circular, propios de numerosas civilizaciones antiguas.



Arriba a la izquierda: Reconstitución y planta de un templo en forma de «tholos» de la cultura Halaf (Arpachiyah, Irak septentrional).

Abajo a la izquierda: Reconstitución y planta de un antiguo templo con «tholos» de Mesara (Creta), que se remonta al año 2000 a. de J.C. aproximadamente.

A la derecha: Fachada y planta de un baño de vapor indio. Nótese la extraordinaria afinidad de todas estas construcciones con cúpula.

enigmáticos sabeos, donde el culto del Dios-Luna iba asociado al símbolo de la media luna y del disco, después repetido por los musulmanes) de las tumbas de los morabitos de El Qsar, en el oasis egipcio de Dakla.

De América al Mediterráneo. En el marco de estos extraños parecidos nos espera otra gran sorpresa. Observemos la re-

constitución del templo de Tenochtitlán (la capital azteca que floreció cerca de la actual ciudad de México) dedicado a Quetzalcóatl, hijo del dios del cielo Mixcóatl («Serpiente de las nubes») y de la diosa de la tierra Chipalmán («Escudoyacente»). Es una enorme pirámide escalonada en cuyo rellano superior se yergue una gran construcción cónica rematada por un curioso ornamento que la hace parecer a la estructura del *Gemini* más aún que las obras aludidas por Zaitzev.

Pues bien, esta construcción encuentra sus exactos correspondientes, aunque sea con medidas más modestas, en los famosos «trulli» de Apulia. Vemos aquí la misma cúpula y pináculos muy semejantes y vemos incluso la idea de la pirámide escalonada expresada por peldaños que llevan al nivel superior.

A propósito de las figuras superpuestas a los «trulli», debemos notar que muchas parecen monumentos estilizados a fantásticos astronautas. Su sucesión de formas esféricas colocadas en la cima de curiosísimas formas «de copa volcada» ha hecho decir a Richard Harrison, un escritor utópico americano:

—Me parece ver traducidas aquí a la realidad las imaginarias panorámicas de estatuas a los exploradores espaciales que he descrito en mi narración, ambientada en un planeta cuyas estructuras arquitectónicas serían un monumento a ignotos astronautas (8).

Si este «hermanamiento» entre Apulia y México puede parecer increíble, no olvidemos que impresionantes analogías con las expresiones arquitectónicas de remotas civilizaciones estaban constatadas ya por varios estudiosos. He aquí lo que escribe entre otras cosas, al respecto, Enzo Minchilli (9):

(8) *Galaxy*, Nueva York, 1959.

(9) Mimmo Castellano, *La valle dei trulli*, Leonardo da Vinci editore, Bari, 1964. (Textos de Leonardo Sinigaglia, Giuseppe Cocchiara y Enzo Minchilli.)

Los «trullos»... con todo y presentar cierta analogía con las «pinnetas» sardas, las casitas istrianas, las chozas de piedra de las islas Baleares, algunas construcciones de Dordña, de Navarra, de Cataluña, de los Alpes Ligures, de Irlanda, de las Hébridas y de Kurdistán, regiones afines geológicamente o por características de la exfoliación de las rocas, en Apulia, en cambio, tienen carácter singular, alcanzando una tipología, pero considero más exacto definir la pureza arquitectónica, sólo en una zona particular que tiene por centro de gravedad Alberobello, la ciudad de las construcciones de «trullo», con los territorios de los municipios de Locorotondo, Marina Franca, Fasano, Cisternino, Castellana y Putignano.

¿Qué origen ha de atribuirse a ese tipo de construcción que nos apasiona tanto y qué analogía tiene con las de otros países? A esta pregunta han dado distintas respuestas los que estudiaron el problema. A más de uno le pareció fruto de una inventiva, pero consideramos oportuno ilustrarlas para establecer las referencias y la diversidad de las teorías propuestas.

Bertaux, por ejemplo, al considerar el «trullo» anterior a la civilización de Roma y también a la de la primera colonización griega que se estableció en el litoral jónico, lo hacía remontar a los tiempos misteriosos de los «nuraghi» de Cerdeña y de los «talaiots» de las Baleares. El «trullo», según Bertaux, es el tipo más antiguo de construcción que la humanidad ha conocido, el que ha ocupado el puesto, en los países pedregosos, de la choza cónica de adobe o arbustos. El edificio de cúpula, en forma de torre aplastada, es, todavía hoy, la habitación primitiva de algunas poblaciones en el estado primordial. Los esquimales se construyen chozas macizas con bloques de hielo, semejantes a las casitas de Apulia...

Chierici hace referencia, en cambio, a la arquitectura egipcia, a las construcciones de planta circular con funciones defensivas de la cuenca del Mediterráneo y afirma que la influencia del subsuelo de roca no puede tener una importancia abso-

luta. Es más bien la tenaz vitalidad de un sistema elemental a una distancia de treinta y cinco siglos...

Drago afirma que el «trullo» repite formas características surgidas en los primitivos ciclos culturales. El sistema constructivo, en cambio, se revela como una innovación de civilizaciones progresadas y de particulares ambientes geográficos caracterizados por la abundancia de piedra en la superficie, y recuerda que desde la época de los normandos se tiene noticia de la existencia de «trullos». No excluye, sin embargo, que éstos sean producto de civilizaciones precedentes...

Los amplios estudios publicados sobre el Camerún, Kurdistan, España y Siria, tierra ancestral de los hititas, ponen de relieve también arquitectónicamente una estrecha analogía con los conjuntos de «trullos»...

Las construcciones de «trullos», a mi parecer, debieron de haber sido importadas por los hititas en una de sus migraciones mediterráneas, en los milenios anteriores al nacimiento de Jesucristo, en una zona muy precisa, la de Alberobello, y posteriormente se desarrollaron como tipo de edificación en el territorio de la Murgia de los «trullos», por razones técnico-económicas.

Digno de atención es, además, lo que escribe en el volumen citado Giuseppe Cocchiara:

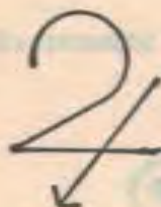
Todavía hoy sobre el techo de los «trullos» brillan a la luz del sol símbolos, signos, emblemas que constituyen para el etnógrafo una rica fuente de investigación... Algunos de estos símbolos representan el zodiaco y se vinculan de nuevo a la astrología de los pueblos más antiguos. De ahí su carácter mágico-místico o, de todos modos, oculto. En general, los símbolos de este tipo están a su vez dominados por el círculo, el cual, en el caso específico, representa el globo. Es cierto que a veces el círculo es rematado por una cruz. Hay que observar, sin

embargo, que la cruz, aun antes de ser un símbolo cristiano, fue utilizada por muchos pueblos como símbolo profiláctico.

No tan sólo profiláctico, nos permitimos añadir, recordando los desarrollos de la cruz en América Central, que la vio convertirse en flor de loto, en signos solares, en esvásticas, justamente como en la India (10). Y la percibimos en los «trullos», traducida, junto a los círculos solares,



a símbolos de origen conocido y enigmático,



en esvástica,



(10) *No es terrestre, cit.*

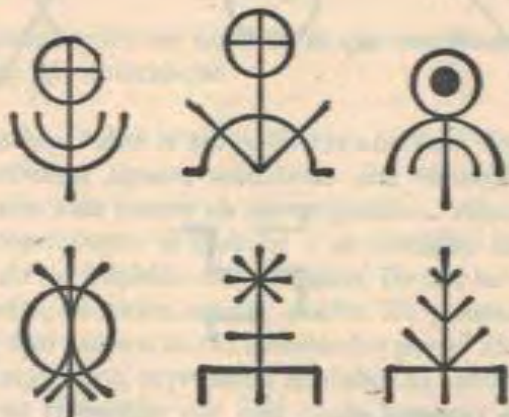
en signos planetarios,



en el misterioso «Tridente de los Andes», que nos hace pensar en Poseidón, en la Atlántida,



en alusiones solares y estelares semejantes al universal «árbol de la vida»,



Las civilizaciones antiguas que florecieron en todos los continentes tienen innegables rasgos comunes, rasgos que nos hablan inequívocamente de una sola matriz, de lazos remotísimos, vivos a pesar de ser ignorados por los portadores de estas culturas, sin duda herederas de otros más grandes aún.

Creemos haber facilitado, con los trabajos precedentes, cierto número de elementos aptos para sostener esta hipótesis que nos conduce a la formulación de teorías fascinantes. La relativa a la existencia de pueblos altamente evolucionados en tiempos para nosotros sin fecha y las que buscan entre las estrellas la cuna del progreso humano.

Y ahora nos proponemos ampliar y profundizar, también y sobre todo valiéndonos de la rapidez de los cotejos fotográficos, nuestra documentación.

La comunicación es un proceso que se desarrolla en el tiempo y en el espacio. El diseño de la comunicación es el arte de organizar y estructurar la información para que sea efectiva y eficiente. El diseño de la comunicación es un proceso que se desarrolla en el tiempo y en el espacio. El diseño de la comunicación es el arte de organizar y estructurar la información para que sea efectiva y eficiente.

Y como los programas educativos y profesionales, también deben tener en cuenta el diseño de la comunicación. El diseño de la comunicación es el arte de organizar y estructurar la información para que sea efectiva y eficiente.



En algunos casos, y en otros momentos, el diseño de la comunicación es el arte de organizar y estructurar la información para que sea efectiva y eficiente.



II

SED DE ESPACIO

El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana.

El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana.

El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana.

El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana. El espacio es un concepto que se refiere al lugar donde se desarrolla la actividad humana.

El gentío permanece, silencioso, alrededor del hombre de figura descarnada que, medio cubierto por una extraña piel oscura, está de pie en el centro del calvero.

—Amigos —dice el hombre—, voy a dejaros. Me voy a donde viven mis antepasados que caminan en la noche, que vuelan de estrella en estrella. Poderosos son mis antepasados que navegan en el mar de las tinieblas con alas de luz...

El hombre termina de envolverse en la extraña piel oscura, cubre su cara con una máscara y se mete en el pasillo de una curiosa estructura que está a sus espaldas. Y cuando desaparece en un extremo, de la estructura misma surgen llamaradas. ¿Qué es la «piel oscura»? ¿Una escafandra? ¿La máscara es quizás un casco espacial y la curiosa estructura una astronave cuyos orificios desprenden una tempestad en llamas?

Todo cuanto hemos descrito se prestaría seguramente a una interpretación parecida, apoyada en las palabras de despedida del misterioso viajero. Pero estamos en una región de la Mongolia meridional situada entre los Altai y el desierto de Gobi, y el protagonista del episodio es un aspirante a navegante espacial ocupado en una ceremonia de iniciación. La «piel oscura» es la de un animal, la máscara recuerda al mítico pájaro garuda (11) y la curiosa estructura está formada por una especie de yurta, la tienda de fieltro con cúpula de los nómadas a la cual se accede, aunque en nuestro caso precisamente por un «pasillo». Y la forma de esta choza mongol re-

(11) Nos ocuparemos más adelante de esta extraña criatura y de las referencias «espaciales» a las cuales se presta.

cuerda muy de cerca la del templo de la cultura halaf (Irak septentrional).

¿Y el fuego? Se trata de una simple hoguera a la que se atribuye un significado de purificación, pero seguramente el sentido más antiguo, perdido ya, debió de estar ligado a las palabras pronunciadas por el aspirante a navegante espacial, transmitidas por innumerables generaciones. A propósito de todo ello no se nos escapan seguramente los puntos de contacto con la leyenda siberiana del capítulo precedente y con las análogas tradiciones propias a todos los continentes en las cuales la «doble piel», las máscaras, las tinieblas y las llamas desempeñan siempre un papel fijo.

¿Estaremos entonces de verdad ante una ceremonia conmemorativa de un tiempo, de una empresa astronáutica? El señuelo es ciertamente sugestivo. Recordemos, por una parte, que nos encontramos en una región riquísima de elementos que casi diríamos de «cienciaficción» (12), y que muy a menudo, en todas partes del globo, el concepto religioso o mágico de la navegación va unido a motivos cósmicos.

MARCIANOS EN VIETNAM

*Ahora estamos en el extremo del techo,
estamos arriba, en el techo...
¡Sopla, oh viento del mar!
Llévanos sobre la Tierra.
¡Sopla, oh viento de la costa!*

(12) *No es terrestre, cit.*

*y llévanos sobre la Tierra.
Remad, pájaros de plumas resplandecientes;
Servios de los remos, oh osifragos...
El arco iris es nuestro medio de transporte...
Los balaustres del puente son de oro.*

Este pasaje (conservado por tradición oral y transcrito por primera vez en el siglo pasado de la fórmula mágica de una sacerdotisa de Toraya, en las Célebes) es referido por el profesor Anthony Christie, de la Universidad de Londres (13), que los interpreta apoyándose en la creencia, muy extendida en el Asia sudoriental, de que en el mundo del más allá se halla descendiendo el río o cruzando el mar.



Uno de los tambores de bronce de la antigua civilización de Dong-son (Vietnam septentrional). Con las espirales, los signos solares y otros símbolos de difícil interpretación, se distingue, en el centro, un instrumento enigmático que recuerda los de Valcamonica.

El estudioso ha llegado a relacionar, con una apasionada labor de investigación, la «fórmula mágica» con los tambores de bronce de la cultura de Dong-son (Vietnam septentrional) en las cuales figuran numerosas embarcaciones. ¿Medios para el transporte de las almas, entonces? Aunque así fuese, el con-

(13) *L'alba della civiltà*, Mondadori, Milán, 1961.



Otro tambor de Dong-son. Los recipientes representados abajo y sus soportes son completamente ajenos a las culturas del Asia sudoriental.

cepto podría haber sido perfectamente traspuesto de un antiquísimo plano real a un plano mágico, pero el mismo profesor Christie aporta otra interpretación, más fascinante aún:



Estamos todavía en Dong-son. Extraños seres con plumas y alas plegadas nos sugieren imágenes "espaciales".

El llamado «peñasco solar» de San Antonio de Susa, en Piamonte. Puede ser parangonado con las incisiones francoibéricas. Los redondeles inscritos y los radios, en efecto, no corresponden a ninguna representación solar conocida.



El féretro de un niño yukaguino, erigido sobre unos postes.



Otra extraña sepultura. Este sarcófago tungús de madera parece colocado de modo que facilite la subida al cielo del difunto.



El famoso obelisco de Tutmosis en Karnak. Es un monolito de granito rojo de casi 23 metros de altura.



¿Un misil en la plataforma de lanzamiento? No, se trata del minarete de la «Mezquita nueva» de Estambul.



La sucesión de cúpulas rematadas por pináculos en la azotea de un templo de Barobudur (Java).

El «Caracol», observatorio astronómico de Chichén Itzá (Yucatán). Su semejanza con la cúpula de Jerusalén es impresionante.



La cúpula de Jerusalén fue erigida por los árabes en el siglo VII sobre el lugar donde se alzaron los célebres templos de Salomón y de Herodes el Grande.



Estas dos cabañas mexicanas con cúpula para guardar el maíz, están construidas según modelos muy antiguos y reflejan ciertamente edificios mucho más racionales.



La gran extensión de habitáculos con cúpula de los misteriosos sabeos (Harrán). Su analogía con los «trulli» de Apulia es innegable.



Otras construcciones que nos hacen pensar en los «trulli». Las tumbas de los morabitos de El Qasr, en el oasis de Dajla (Egipto).



Este debía de ser el fantástico templo edificado en honor de Quetzalcóatl en Tenochtitlán. Nótese la cúpula erigida sobre la plataforma de la gran pirámide.



Un sugestivo detalle de los famosos «trulli» de Apulia.



Estamos de nuevo en la región de los «trulli». Compárese la parte superior de los edificios con la del templo de Tenochtitlán (pág. anterior). ¡Incluso la idea de la pirámide parece ser expresada por los peñaños!



El motivo de la espiral doble, fotografiado en un sugestivo detalle por el cineasta francés Lingé durante una expedición a Nueva Zelanda.

La doble espiral figura todavía, en Nueva Zelanda, en las imágenes de madera de los antiguos cabecillas. Ésta es otra foto tomada por Lingé en Marae.



¿Estilización de un espacio? No, al menos en el concepto corriente en nuestros días. Se trata de una sucesión de cúpulas de «trulli» con esferas superpuestas.





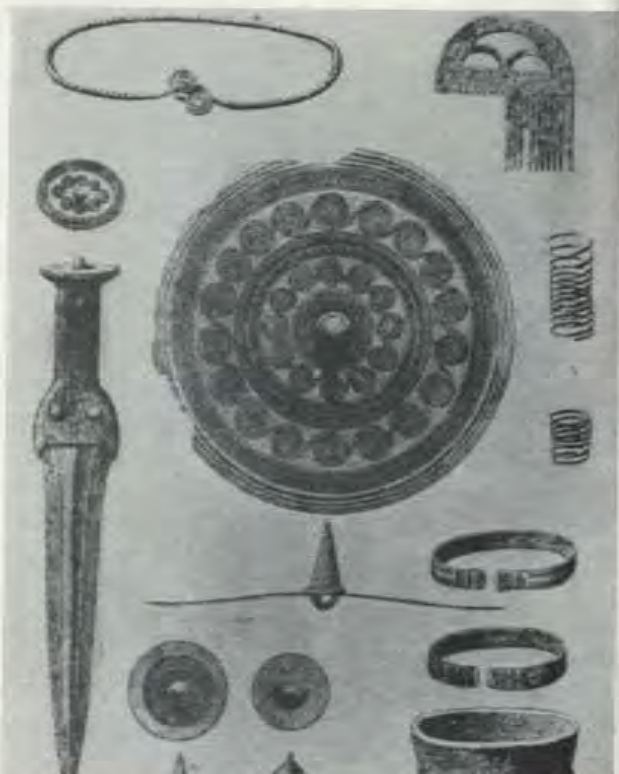
Espirales múltiples decoran una gran piedra colocada delante de una tumba céltica en New Grange, en Irlanda.



Una vasija ritual de basalto del templo cananeo de Hazor, con espirales múltiples.



En el «cáliz Vagnonville» que se conserva en el Museo Arqueológico de Florencia, puede admirarse esta figura de sátiros ocupados en romper el «huevo cosmogónico» del que saldrá Gaya.



La «eterna espiral» destaca también en los escudos y aderezos daneses de 3.000 años atrás.



Esta tablilla egipcia se remonta al 3200 a. de J.C. y celebra, según la interpretación más aceptada, la victoria de Narmer, identificado con Menes, el legendario primer faraón. Nótese los «serpopardos», las figuras cornudas arriba y abajo, el loto estilizado y la espiral de la diadema.





El alfiler de oro hallado en Trasesen, Sarre, recuerda muy de cerca los cetros en espiral colombianos.



El «cacique de Muisca», en el centro de un grupo de figuras de oro descubiertas en el altiplano de Bogotá. Abundan las espirales, sobre el pecho y en las sienes.

Espirales que hacen pensar en las de la América precolombina adornan la cabeza de esta diinidad fenicia de Ras Shamra.

Una Astarté fenicia de los siglos XIV-XIII a. de J.C. con los signos en forma de espiral sobre el pecho.



Más espirales (esta vez señalando las rodillas) en la representación de un «príncipe» del Valle del Cauca.





A cerca de 20.000 años atrás se remontan estas espirales que parecen signos solares, descubiertas en Isturitz, Francia sudoccidental.



En Nagada y en El-Ballas (Egipto meridional) han sido hallados, entre otras cosas, estas vasijas en las que figuran naves, escaleras, espirales y hasta formas discoidales sugeridoras de interpretaciones demasiado audaces para ser aceptables.



Dibujos sugestivos como los egipcios se encuentran en la cerámica micénica del



Una espiral doble de Tassili (Vad Yerat).



Otra doble espiral descubierta en el Tassili.



Espirales a veces acompañadas por signos serpentiformes y a veces imitando a éstos o pareciendo ojos. Las vemos en Hal Tarxien (Malta). Oficialmente datan del 2000-2400 a. de J.C.



Entre las asas de rasgos felinos las espirales convergen, en el famoso «vaso de Copán» (Honduras), para formar el rostro de un dios desconocido.



La «serpiente creadora» de Yrkalla (Tierra de Arnhem), Nueva Guinea.



Una estela tolteca que representa claramente una divinidad (tal vez Quetzalcóatl) asomada a la boca de un animal de lengua bifida.



Una cabeza se asoma por la boca de una serpiente. Estamos en Xochicalco, pero la figura es similar a las de Tula y de Chichén Itzá.

Parece casi seguro —escribe— que la barca fuese usada por el espíritu guía para comunicar con el reino de los vivos.

Una especie de transporte entre la Tierra y la ultratumba, entonces. ¿O entre la Tierra y el espacio?

La hipótesis es aventurada, desde luego. Pero si observamos los detalles de las representaciones, si las cotejamos con las culturas asiáticas, americanas, europeas y africanas del pasado, encontraremos motivos para quedarnos perplejos.

En uno de los tambores vemos una profusión de figuras quizás emplumadas, ciertamente provistas de extraños cubrecabezas, cuyas puntas son idénticas a las de los remos, de las estructuras de la embarcación, de algunos utensilios no identificables que forman parte del aparato, pero que no tienen nada que ver con la navegación.

El soviético Leonov, refiriéndose a otras obras análogas norvietnamitas, sugiere la idea de unas antenas alzadas hacia el cielo, apoyándolas en los círculos que aparecen, numerosos, y en las espirales dobles muy estilizadas, con toda probabilidad signos solares cósmicos.



La enigmática "campana" norvietnamita con los signos solares y el "tridente".

Digno de destacar es el hecho de que los seres reproducidos poseen unas características sólo vagamente humanas y que el personaje central sostiene un instrumento enigmático, totalmente similar a los que empuñan los llamados «espaciales de Valcamonica» (14), de los cuales, otro investigador ruso, Kazantzev, escribe:

Considérese, por ejemplo, el dibujo rupestre descubierto en un valle alpino por el arqueólogo francés Manuel Anati. En él se ven figuras antropomorfas con extraños «cubrecabezas» que suben de los hombros. Pudieran ser imágenes estilizadas de los cascos herméticos de los extranjeros. También los apéndices externos de tales «cubrecabezas» son insólitos. Las figuras empuñan objetos que (...) tienen la apariencia de símbolos geométricos.

Otras representaciones han escapado hasta la fecha a todo intento de interpretación. En la parte superior de una de ellas hay quien ha pretendido ver cuatro remeros y en la parte posterior cuatro recipientes. Pero aquí los remos terminan en la cubierta y contenedores semejantes son totalmente extraños a los usados en el mismo período en el Asia sudoriental, así como sus ingeniosos soportes.

Cabría ser inducidos a pensar, más bien, en seres que empuñan palancas (ni siquiera su postura es la que asumiría un equipo de remeros) para aupar los depósitos que están abajo.

Igualmente indescifrable es la configuración de otros cuatro personajes que actúan con extrañas palas vueltas sobre objetos de forma nunca vista. Alguien ha formulado la hipótesis según la cual se podría tratar de hombres dedicados a machacar en dos morteros, pero nada nos la hace aceptable. Por el contrario, encontramos de nuevo aquí, aunque variados,

(14) *No es terrestre, cit.*

los motivos de las plumas y de las «antenas».

Las vestiduras de los seres situados a la izquierda, además, contrastan netamente con las de los otros. Observando al primero podríamos pensar, más que en una diadema de plumas y en una faldita, en el motivo simbólico de las alas plegadas.

Carente, para nosotros, de cualquier sentido es también la llamada «campana» repetida en los tambores de bronce vietnamitas, una especie de construcción en cuyo centro hay otro ser no identificable, como si estuviera encerrado en una cabina de paredes que abundan en signos solares. Bajo el «pavimento» descuello algo que tal vez sea un tridente, tal vez un «árbol de la vida», tal vez un símbolo de ascensión, motivos todos que sellan los más apasionantes enigmas de las civilizaciones perdidas.

Según algunos estudiosos, la cultura de Dong-son puede hacerse remontar al año 150 antes de J.C. Muchas cosas (como



Sección longitudinal de la tumba etrusca llamada "La Montagnola". Parece que quiera representar con impresionante realismo un vehículo vector y un "autobús cósmico".

veremos más adelante, cuando nos ocupemos de las enigmáticas representaciones de varios animales prehistóricos) hacen dudosa esta fecha. Aunque fuese exacta, sin embargo, deberemos llegar a concluir que los vietnamitas de aquel tiempo conservaban recuerdos mucho más antiguos y tales como para

dejar su huella.

Encontramos de nuevo efectivamente el núcleo de las tradiciones expresadas por los tambores de bronce en Birmania, con remeros emplumados, en Borneo (en Sumatra los muertos viven «allende el océano de la noche»), así como en Egipto y en todo el mundo mediterráneo.

Es ya una clara referencia al espacio la media luna mesopotámica que simboliza una fabulosa embarcación, pero lo que nos deja atónitos son los «husos» asiáticos y americanos, cuya síntesis encontramos en Toscana.

Observemos la sección longitudinal de la tumba etrusca denominada de «Montagnola», descubierta en 1959 en Quinto Sexto Fiorentino, de 28 metros de largo, construida probablemente en el siglo VII antes de J.C. El «vector» y el «transporte espacial» de Zaitzev parecen representados aquí con impresionante realismo.

¿Una «astronave para el más allá», entonces? Sí, pero un «más allá» que al principio no debió ser en absoluto la morada de los difuntos. Ateniéndonos a la «ciencia oficial», haciendo violencia al sentido común, podremos considerar una simple casualidad el hecho que en muchísimas regiones asiáticas y oceánicas (se va de Siberia a Indochina, de Polinesia a Nueva Guinea, a Nueva Zelanda), con lenguas y dialectos totalmente diferentes entre sí, sean las mismas expresiones que designen «muerte» y «partida», «mar» y «cielo», «infinito», «estrellas» y «otra tierra» y «otra orilla», pero, ¿cómo explicarnos la correspondencia —fonética, figurada, mitológica— del concepto de «serpiente» con los de «nave», «astros», «cosmos», «oscuridad», «vida» y «vuelo»?

En los modos, en los tiempos, en los lugares más diversos, esta correspondencia es viva, desconcertante, como para que rernos decir que la aspiración a una estancia ultraterrena de las «almas» virtuosas fue, en épocas inmemoriales, anhelo de vuelo, sed de espacio, nostalgia imborrable, aunque deformada

a través de los milenios por mundos sobre los cuales alguien, en la Historia, no escrita, de la Humanidad, había abierto una ventana.

LA EDAD DE LA SERPIENTE

Entre todos los elementos decorativos de los maoríes, uno me ha impresionado de un modo particular: la espiral doble, o sea, con giro a la derecha y a la izquierda (escribe el cineasta Gabriel Lingé, miembro de la Sociedad Francesa de Exploradores y Viajeros, dedicada al estudio de la arqueología y del folklore de pueblos remotos) multiplicada con una frecuencia obsesionante en incisiones, pinturas, tallas de madera, constituida también en el pasado el motivo predominante de los tatuajes faciales.

Y es la misma figura geométrica que se encuentra en las fotografías de gran número de galaxias. Ahora bien, la mayoría de estudiosos dedicados a resolver el misterio del origen del Universo cree que se ha formado a consecuencia de la explosión de un primitivo y gigantesco núcleo atómico (15), cuyos fragmentos se desparramaron en el cosmos en forma de espiral doble.

Para muchas civilizaciones desaparecidas (entre las cuales

(15) *El planeta desconocido*, Peter Kolosimo. Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».

la céltica) la espiral doble dibujada, esculpida y grabada en la piedra, era precisamente el símbolo de la creación del Universo. Ahora bien, si se interroga a los maoríes al respecto, algunos se muestran sorprendidos por una pregunta que ellos no se hacen, otros responden de manera evasiva, sea porque no conocen la «clave» del enigma, sea porque los últimos iniciados (supuesto que aún existan) se negaban a revelarlo.

Sea como fuere, ¿no conturba el hecho de que los representantes de culturas que desconocían tanto los aparatos fotográficos como los telescopios hayan repetido al infinito la configuración del proceso de la Creación tal como puede concebirse sólo después de los más recientes descubrimientos? (16).

Lingé tiene razón. He aquí el motivo que lo impresionó en Nueva Zelanda, dominar la civilización céltica desde el corazón de Europa hasta Irlanda, helo aquí destacar centenares de veces, con arte único, en las preciosas vestiduras de los oroki (u orochi, orochinos) de la taiga manchuriana; helo aquí adornar las vasijas rituales de Hazor, el centro cananeo de la Palestina septentrional ya recordado en el siglo XIX antes de J.C.; helo aquí resaltar sobre los escudos y los aderezos daneses de hace 3000 años.

«Es la edad de la serpiente», cantan los indígenas de la tierra de Arnhem (Nueva Guinea), «de la serpiente que fue antes del hombre, de la serpiente que fue hombre, de la serpiente que vuela en el cielo». Dos de estas expresiones podrían parecer una curiosa síntesis de la teoría de la evolución, la tercera permanece sibilina. Pero el conjunto se refiere al mito de la Creación y a la Historia de la Humanidad, aunque de ésta los papúes no conserven ningún recuerdo.

Precisamente aquí hallamos el origen del símbolo que nos ocupa. Al principio era el huevo (ese huevo cosmogónico que

(16) G. Lingé, «Nouvelle-Zelande», París, 1971.

encontramos en las religiones de tantos pueblos) del cual nació la serpiente. El huevo es el primitivo núcleo atómico y la serpiente enroscada en espiral representa indudablemente la protogalaxia.

Esta concordancia con las más recientes conquistas científicas se registra, como hemos dicho, entre las más remotas civilizaciones, conocidas y desconocidas. No puede tratarse de una mera casualidad.

La serpiente dispuesta en «8» (¡nuestro símbolo del infinito!) de la América precolombina halla, por ejemplo, una extraña réplica en los largos collares trenzados de los «serpopardos» egipcios y tanto allende como aquende el océano inicia una espiral en los cuernos de los «monstruos sagrados», se cierra en espiral completa en los símbolos de mando, en las diademas y en los adornos.

Encontramos de nuevo los cetos en espiral que el llamado «astronauta del valle del Cauca» (Colombia occidental) empuña en la magnífica estatuita que precisamente hace pensar en un hombre con escafandra espacial reproducidos en un alfiler de oro descubierto en Trassen, Sarre.

Y las mismas espirales que, también en Colombia, señalan las rodillas de otro príncipe del valle del Cauca de rasgos igualmente enigmáticos, que adornan la cabeza de un bien identificado «cacique» de Muisca (cerca de Bogotá) y de su séquito, enmarcan el rostro de una misteriosa divinidad fenicia de Ras Shamra (actual Siria), que se remonta al siglo XV antes de nuestra era, y el pecho de una Astarté, igualmente fenicia, del siglo XIV-XIII antes de J.C.

Es imposible datar las primeras espirales grabadas en piedra que nos ha sido dado encontrar. Las vemos en los *mounds* norteamericanos, en la selva amazónica y en varias zonas de Colombia y de Perú, sedes de antiquísimas culturas cuyos rasgos principales jamás conseguiremos reconstituir.

Las europeas de casi 20.000 años atrás ya son más decora-

tivas, elaboradas, unidas a signos solares, como en Isturitz, Francia sudoccidental. La misma similitud se manifestará más tarde, hacia el 3000 antes de J.C. en la vajilla descubierta en Nagada y en El-Ballas, al norte de Tebas (Egipto meridional), el cual nos ofrece también un muestrario de naves, escalas, formas discoidales como para sugerir interpretaciones demasiado audaces que podríamos solamente formular remitiéndonos a los grabados y dibujos de la región franco-cantábrica. Y otro tanto cabe decir de las cerámicas de Micenas que se remontan al siglo XIV antes de nuestra era.

Ruedas para los transportes terrestres, anclas para la marina, alas para la aviación. ¿Y para la astronáutica? Como es sabido (aparte los distintivos, diferentes entre sí, adoptados por los soviéticos y por los estadounidenses) no se ha hallado todavía un símbolo «universal» para los caballeros del espacio. Los misiles se destinan más a unidades militares, las formas de los *Sputnik* y de los *Explorer* están ya superadas, las de los actuales vehículos cósmicos pronto lo estarán.

En América había sido propuesta la espiral, descartada, sin embargo, porque ya se usaba y se abusaba de ella en los mandos de lavadoras, lavavajillas y otros electrodomésticos. Hubo entonces quien sugirió dos espirales unidas, un diseño ciertamente un poco ambicioso, dado que estamos más bien lejos de los viajes intergalácticos; un buen presagio, de todos modos, que se puede interpretar también como idealización del encuentro de mundos diferentes.

No sabemos si será adoptado o no. Sabemos, sin embargo, que no es precisamente nuevo. Comenzamos a verlo en el Sáhara, grabado en las rocas en tiempos muy remotos, cuando era un inmenso, frondoso jardín. Se trataba, según nos dicen, de un signo mágico. Para nosotros lo es sin discusión, ya que nos plantea una vez más apasionantes interrogantes. ¿Cómo podían nuestros lejanos antepasados conocer la estructura de la mayor parte de las galaxias?

Suponiendo que las conociesen (de inclinarnos por lo contrario no lograremos explicarnos por qué la espiral, en diversas partes del globo, se toma indiscutiblemente para simbolizar el espacio, el Universo, y con ello la Creación), ¿de dónde, de quién les vino esta noción? ¿De civilizaciones anteriores llegadas, al menos, a nuestro nivel, borradas para siempre, con sus conquistas, de la faz del planeta? ¿O cabalmente de unos visitantes llovidos del espacio que intentan, con este y otros signos, aclarar a los terrícolas las ideas en materia de astronomía?

Del Sáhara vamos a New Grange, en la Irlanda septentrional. Encontraremos las dos espirales unidas estilizadas de modo que nos darán casi la idea de dos ojos enigmáticos. Y el paso a la estilización misma es más que evidente en Hal Tarxien, donde floreció la cultura maltesa que sigue representando todavía



Una espiral doble irlandesa de New Grange (1) y otra de Hal Tarxien, en Malta (2).

un rompecabezas para los investigadores del pasado. Vemos aquí signos espiraliformes «de boca de serpiente» junto a los «de ojos».

Y encontramos de nuevo a estos últimos en las decoraciones *jomon* y *ainu* de la otro tanto misteriosa prehistoria nipó-

nica, en la alucinante isla de Pascua como configuración de Makemake, el dios de la Creación asociado al culto del Sol y a esos inquietantes personajes de rasgos felinos, los llamados «hombres-gato», que han dejado su impronta en todas las civilizaciones de la América precolombina (17).



A la izquierda: Signos en forma de espiral que parecen ojos nipones. A la derecha arriba: La estilización del dios pascuano Makemake. A la derecha abajo: Esta máscara que se diría «espacial» es puesta sobre el cráneo de los enemigos muertos en Nueva Guinea.

(17) *Tierra sin tiempo y No es terrestre, cit.*

Trasladémonos a Nueva Guinea y veremos un atisbo de espiral formar los ojos de las máscaras fabricadas para cubrir los cráneos de los enemigos muertos. Son máscaras que parecen, con su estructura de cilindro redondeado, la parte superior de ciertos cascos espaciales que las ilustraciones de cienciaficción nos han hecho familiares.

Así se expresaba para el adversario caído un gran sentido de respeto. Quizás el mismo que, en las leyendas, rodea a los «espíritus de la noche», aparecidos en la selva y degollados por



La llamada «piedra sagrada» de Borno, en Valcamonica. Rodeados por una línea que parece representar una calavera, se perciben signos solares, espirales en forma de gafas, con símbolos que se repiten en todo el mundo.

los papúes, que sin embargo todavía los honran, afirmando haberles arrebatado «el secreto del Sol» (el fuego, probablemente) y el arte de la caza.

Espirales, Sol, caza. También en Valcamonica estos motivos van juntos, si bien de un modo diferente, muy sugestivo. Grabados en el «Peñasco de Borno», parecen querer dar semblantes humanos a una roca esculpida por la naturaleza en forma de calavera (sin duda objeto de culto por parte de los antiguos habitantes de esa zona) que une a los aspectos de una cultura desconcertante, fabulosas reminiscencias estelares.

Y no falta, para terminar, el enlace con América. Los «ojos de Makemake» parecen verse, reflejados a decenas, en el famoso jarrón maya de Copán (Honduras) confluyendo en el centro entre las asas de rasgos felinos, hasta componer el rostro de un dios desconocido.

LOS COLMILLOS SOBRE EL SOL

Para los apasionados a la narrativa utópica el tema del «retorno a la Tierra» siempre es de los más sugestivos. Se trata, por lo general, de un muchacho que, a bordo de una astronave, abandona más o menos voluntariamente el planeta natal (dirigiéndose a otro) para regresar en el que sería para nosotros un lejano futuro. Ha viajado a una velocidad próxima a la de la luz, por lo que cuando vuelve muchas cosas han cambiado,

y muchas cambiará nuestro superviviente regalando a sus descendientes los tesoros científicos cuyo conocimiento adquirió durante su estancia en un mundo bastante más evolucionado.

Entre las incontables variantes, menudea la del protagonista raptado en una edad temprana y reexpedido de adulto a su globo de origen, que obviamente se le aparece como un lugar totalmente extraño. A su vez, los terrícolas no pueden menos que considerarlo como una especie de dios portador de valiosísimas nociones.

Una vez más, a este respecto, hemos de notar que la ciencia-ficción no nació ayer. Lo sentimos por sus modernos pioneros, pero, sin quitarles ningún mérito, estamos obligados a hacer constar, en el cuadro de nuestro estudio, que los esbozos de muchas fábulas espaciales se encuentran en tiempos antiquísimos.

En la Tierra de Arnhem (Nueva Guinea) la leyenda de la Creación, expresada con sugestivas pinturas sobre corteza, se basa en el motivo de una serpiente que, tras haberse tragado a un niño, subió al cielo, bajó de nuevo y dio origen a la Tierra, a las plantas, a los animales y a los hombres.

En esta fábula hay una manifiesta discordancia. ¿Cómo podía existir el chiquillo antes de que el género humano hubiese sido creado? Pero se trata de una contradicción sólo aparente, nacida de una simplificación del mito. Oigamos otros relatos difundidos en la misma zona, y nos enteraremos de que, en realidad, preexistía algo: un conglomerado caótico en el cual los futuros seres humanos «estaban confundidos con los animales y las plantas». Prácticamente, pues, la serpiente (que luego trajo de nuevo a la Tierra, bien viva, su «presa») se limitó a ordenar el mundo, ayudado en esto por el propio chiquillo. Diríase que éste fue raptado sólo para ser educado, para convertirse en maestro y guía de una Humanidad que anteriormente se limitaba a vegetar en el globo.

Entre los pieles rojas chinook, del Estado de Washing-

ton (USA), el mítico reptil lleva al espacio Aqas-Xena-Xenas, «el muchacho que llegó a la Estrella Vespertina (*Venus*) y se casó con la Luna» para volver luego y poner en orden las cosas de nuestro planeta, mientras que entre los kiowa (Kansas, California, Oklahoma, Tejas) es una bellísima virgen la que se inicia en la astronáutica. La mujer «sube en la noche, se desposa con una estrella y vuelve a la Tierra con el hijo celeste», destinado a dar a dos hombres tesoros de conocimientos.

Para los aborígenes de la Australia norteoccidental, por el contrario, no hay despegue. La serpiente llega del cielo trayendo seres que esas gentes consideran antepasados suyos, representándolos, en figuras denominadas *wondjina*, con un rostro sin boca y rodeado por una especie de aureola, lo cual ha inducido a muchos estudiosos de vanguardia a relacionar el concepto así expresado con el de individuos que llevan cascos espaciales.

Es en el antiguo México, de todos modos, donde el mito de la serpiente se presenta con más pasmosas referencias cósmicas. Lo hemos subrayado ya en los precedentes trabajos, pero nos parece interesante añadir aquí las conclusiones y la documentación de Roberto Calagno, joven investigador turinés, que escribe:

Quetzalcóatl, el dios que sacó a México de la ignorancia y de la miseria primitivas, está configurado, en la mayoría casi absoluta de esculturas y pinturas, en el acto de salir de las fauces de una serpiente; una serpiente no común, sin embargo, ya que su cuerpo está cubierto de plumas largas y multicolores. El hombre, el pájaro y la serpiente, en suma, pierden las respectivas individualidades para fundirse hasta el punto de no poderlos considerar ya separadamente.

Sentado esto es lícito preguntarse qué impulsó a las mentes humanas a colocar a Quetzalcóatl en una postura tan extraña, a otorgar a un reptil escamoso, reptante, características anti-

téticas como las plumas, a unir los atributos aludidos en una enigmática comunión.

Quité la respuesta hay que buscarla fuera de los habituales y demasiado rígidos esquemas de la ciencia oficial. Es una respuesta desconcertante, pero avalada por demasiados elementos para que se pueda descartar a priori. Es probable que el mítico personaje llegase a la Tierra a bordo de una astronave.

Un pueblo primitivo o, por lo menos, situado en una fase de desarrollo muy baja, ¿cómo podría representar mejor una astronave brillante y alusada sino asociando la serpiente y el pájaro? Aquella tiene su forma, éste el don del vuelo. Y hay más.

En la línea precolombina, Quetzal era el pájaro y Cóatl la serpiente.

En una lápida de Yaxchilán está magistralmente esculpida la escena del «desembarco». El dios surge, como de costumbre, de la boca del reptil. Su cabeza está cubierta por un extrañísimo «casco» provisto de numerosos «adornillos» no identificables completamente diferente del de los sacerdotes, así como de cualquier otro cubrecabezas.

En algunas estelas halladas en Xochicalco el tema no varía, aunque varíe la forma. El rostro de Quetzalcóatl, metido en un óvalo delimitado por la lengua bifida y por los dientes del animal, tiene una expresión enigmática. El realismo es grandísimo, nos diríamos escrutados por alguien que mira a través de un ojo de buey. En Tula, Chichén-Itzá, Uxmal, se repite por doquier la misma configuración, con los mismos elementos.

Destaquemos, en estas representaciones, las lenguas de fuego, las omnipresentes espirales de las cuales acabamos de hablar. ¿Qué decir, además, de las llamas que brotan de algunos raros atributos de Quetzalcóatl tal como está reproducido antes de su desaparición en el llamado Códice Florentino (libro III)?

Xiuhcōatl es otra «serpiente de llama», derivación y desdoblamiento de Xiuhtecūhtli, el dios del fuego que «ayuda al Sol en su carrera en el cielo». Después de haber conocido a Quetzalcōatl, no nos sorprende verlo figurar provisto de garras, con símbolos relativos al astro que nos da vida y, quizás, a constelaciones, como tampoco nos asombran los colmillos, comparables a extremidades indudablemente humanas esculpidos por otro artista desconocido.

En las zonas áridas del norte de México, además, según observa también Calcagno, se encuentran estilizaciones muy curiosas del reptil, más bien semejantes a las descubiertas en Amazonia y en Liberia. El animal no sólo presenta «secciones» internas, sino francamente apéndices que han hecho pensar en soportes para el aterrizaje.

Son esgrafiados que se remontan al período arcaico de la América precolombina. La serpiente rígida, de todos modos, está representada de varias maneras en todas las partes del mundo. La reconocemos en plena Prehistoria, en los llamados «bastones de mando» de la Europa septentrional, en misteriosos utensilios del Trentino cuyo uso nos es desconocido.

En algunas regiones se transforma en un mágico trampolín para el espacio. Sugestivo como pocos es el fotografiado por otro apasionado turinés, el profesor Lamberto Camerini cerca de Algajola, Córcega. Erosionado, transformado en una forma alucinante por los agentes atmosféricos, surge de una roca sobre una caverna sin duda excavada en parte por la Naturaleza y en parte «rectificada» por el hombre.

Este monumento sin edad es comparable con otro, piamontés, descubierto por Mario Salomone en las cercanías de Caprie (Valle de Susa).

Lo llaman, en dialecto, «la piedra que mira». Y «mira» verdaderamente en el vacío, sobre un precipicio de vértigo.

¿Una obra del azar, una rareza de la Naturaleza? No por cierto. Si no fuese suficiente darle un vistazo para convencerse

de ello, bastaría subir un poco más alto, donde abundan los signos solares que nos hablan de oscuros ritos.

¿Un «espólón de sacrificios», entonces, de lo alto del cual las víctimas eran arrojadas al abismo, en holocausto al astro divinizado? ¿O una especie de audaz trampolín estelar sobre el cual avanzaba el sacerdote para juntar las manos o levantar los brazos al Infinito?



Quetzalcōatl inmediatamente antes de su aparición, según el "Códice Florentino" (libro III). Nótese las llamas, el "casco" y el extraño atuendo.

Ambas cosas tal vez. No es menester un gran esfuerzo de imaginación para percibir la forma evolucionada del «trampolín» en los espolones de piedra de las grandes construcciones mexicanas. Fijémonos, por ejemplo, en los de Chichén-Itzá, elaborados en enormes cabezas de serpiente tendidas a las estrellas. Desde la terraza en que están empotrados, una figura de jaguar contempla el Universo. Es el «hombre-gato» de los mitos americanos, la criatura «venida de las estrellas». Y, al ama-

necer o al ocaso, los colmillos del monstruoso animal de piedra parecen cerrarse sobre el Sol.



Utensilios prehistóricos serpentiformes del Trentino. Como los llamados "bastones de mando" a los que nos referiremos más adelante, su uso es desconocido.

Encontramos la serpiente como símbolo de inmortalidad con Esculapio, el dios griego de la Medicina fulminado por Zeus por temor que quitase a los hombres el miedo de la muerte y con Mercurio (el cual acompaña, entre otras cosas, las almas al más allá), en el Caduceo, la famosa verga alada.

Hela aquí de nuevo en México, con una cabeza en las dos extremidades, como representando una voluta sin fin. En su reproducción pompeyana de la Casa dei Vettii, podría ser confundida con la azteca. Tiene una cabeza solamente, es cierto, pero, en compensación, se desenrosca bajo el signo solar que lleva de nuevo al mismo significado.

Y hela también en China, hecha mitad hombre, en Mesopotamia junto al eterno, universal «árbol de la vida», a los leones y los escorpiones (símbolos, estos últimos, de la existencia más allá de la muerte) y en el valle del Indo, donde una figura humana la aprieta con el puño (y tampoco aquí faltan los felinos), como si quisiera hacerse con su fuerza y con sus poderes.

El mismo anhelo de dominación parece producir francamente una metamorfosis en la desconocida divinidad danesa de 3000 años atrás. Los miembros se transforman en serpientes y los ojos adquieren un aspecto que en verdad es poco terrícola.

III

LOS HIJOS DE LA LUNA

El enorme pájaro giraba en el cielo, despacio. Sus alas batían con un ruido siniestro y su cuerpo liso, sin plumas, brillaba al sol. Era un monstruo enorme y descendía. Aterrorizados, los hombres lo contemplaban, escondidos detrás de los árboles, en la orilla del calvero.

Aquel lugar debía de ser un lugar maldito. De noche aparecían cosas extrañas que se movían en el cielo y brillaban con una luz que no tenía color. Por esto la gente lo evitaba, y tenía razón en vista de que el pajarraco parecía haberlo elegido precisamene para hacer el nido.

El monstruo tocó tierra, tuvo un sobresalto y permaneció inmóvil. Los hombres siguieron mirándolo, conteniendo la respiración.

Durante unos minutos no pasó nada. Sobre el calvero había descendido el silencio, pues incluso los pájaros habían dejado de cantar. Luego, de improviso, algunas figuras blancas aparecieron junto al pájaro, como si hubiesen salido de su cuerpo y echaron a andar hacia el bosque. Algún espectador se echó hacia atrás y algún otro intentó hacerlo pero no lo consiguió, paralizado por el miedo.

Por fin una de las figuras se destacó del grupo y avanzó agitando las manos. Y los hombres abandonaron sus escondites, fueron a su encuentro gritando de alivio y de júbilo. Habían

reconocido al ser que les saludaba. ¡Era Momo Dakelhdivata Tasaday, el Gran Padre Dios de los tasaday que volvía a ellos cabalgando un ave mágica!

No se trata de la reconstrucción de una antigua leyenda, sino de un episodio real acontecido en junio de 1971, del descubrimiento efectuado por el antropólogo de Manila Manuel Elizalde de una tribu que vive como en plena Prehistoria, precisamente la de los tasaday.

Son poco más de cien individuos establecidos junto al lago Sebu, en la provincia de Cotabato de la isla de Mindanao. A unos ciento cincuenta kilómetros la civilización moderna se manifiesta en todos sus aspectos, pero mientras sus vecinos siguen en la televisión las empresas espaciales, los tasaday construyen los pocos instrumentos que utilizan con piedras y bambú y encienden el fuego frotando durante una hora dos trozos de madera. No conocen la agricultura ni la ganadería, no tienen la menor idea de lo que son los metales, no son capaces de curar a los enfermos y no saben contar hasta más de doce.

El encuentro casual con un miembro de otra tribu que se metió en su territorio, ocurrido en 1966, hizo que aprendiesen a construir lanzas, cuchillos de bambú, sencillas trampas. Anteriormente cazaban y pescaban con las manos lo que podían, alimentándose principalmente de meollo de palma.

No es de extrañar, por lo tanto, que viesan en el primer hombre encontrado a su único dios (Divata, el «padre de los antepasados»), en el helicóptero un monstruoso pájaro y en las varias fases lunares las «extrañas cosas que se mueven en el cielo».

El espeso bosque es su universo, el mar una palabra carente de significado (no lo han visto nunca), el cielo «una cosa alta» que sólo existe «allí donde no hay árboles». Durante la primera entrevista un poco fatigosa, celebrada con ayuda de los componentes de una tribu cuyo lenguaje tiene algún ele-

mento en común con el de los tasaday, un joven dijo, en sustancia:

—Vemos la Luna tan sólo cuando, de noche, nos encontramos en algún calvero, pero no sabemos para qué sirve y nos da miedo. El Sol, en cambio, lo vemos más a menudo, pero no conocemos a su propietario.

EL HOMBRE QUE NO PODÍA EXISTIR

El descubrimiento de los tasaday, de esos seres absolutamente primitivos viviendo hasta ayer a dos pasos del siglo xx sin conocerlo y sin ser conocidos por él (que no es, por lo demás, el único, sino el último por orden cronológico), debería inducirnos a ser muy cautos al hacer la Historia del género humano, de su evolución y de sus progresos.

Hay quien considera al procónsul, que existió hace casi 20 millones de años, y al gigantopiteco (de 5 a 10 millones de años atrás) «salidos del mismo origen genético del cual luego vinieron los hombres y los simios antropomorfos», y puede ser verdad. Pero el plesiantropo del Transvaal, que vivió hace de 2 millones a 600.000 años pese a caminar en posición erecta y a poseer dientes semejantes a los humanos, no tiene nada que ver con nosotros, igual que nos son ajenos el australopiteco (hace aproximadamente 600.000 años) y el pitecántropo de hace 300.000 años.

Por fortuna está superada ya la época en que muchos estudiosos insistían en endosarnos como antepasados al llamado *Hombre de Neandertal*. Todo cuanto «anticipamos» en *Tierra sin tiempo* (1964) no es puesto en duda ya ni siquiera por los científicos más tradicionalistas. Por el contrario, se multiplican las investigaciones encaminadas a dar con los eventuales supervivientes de los seres que, de 240.000 a casi 140.000 años atrás, habrían dominado dilatadas extensiones del globo.

En el volumen citado publicábamos dos fotografías de los neandertalenses descubiertos hace algunos años en el África septentrional por el profesor Marcel Homet, conocido arquitecto y antropólogo franco-alemán. De uno de ellos ya no se sabe nada. El otro, acogido por una comunidad establecida en el sur marroquí y bautizado «Azzo», murió hace algunos años, pero ha dejado descendientes, hallados en agosto de 1970 por una expedición del CAI-UGET de Turín conducida por el guía Emilio Henry, el entomólogo Alessandro Rosseto, y el explorador Willy Fassio, con la valiosa contribución del doctor Alfredo Guillot, hijo del embajador de Italia en Rabat, apasionado de estos problemas.

Tomando como base los datos amablemente facilitados por el profesor Marcel Homet al doctor Peter Kolosimo —leemos en la relación extendida por Fassio— iniciamos la parte más problemática de nuestra misión: la búsqueda de individuos con características neandertalenses.

La expedición se desplazaba, por lo tanto, hacia el Sur, al límite del Sáhara y precisamente en la región del oasis de Skura, cerca del río Nei Dadés, con una temperatura que algunos días rozaba los 55° a la sombra. Localizamos con éxito una aldea beréber llamada Iflan, donde logramos acercarnos y fotografiar (pese a la prohibición islámica) algunos individuos con características antropológicas muy extrañas. Intentamos en lo posible redactar una breve historia de la procedencia de aquel grupo étnico ateniéndonos a las informaciones

de los habitantes del lugar. El material ha sido enviado al profesor Homet, con objeto de dar curso a estudios más completos.

Como vemos por la documentación fotográfica reproducida aquí en parte, también los descendientes de «Azzo» pueden, aunque sea sólo parcialmente, adaptarse a las costumbres de la comunidad que los alberga. Sus características físicas se mantienen, sin embargo, a pesar de los cruces (posibles en algunos casos, no siempre, por leyes que requerirían profundas investigaciones), como para impedir su clasificación en los grupos étnicos que conocemos.

Las sorpresas, como veremos, están tan sólo en el inicio. Ahora, de todos modos, demos algún salto atrás. En el Cañón de Santa María (Montes Bronco, USA) encontraremos rastros de cavernícolas que ya conocían la cría de ganado, el cultivo de la tierra y que sepultaban a sus muertos, tras haberlos momificado (probablemente explotando agentes naturales) en sarcófagos de yute.

Rastros igualmente antiguos, si no más, han sido descubiertos en lo que viene definido como «novísimo continente».

Algunos arqueólogos —escribe el investigador R. May— hacen remontar la población de Australia a unos ocho o nueve mil años atrás. Para ellos Australia habría sido habitada ya a fines del terciario, hace casi un millón de años. Huesos humanos descubiertos en las grutas de Wellington, en pleno terreno terciario, parecen apoyar esta teoría. De ser así, el hombre habría vivido allí bastante antes de la aparición del pitecántropo de Java y del sinántropo de Pekín.

Actualmente los aborígenes australianos viven como en la Edad de Piedra... No poseen nada, no construyen chozas, no tienen embarcaciones ni utensilios, ignoran la escritura y se transmiten de generación en generación, con sus leyendas, los

mensajes de un pasado remoto. En el continente existen, sin embargo, inscripciones y pinturas rupestres (18).

Y son extrañísimos esgrafiados, extrañísimas pinturas, cuya relación con las expresiones artísticas, si así pueden ser definidas, de los actuales aborígenes se antoja absurda.

Absurdas podrían parecer también ciertas huellas de calzado que se remontan a tiempos en los cuales el hombre, de atenernos a la historia oficial, no hubiera debido conocer en absoluto el modo de proteger las extremidades inferiores de guijarros y zarzas. Entre las incisiones rupestres de Valmonica vemos sandalias muy bien delineadas, y las marcas de algo que se parece mucho a un zapato están impresas en las cercanías de Caprie, en Val di Susa (Piamonte), descubiertas por Mario Salomone, son llamadas todavía por los habitantes del lugar «pisadas del diablo». Para la superstición popular, efectivamente, tan sólo el Gran Maligno hubiera podido estampar sus huellas en la roca.

Rastros todavía más sorprendentes nos esperan en Asia y en América.

En 1959 —escribe una revista moscovita (19)— sobre una piedra sepultada en el desierto de Gobi se halló la impronta de un calzado antiguo de millones de años, que se remonta a una época en la que el hombre no existía aún. Los miembros de la expedición paleontológica chino-soviética, guiada por el doctor Chow Ming-chen, que efectuaron el descubrimiento, se vieron incapaces de proporcionar una explicación cualquiera.

Y, refiriendo la noticia, un estudioso añadió:

(18) Roger May, *Passeport pour l'insolite*, La Palatine, Ginebra-París, 1960.

(19) «Smena», n.º 8, 1961.

Una huella descubierta en el Sisher Canyon (Condado del Pershing, Nevada) sobre una piedra caliza del Triásico reproduce la suela de un zapato con rastros de costura. Dado que no parece que hubiera zapateros en la época de los dinosaurios, cabe preguntarse quién estuvo en condiciones de fabricar tal calzado. Se llega así solamente a dos deducciones: o el hombre apareció en la Tierra millones de años antes de lo que le asigna la ciencia o visitantes procedentes del cosmos desembarcaron en nuestro planeta. Y son dos deducciones igualmente fantásticas (20).

Como lo son, por lo demás, las que sugieren otros hallazgos citados por Tomas.

En el siglo XVI —nos recuerda éste— los españoles encontraron un clavo de hierro de 18 centímetros de largo en el interior de una roca, en una mina peruana, sin duda viejo de quién sabe cuántas decenas de miles de años. En un país donde el hierro parecía desconocido, el descubrimiento fue con razón juzgado sensacional. Francisco de Toledo, virrey del Perú, puso aquel clavo en el sitio de honor de su despacho.

Y además:

Adornos de platino han sido hallados en la costa del Ecuador. Esta pequeña noticia plantea un gran problema científico. ¿Cómo pudieron los habitantes de la América precolombina obtener temperaturas del orden de casi 1.770° C, cuando los europeos no llegaron a tanto hasta hacer dos siglos? (21).

Nadie, además, ha podido nunca hacer luz sobre la com-

(20) Andrew Tomas, *Los secretos de la Atlántida*, Robert Laffont, París, 1969. (Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».)

(21) *The Ancient Civilisation of Peru*, Penguin, 1957.

posición de un recipiente en forma de campana, con incrustaciones florales de plata, de edad absolutamente indefinible, descubierto casualmente a consecuencia de una explosión cerca de Dorchester, Massachusetts. Se trata de un metal totalmente desconocido (22).

Hemos aludido ya, en *No es terrestre*, al cráneo de un bisonte traspasado por un agujero que parece el de un proyectil. Habló de ello el profesor K. Flerov, director del Museo Paleontológico de la Academia de Ciencias de la URSS. Ahora siguen siendo los soviéticos quienes se devanan los sesos sobre algunos hallazgos venidos a sumarse a los que hace años plantearon otros interrogantes sin respuesta.

Huesos de avestruz, de camellos y de hienas prehistóricas —escribe la revista ya citada (23)— fueron descubiertos en 1961 en las grutas de Odessa por T. S. Gritsai y I. J. Yasko. Su edad es de casi un millón de años, y lo que polarizó la atención de los estudiosos fue el hecho que aparecieran seccionados de manera excepcionalmente diestra. Los agujeros son perfectamente circulares, los cortes muy regulares. Según el parecer de los expertos, estos huesos deben haber sido cortados con instrumentos metálicos y luego atados. Ahora bien, conforme a las opiniones corrientes, no existían, hace un millón de años, individuos capaces de ejecutar operaciones semejantes. Pero entonces, ¿quién ha cortado estos huesos?

La discusión ha vuelto a quedar abierta después del examen de los cráneos de algunos mamuts. Y pudiera ser extendida a América, aun relacionándola con hallazgos bastante más recientes. Los «proyectiles Folsom», por ejemplo (llamados así por los restos a cuyo lado fueron hallados, precisamente los del «Hombre de Folsom», que vivió en Nuevo México, de once a doce

(22) «Scientific American», n.º 7-289, junio 1951.

(23) «Smena», n.º 8, 1961.

mil años antes de J.C.) dejaban una profunda herida en forma de rendija. Son de piedra, de sólo 5 centímetros de largo, parecidos a una hoja lanceolada. No eran puntas de flechas ni de jabalinas y, sin embargo, servían para la caza mayor y tenían una excepcional fuerza de penetración. ¿Cómo eran lanzados?



Dibujos de la cultura vietnamita de Dong-son parecen reproducir, en gran parte, animales que se cree extinguidos antes de la aparición del hombre.

No hay respuesta, por ahora, como no existe una explicación aceptable para los «proyectiles Clovis» encontrados a partir de 1932 en la frontera entre Texas y Nuevo México y luego también al oeste de Naco, Arizona. Estos tienen una longitud de 10 a 12 centímetros, se remontan a diez o trece mil años (pero los de Lewisville, Texas, parecen tener lo menos 37.000). ¿De qué modo lograban perforar en dos o tres centímetros los huesos del cráneo de un mamut? Nadie, hasta ahora, está en condiciones de explicarlo.

LOS MAYAS Y LOS ELEFANTES

He aquí al cazador de mamuts. Se ha encontrado su esqueleto intacto en Vladimir, Unión Soviética. Vivía hace 35.000 años y era alto, ágil, de buen aspecto. Llevaba pantalones y zapatos de pieles. La suya es una imagen muy diferente de la que algunos textos escolares nos han dado del hombre pri-

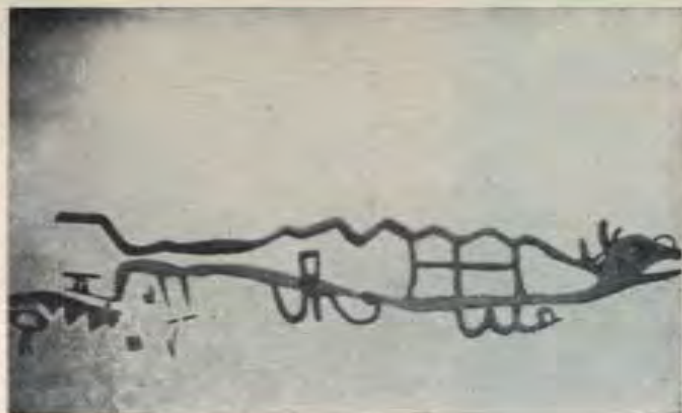


Dos elefantes juntados de espaldas, montados por conductores, pueden verse en la "estela B" de Copán, Honduras. El dibujo es debido al investigador británico Alfred P. Mandslay.



Xiuhtecuhtli es otra «serpiente de fuego» mexicana. La vemos representada con garras, símbolos solares y, quizá, constelaciones.





Estas curiosísimas representaciones de reptiles, con «secciones» internas y apéndices que han hecho pensar francamente en soportes para aterrizaje se encuentran en las zonas áridas de México y son extrañamente semejantes a las descubiertas en Amazonia y en Liberia.



El sugestivo «trampolín» fotografiado en las cercanías de Algajola, en Córcega, por el profesor Camerini.



La caverna excavada bajo el «trampolín de Algajola».

Es muy probable que esta «Piedra que mira» descubierta por Mario Salomone en las cercanías de Caprie, en el Valle de Susa, haya constituido en tiempos un «trampolín para sacrificios».



Indudables signos solares se hallan junto al «trampolín de Caprie», para decirnos que éste no puede ser considerado una obra del azar ni un símbolo fálico.





La serpiente y las estrellas. Una sugestiva elaboración del «trampolín» prehistórico en el «templo de los guerreros» de Chichén Itzá. Nótese la figura del sacrificante con la cabeza felina.



La famosa serpiente emplumada azteca, cuajada de miles de turquesas.



El larario doméstico de la Casa de los Vetti en Pompeya. Arriba el símbolo solar, abajo un reptil extrañamente semejante a ciertas representaciones de la serpiente emplumada americana.



La serpiente, el escorpión, el león y el «árbol de la vida» en un «kudurru», mojón mesopotámico de la época de los casitas.



Sobre una copa de piedra del Valle del Indo, datable alrededor del 2500 a. de J.C. aproximadamente, una figura humana aprieta en sus manos a dos serpientes, como si quisiera hacerse con su potencia.



Un dios «serpiente» danés de hace 3.000 años.



Estos indígenas de las Filipinas, los tasaday de Mindanao (cuya existencia no se descubrió hasta 1971) viven como en plena Edad de Piedra.



Un plesiantropo (arriba) y un procónsul, en la reconstitución del «British Museum».



El australopiteco africano, que vivió hace 600.000 años.



El cráneo del «Hombre de Pekin» en la copia conservada en el «Musée de l'Homme» de París. Vivió hace 300.000 años, aprendiendo a encender fuego y a fabricar rudimentarios instrumentos de piedra.

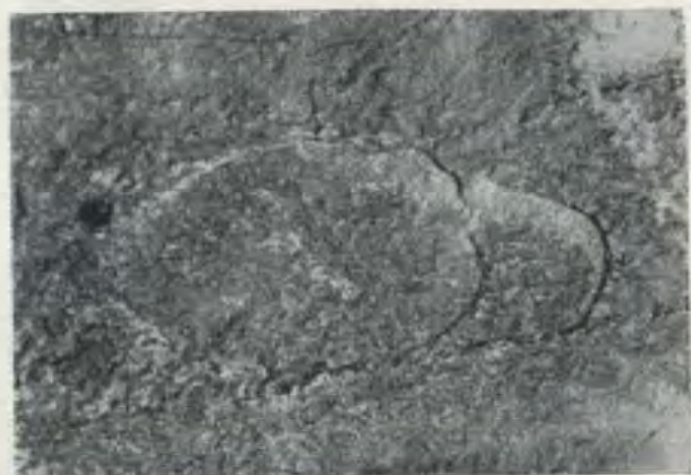




Estas fotos, como la inferior de la página anterior, fueron tomadas por el explorador turinés Willy Fassio en el oasis marroquí de Skurra. Son las imágenes de los descendientes de uno de los últimos neandertalenses de los que se habla en *Tierra sin tiempo*.



Entre estas incisiones rupestres de la Valcamonica se distinguen, claramente, unas sandalias.



La llamada «Pisada del diablo», descubierta por Mario Selomone en las cercanías de Caprie (Valle de Susa).





Esta huella de una suela fue encontrada en un estrato calcáreo de Nevada. Se remonta indudablemente a una época anterior a la fijada por la ciencia tradicional a la aparición del hombre sobre la Tierra.



El esqueleto de un cazador de mamuts de hace 35.000 años fue exhumado en Vladimir, en la URSS. Era un hombre alto, ágil, llevaba calzones y zapatos de pieles.

Representación de una extraña criatura semejante a un saurio expuesta en el museo de Como.

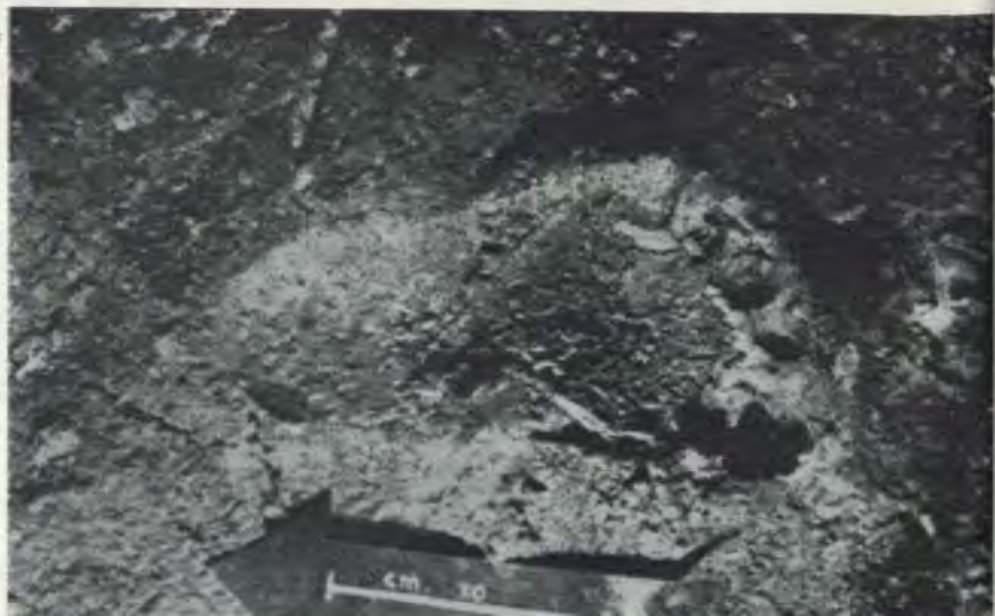


El único esqueleto de oso de las cavernas exhumado entero ha sido hallado en Suiza, a 1.477 metros sobre el nivel del mar, y está expuesto en el museo de Saint-Gall.





Huellas de pies humanos en la arcilla de la gruta ligur de Toirano. Son atribuidas a neandertalenses.



Los pies de los hombres y las patas de los osos gigantes han dejado en la gruta de Toirano marcas cuya autenticidad está garantizada por la costra estalagmítica que las cubre.



El explorador Carsten con los «indios blancos» del Perú.



Una joven esposa de la extraña tribu establecida en el Urubumba con sus dos rubios retoños.



La figura de un hombre barbudo junto a la que podría parecer una «máscara especial» en el «templo XVIII» de Palenque.



La famosa cabeza del «Caballero del Águila» azteca.



Una bellísima calavera de cristal de probable origen mixteca. Sus rasgos recuerdan los del «hombre-gato».



La calavera humana esculpida por los aztecas, de tamaño natural, en un solo bloque de cristal.

mitivo. Y puede que nos sea dado volverla a encontrar, en tiempos más remotos, cuando, nos dice la ciencia tradicional, los hombres no «debían» existir, cuando nadie hubiera debido conocer animales extinguidos antes de la aparición de seres inteligentes en la Tierra.

Sin embargo, si volvemos a los tambores de bronce vietnamitas, no podemos menos que expresar alguna duda al respecto. En ellos advertimos, por ejemplo, un cérvido que, con su cornamenta, no se encuadra en el tiempo ni en el lugar en el cual «sería» situado; dos reptiles (o anfibios) que, más que cocodrilos, nos recuerdan vertebrados de una lejanísima prehistoria. El de la primera fila, en efecto, corresponde a la reconstitución de la *koltassia* propia del Pérmico (hace más de 225 millones de años), mientras que el de la segunda, con su morro alargado y aleta caudal, se acerca bastante a la forma de la *archeria*, que vivió en el Carbonífero, más de 280 millones de años antes.

El «pez» parece en realidad un ictiosauro del Triásico (hace más de 195 millones de años), el *omphalosaurus*; la figura alada, arriba a la izquierda, recuerda el famoso *archeaeropterix* del último Jurásico (137 millones de años atrás); la de arriba a la derecha, el feroz *phororhachos*, el ave carnívora que vivió en América meridional (quizás hasta hace 3 millones de años), de casi 3 metros de alto, con la cabeza grande como un caballo, y la de abajo, el *ichtyornis* del Cretácico (hace más de 66 millones de años).

Las fechas son impresionantes y resulta muy difícil aceptar la idea de que haya llegado hasta épocas relativamente próximas a nosotros la sombra de animales que vivieron cuando la aparición del primer ser humano en la Tierra no era siquiera un lejano presagio.

Podríamos perfectamente habérmolas con deformaciones operadas por los ignotos artistas, tales como para sugerirnos por vía totalmente casual similitudes a las que hemos aludido.

Pero si no se tratase, al menos en parte, de deformaciones, ¿qué nos harían sospechar figuras harto semejantes halladas en otras regiones asiáticas, en África y en la América meridional?

Entonces, teniendo presente que las fechas citadas son de todos modos muy imprecisas, sólo nos quedaría abierto el camino a dos hipótesis.

La primera se basa en la probada supervivencia más allá de las épocas fijadas por la Paleontología tradicional de algunas criaturas prehistóricas. Recordemos al respecto el ruido que hizo la captura del *coelacanthus*, que se creía extinguido desde al menos 500 millones de años y la del *vampyroteuthis infernalis* y el «molusco de Panamá», considerados desaparecidos respectivamente hace de 170 a 300 millones de años.

La segunda hipótesis es la más sensacional y nos describe a grandes rasgos la existencia de criaturas inteligentes, altamente evolucionadas, en tiempos remotísimos. La ciencia oficial lo niega con obstinación, pero no podemos cerrar los ojos ante las tejas y los pavimentos hallados en el mismo estrato geológico propio del caballo de tres dedos americano, que existió de 30 a 6 millones de años, ante la huella de pie humano de Cow Canyon, Nevada, que se remonta a hace 30 millones de años y ante las espectaculares configuraciones de animales que vivieron de 185 a 130 millones de años atrás descubiertas por Daniel Ruza en Marcahuasi.

A estos datos, expuestos ya con todos los detalles disponibles en los trabajos precedentes, podemos añadir ahora otros que consideramos igualmente interesantes.

Entre los frisos que adornan el «calendario de piedra» de Tiahuanaco, el francés Denis Saurat, célebre por sus teorías sobre el gigantismo, cree haber reconocido las representaciones de cabezas de toxodontes, animales que se tienen por desaparecidos en Sudamérica hace lo menos de 3 a 4 millones de años. Y es sintomático notar que precisamente allí han sido encontrados los restos de este gran herbívoro sobre huesos

humanos (24).

Tomas, por su parte, ha puesto de nuevo a discusión un hallazgo sobre el cual la ciencia oficial se obstina en cerrar los ojos desde 1924, año en que la expedición arqueológica Doheny descubrió en el Cañón de Hava Supai (Arizona septentrional) una pintura mural de origen desconocido que representaba un tiranosauo. Los momificadores del saber creen poder resolver el asunto afirmando que el mayor carnívoro que ha existido en la Tierra se extinguió hace unos 60 millones de años. Pero ahí está la representación de un tiranosauo en su forma inequívoca (25).

Otro dibujo nos pone, en Big Sandy River, Oregón, ante un estegosaurio, que vivió bastante antes, hace casi 130 millones de años. ¿Qué diremos, por último, del pterodáctilo que nos saluda sobre un abismo de 137-66 millones de años desde los adornos de la alfarería cocla hallada cerca de Panamá?

Todo imposible, naturalmente. Como sería absurdo pensar, por ejemplo, que un artista de la oscura Edad Media estuviese en condiciones de reproducir monstruos prehistóricos cuyo aspecto nos es conocido tan sólo gracias a las largas búsquedas y a los minuciosos estudios de los expertos modernos.

Sin embargo, por una extraña casualidad, esos monstruos nos miran desde lo alto de las más grandes catedrales, de castillos antiguos y de museos. El soviético Agrest cree poder identificar, en estas reproducciones, a centenares de animales que realmente existieron hace muchos millones de años. Y se pregunta, perplejo, delante de un ser de piedra similar al expuesto en el museo de Como, si se trata de la imagen de un tiranosauo, hallado en China en los yacimientos del primer Triásico, el período que va de 225 a 195 millones de años atrás.

También son revisadas muchas nociones en lo que con-

(24) Denis Saurat, *L'Atlantide et le règne des géants*, Editions J'ai lu, París, 1969.

(25) *Los secretos de la Atlántida*, cit.

ciencia a la existencia y distribución de los mamíferos en el pasado. El elefante, por ejemplo, no «podía» existir, según la ciencia oficial, junto a los monstruos de la Era Secundaria, ni «debía» encontrarse ya en América desde 7.000 años a esta parte.

Sin embargo, como recuerda Verrill (26), en Panamá, entre los vestigios de la civilización cocla, la misma que nos ha transmitido la imagen del pterodáctilo, encontramos la figura de un elefante, con mucha probóscide, las orejas semejantes a grandes hojas desflecadas y una albarda a lomos.

Sobre la llamada «estela B» de Copán, en Honduras, además, vemos a dos paquidermos juntados de espaldas y montados por conductores. Son elefantes. Nadie, observándolos, podría ponerlo en duda. Sin embargo, los pontífices del saber, partiendo del dogma según el cual los grandes proboscidos estarían extinguidos desde milenios en el «nuevo mundo», caen francamente en el ridículo, sosteniendo que se trata de papagayos estilizados.

¿Papagayos con probóscide, colmillos curvos, cabalgados por tres guerreros mayas? No en balde el profesor James Leslie Mitchell manifiesta la sospecha de que algunos arqueólogos tradicionalistas hayan mutilado la figura de la derecha para suprimir las pruebas contrarias a sus teorías, sin conseguir, no obstante, llevar a cabo su vandálica acción (27).

Pero hay más. En Marcabhuasi, la enigmática meseta desierta a 3.800 metros de altura en el Perú, al oeste de la cordillera de los Andes, Daniel Rufo ha encontrado, junto a las esculturas que representan especies extinguidas que vivieron hace de 195 a 130 millones de años (28), figuras de elefantes,

(26) A. H. Verrill, *Old civilisation of the New World*, The New York Home York, 1943.

(27) J. L. Mitchell, *The Conquest of the Maya*, Dutton, New York, 1935.

(28) *No es terrestre*, cit.

bueyes y caballos, animales que no existían en América en tiempos del desembarco de Colón.

OSOS CELESTES

El Shasta, que se eleva a 4.320 metros en Sierra Nevada, al norte de California, es un monte muy extraño. Sin explorar completamente todavía por su naturaleza hostil, es teatro de misteriosos fenómenos que han dado origen a rumores no siempre controlables, enormemente fantásticos. Resplandores repentinos se encienden en las laderas, brillan luces fijas que han alimentado incontables leyendas. Se ha hablado de «platillos volantes», de una ciudad secreta habitada por los herederos de una antigua civilización, si no francamente por extraterrestres. Y no son pocos los viajeros que afirman haber encontrado en sus faldas curiosos individuos vestidos de blanco, seres «no del todo humanos», criaturas semejantes a yetis, osos gigantes casi invulnerables.

Tenía casi tres metros de largo —cuenta un cazador de Oakland, James Barton, refiriéndose precisamente a un plantigrado de aquellos—. La verdad es que no me amenazaba. Por el contrario, trataba de adentrarse en la espesura de un bosque. Ante una posible presa de aquel tipo, sin embargo, yo no podía sino disparar. Estoy seguro de haber tocado al animal,

pero él sólo dio signos de furor. Se levantó sobre las patas traseras, abrió las fauces, extendiendo las zarpas hacia mí, como si me instase a no tirar otra vez. Luego se volvió y, con andadura muy calmada, desapareció entre los árboles.

El señor Barton se apasiona también por la Paleontología y jura haberse encontrado ante un *Ursus spelaeus*, el antiguo inquilino de muchas cavernas. No es el único. Otros muchos cazadores poseedores de alguna noción científica manifiestan la misma convicción, hablando de sus aventuras en las cordilleras que se extienden de las regiones nortoccidentales estadounidenses a las canadienses.

Es cierto que en la península de Alaska y en varias islas adyacentes viven gigantescos osos pardos (como el *kodiak* o *Speleus oyas*, el *Ursus arctos middendorffi*) que pueden alcanzar los 2,80 y 3 metros de largo, con un peso de 700-800 kilos y también es cierto que algunos de estos plantígrados han bajado hacia el Sur a lo largo de la costa, pero no nos consta que hayan llegado hasta los montes californianos. Por otra parte, los relatos de Barton y de sus colegas parecen estar confirmados por gigantescas huellas recientes descubiertas también junto al Shasta, en las proximidades de Grants Pass (Oregón), de Yreka, Redding y Red Bluff. Recordemos, de paso, que no lejos de este último centro fue filmado el famoso «hombre de las nieves» americano (29).

La ciencia sitúa el período de la existencia del oso de las cavernas aproximadamente entre 90 y 40.000 años atrás, basándose en los hallazgos, muy numerosos en Europa. En las cavernas suizas de Wildkirchli, Wildenmannlisloch y Drachenhöle («Agujero del dragón») han sido encontrados los restos de más de mil animales de éstos; cinco mil han sido hallados a 200 metros de la llamada Drachenhöle («Caverna del dragón») cerca

(29) El planeta desconocido, cit.

de Mixnitz, en Estiria, y en el interior de la misma Drachenhöle sus buenos 50 mil, amontonados en el transcurso de quién sabe cuántos milenios.

Junto a ellos, cubiertas por una delgada costra estalagmítica que garantiza su autenticidad, se perciben a menudo en la arcilla muchas huellas de pies humanos. Las de la gruta ligur de Toirano son atribuidas a neandertalenses (30), pero no faltan, en otros lugares, improntas de cromagnon, con pisadas indefinibles, como las austriacas, que podrían hacer pensar en razas desconocidas.

También en Toirano, como, por lo demás, en numerosas otras cavernas, se ven, al lado de dichas huellas, las de los grandes plantígrados. Sobre estos zarpazos las opiniones de los estudiosos se dividen. Algunos los atribuyen a la «gimnasia» de los animales tras el período de letargo, mientras otros piensan en cambio en los movimientos desesperados efectuados por librarse de las trampas en que los cazadores los habían aprisionado.

Nadie podrá quizá decir nunca una palabra segura al respecto. Lo cierto, es, sin embargo, que los hombres prehistóricos ya hacían objeto al oso de ese culto que, entre varios pueblos, se ha mantenido vivo hasta nuestros días. En la Drachenhöle, en efecto, se hizo el asombroso descubrimiento de un sarcófago de piedra que, una vez abierto, mostró siete cráneos de *Ursus spelaeus* bien conservados, cuya edad ha sido calculada en cerca de 70.000 años.

¿Por qué los inquilinos de la caverna estiriana se tomaron la molestia de sepultar las cabezas de los animales con tanto cuidado? Probablemente por razones análogas a las que impulsan todavía hoy a ciertos grupos de fineses como los mordvinos, los ostiacos, los sirienos y los votiacos rusos a tributar a los osos honores que nos resultarían incomprensibles si no

(30) E. Tongiorgi-N. Lamboglia, *La grotta di Toirano*, Istituto Nazionale di Studi Liguri, Bordighera, 1967.

tuviésemos la posibilidad de compararlos con otras curiosas costumbres.

Ningún tungús mata a un oso sin objeto. Y no es la fuerza del animal lo que espanta a esas gentes siberianas que sostienen que también el plantígrado, como el hombre, tiene un alma. «Y existe cerca de ellos una vieja creencia —recuerda Ivar Lissner— según la cual el oso tendría relaciones con el Señor de la Montaña y el Señor del Cielo (...). El hombre que traba amistad con el oso tendrá suerte (...). Importantísima es la ceremonia para la muerte del oso, puesto sobre un árbol o sobre una alta plataforma» (31). ¡Justo como los cuerpos de los hombres colocados de un modo que facilitan su ascensión!

Los ainu (antiguos habitantes del Japón, hoy establecidos tan sólo en las islas de Sajalín y Hokkaido), que todavía practican el sacrificio ritual de los plantígrados, los tenían por «intermediarios entre los hombres y los dioses»; los guiliaki (Sajalín y desembocadura del Amur) los definían «hijos de la Luna» y los lapones veían en ellos a sus progenitores.

Estos elementos comunes son en verdad demasiados para hacernos pensar en meras coincidencias. Y todavía nos quedaremos más perplejos si consideramos que los indios iroqueses (San Lorenzo, Erie y Ontario) sepultaban a sus muertos envueltos en pieles de oso, encerrados en cortezas de árbol, mientras que los maidu californianos siguen practicando una fiesta fúnebre durante la cual algunos fantoches que representan los difuntos del año son revestidos con las pieles de los plantígrados, puestos dentro de un recinto circular y entregados a las llamas «a fin de que puedan llegar al cielo del cual han venido».

Puede muy bien ser, como dice Lissner, que seres primitivos vieran en la andadura, en el comportamiento y en ciertas expresiones del oso «algo de humano», pero ello no basta para

explicar las creencias, los mitos, las ceremonias de que hemos hablado, que parecen tener claras e impresionantes reminiscencias cósmicas.

Además, ¿no podría existir un lazo entre las leyendas del septentrion europeo, asiático y americano, y las de los hombres «con doble piel» florecidas un poco en todas partes del globo? Con otras palabras, ¿la piel del plantígrado no podría recordar un «mono» destinado a proteger ignotos visitantes de un lejano pasado de condiciones atmosféricas y climáticas prohibitivas para ellos?

Los historiógrafos —escribe acertadamente el académico soviético I. A. Efremov— *deberían dar prueba de mayor respeto hacia las antiguas tradiciones y el folklore. Los científicos occidentales hacen gala de una especie de esnobismo ante quien no comparte sus opiniones; lo definen con desprecio como una «persona vulgar».*

Y el francés Louis Charpentier dice:

Hoy consideramos que únicamente el intelectual es «civilizado». No acertamos a comprender los rasgos materiales que nos quedan y tenemos cierta tendencia a considerarlos como el fruto de una barbarie y de un pensamiento sumario. En pocas palabras, somos incapaces de salir de nuestros esquemas actuales para tratar de alcanzar otros, diferentes. No obstante, sin las civilizaciones pasadas la nuestra no existiría y todavía estaríamos ocupados en cazar animales salvajes y tal vez en devorarnos unos a otros.

(31) Ivar Lissner, *Aber Gott war da*, Walter-Verlag, Olten, 1960.

No existe rastro de pitecántropos ni de neandertalenses en América. Existen, en compensación, testimonios inquietantes que contrastan con las ideas que nos muestra la ciencia oficial acerca de los antiguos habitantes del «nuevo mundo». Ella nos habla, como es notorio, de emigraciones asiáticas efectuadas a través de la «ruta de Bering». No dudamos de que hayan tenido lugar, pero, con toda probabilidad, se verificaron poco antes del año 2.000 antes de J.C.

¿De dónde han llovido, entonces, los «indios» blancos de pelo rubio y ojos azules encontrados a principios de 1969 en el Urubamba, al pie de los Andes peruanos por el explorador hamburgués Dietmar Carsten? Hay quien les dice descendientes de los vikingos desembarcados en América antes de Colón. Es cierto que el gran navegante (como más tarde los conquistadores españoles) encontró individuos semejantes tanto en el centro como en el sur del continente, pero si se considera que las primeras expediciones escandinavas fueron efectuadas a mediados del año 1300 (32) y que desde aquel entonces los pocos supervivientes debieron de haberse cruzado con los indígenas hasta llegar a la rápida desaparición de sus caracteres originarios, no cabe más que quedarnos perplejos.

Y más perplejos aún nos quedamos cuando podemos comprobar que los «blancos de América» nos contemplan desde épo-

(32) *Tierra sin tiempo*, cit.

cas bastante más remotas. El cazador de mamuts hallado por Helmut de Terra en el valle de México pereció sin duda en el curso de una infortunada expedición, y casi seguramente pertenecía a nuestra raza. No pueden tampoco clasificarse de otro modo el celeberrimo Quetzalcóatl barbudo cuya imagen resalta en una vasija de Teotihuacán y el «hombre de Palenque» configurado, igualmente con barba, justamente donde una losa sepulcral parece que quiera retrotraer de quién sabe cuántos siglos la historia de la astronáutica. Y hay algo más que nos deja pasmados. Al lado de esta representación resalta la figura de un rostro enigmático que parece encerrado en un casco espacial.

No olvidemos el soberbio «Caballero del Águila» azteca, de unos rasgos que nos hablan de una raza que de «indígena», tal como entendemos la expresión, tiene bien poco. Y tengamos presente la simbología cósmica de aquel pueblo para el cual las órdenes militares de Caballero del Águila y del Jaguar reflejaban «la guerra entre el día y la noche». Precisamente «de la noche eterna», de la oscuridad del espacio habían descendido, según la tradición, los «hombres-jaguar» u «hombres-gato», de los cuales, pese a habernos ocupado ya de ellos, volveremos a tener ocasión de hablar.

Los aztecas aparecieron en el altiplano central de México en los albores del siglo x antes de J.C. Por muchas hipótesis que se hayan hecho, su lugar de origen permanece incierto. Ellos se consideraban, de todos modos, de la mítica Atzlán, la «desaparecida tierra de Oriente», que algunos estudiosos identifican con la Atlántida (33).

El «Codex Vaticanus A.3738», según Tomas, contiene una cronología muy significativa de la historia azteca. Su primer ciclo habría terminado con un diluvio tras haber durado 4008 años; el segundo ciclo, de 4010 años, habría concluido con un

(33) *No es terrestre, cit.*

tremendo huracán y el tercero, de 4801, con furiosos incendios. Durante el cuarto período, calculado en 5042 años, la Humanidad habría padecido de espantosas carestías, mientras que el último habría empezado en el 751 antes de J.C. La duración total de los cuatro ciclos mencionados por el código es de 17.861 años. Su inicio sería fijado por tanto en la fecha, increíblemente remota, del 18.612 antes de J.C. (34).



El barbudo Quetzalcóatl en el fragmento de una vasija teotihuacana.

También en lo que respecta a los mayas, los conceptos tradicionales parecen tener que ser revisados radicalmente. Su calendario, según Tomas, descubre ciclos de 2760. El inicio de uno de ellos está fijado en el 3373 antes de J.C. Tres períodos de 2760 años (o sea 8280 años), a partir del 3373 antes de J.C., nos llevan, pues, al 11.653 antes de nuestra era.

(34) *Los secretos de la Atlántida, cit.*

Es casi seguro —afirma Richard Hennig— que las tradiciones mayas recuerden acontecimientos siderales que se remontan al noveno milenio antes de Jesucristo (35).

Y Tomas continúa:

El obispo Diego de Landa escribía en 1566 que en sus tiempos, los mayas hacían partir su calendario de una fecha correspondiente al 3113 antes de J.C. Y aseguraban que otros 5121 años habían transcurrido anteriormente, lo que fijaría el origen de los mismos mayas en el año 8238 antes de J.C., fecha bastante próxima a la del cataclismo atlántico.

Es de notar, junto a estas consideraciones, cómo los egipcios, con sus cálculos sobre ciclos solares de 1460 años, nos proporcionan el modo de establecer el inicio de su calendario (partiendo de la última «época astronómica», es decir, del 139 después de J.C.) alrededor del 11.542 antes de J.C. Por su parte los asirios, basándose en un calendario lunar, dividían el tiempo en períodos de 1805 años. El último de estos períodos terminó en el año 712 antes de J.C. Y calculando seis ciclos lunares, nos remontamos al 11.542 antes de J.C. Los calendarios egipcio y asirio coinciden, pues, con asombrosa exactitud en lo que concierne a sus orígenes.

(35) Richard Hennig, *Grandes enigmas del Universo*. Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».

UNA DIOSA EN MINIFALDA

Ciertas razas antiquísimas se impusieron y extinguieron dejándonos huellas demasiado escasas y vagas para que nos sea permitido describir, a grandes rasgos al menos, alguna fase de su historia.

¿Quiénes eran los «hombres-gato» que han impreso su enigmática marca en tantas reproducciones y en tantas leyendas de la América central y meridional? Quizás aquellos que nos recuerdan las bellísimas calaveras esculpidas en bloques macizos de cristal de tamaño natural de mixtecas y aztecas.

—Es en verdad pasmoso —observa un estudioso— que aquellos artesanos lograsen producir obras tan refinadas con instrumentos de piedra.

Pero, ¿quién nos dice que en verdad se hubieran usado instrumentos de piedra?

Otras razas nos contemplan desde un pasado para nosotros cerrado por los proverbiales siete sellos. Aquéllas, muy diferentes entre sí, representadas en algunos misteriosos adornos del «nuevo mundo»: un maya barbudo, el individuo de cabeza alargada de Pomona (Honduras británica), el rostro de un inclasificable ser centroamericano.

Igualmente indefinible es el llamado «Xipe Totec». Debía de ser una divinidad azteca, pero sus rasgos son tales que alguien ha aludido a la representación de un cruce entre los indios y el famoso «hombre-gato».

Encontramos también a este último en la siniestra isla de Pascua junto a un ser barbudo de largas orejas, a una extraña

«mujer» que lleva un pescado al hombro y a una figura en la que se ha visto una ballena con una choza de juncos a lomos. Si así fuese, las dos esculturas marinas podrían referirse al recuerdo del diluvio en sus dos conocidas versiones.

Pero hay más. En 1971, también gracias a la apasionada labor de Mario Salomone, se descubrió en Piamonte (Villarfochiardo, Valle de Susa) un «mascarón» esculpido en la roca que recuerda muy de cerca ciertas representaciones primitivas sudamericanas de las «criaturas de cabeza aplastada». Toda similitud es si no arbitraria, desde luego audaz. Hemos de observar, sin embargo, que el hallazgo del arqueólogo turinés es la única reproducción europea que hace pensar en la de ultramar.

¿Mera coincidencia? Tal vez. Pero de estas «coincidencias» es demasiado rica la arqueología para que nos quedemos sugestionados. La curiosa cabeza humanoide china de la edad Han (del 206 antes de J.C. al 25 después de J.C.), por ejemplo, nos hace pensar en varias esculturas de madera, polinesias, que reflejarían las facciones «dioses con dos cabezas venidos del fuego». No sabemos qué se entiende aquí por «fuego», si bien algunos estudiosos aludan a posibles mutaciones acaecidas en época remotísima a resultas de cataclismos que habrían acarreado, entre otras cosas, tremendas erupciones volcánicas. Singular es, sin embargo, el hecho de que la figura china luce en la frente dos protuberancias.

De la «Puerta del León» de Boghazköy (Anatolia central), entre las curiosas esculturas que los arqueólogos nos dicen que anticipan en varios siglos las obras análogas de los edificios asirios, podemos admirar, aún hoy, cabezas de piedra que, pese al deterioro del tiempo y de los fenómenos meteorológicos, recuerdan más o menos los misteriosos monumentos pascuenses.

Totalmente sibilina se nos antoja, por el contrario, la llamada «Diosa madre» de Mohenjo-Daro, el centro de la desco-

nocida civilización salida a la luz en la que hoy es una islita en el río Indo, al sudoeste de Sukkur (Pakistán). En lo que concierne a los rasgos más notables de sus restos, recordemos este fragmento de *Tierra sin tiempo*:



Un adorno chino de la edad Han (206 a. de J.C.-25 d. de J.C.) hace pensar en los «dioses con dos cabezas venidos del fuego».

La construcción más notable es una piscina, antiguamente cubierta, de doce metros por siete, a la que se unen un baño de vapor y un sistema de calefacción de aire caliente. La calle principal discurre de Norte a Sur, tiene una longitud de casi

un kilómetro (en los límites, naturalmente, de la extensión propia a las excavaciones efectuadas) y una anchura de diez metros. Todas las casas están construidas con ladrillos parecidos a los nuestros, en una, dos y hasta tres plantas, según una técnica muy perfeccionada, cada vivienda poseía instalación propia de agua corriente, baño propio, servicios higiénicos propios, no sólo en la planta baja, sino también en los pisos superiores (desgraciadamente destruidos), como demuestran claramente las tuberías. El sistema de canalización ciudadano, además, es tal que basta el juicio de los ingleses para definirlo: «Nosotros, hoy en día, no podríamos superarlo.»

Con esta «modernidad» está perfectamente en línea la estatuita que hemos mencionado, la de una dama en audaz «mini», con un collar y un cinturón que darian envidia a una chica de nuestros días. Dos cosas, sin embargo, no se adaptan al cuadro que estaríamos dispuestos a trazar en consecuencia de esta descripción: el cubrecabezas, de inexplicable estructura por varios motivos, y las facciones de nuestra «chica», que no podríamos definir como atractivas.

Tampoco las de las figuritas halladas en las cercanías de México (debemos las fotografías otra vez a la cortesía de Roberto Calcagno) son muy atractivas desde nuestro punto de vista: se trata de unos extrañísimos hombrecillos, algunos con la cabeza formada por un óvalo casi perfecto, otros con el cráneo que, alargado hacia arriba, va estrechándose, como si estos individuos llevaran un fez (no hay rastro, sin embargo, de cubrecabeza), y otros más con protuberancias posteriores.

Estas características pudieran hacer pensar en las deformaciones craneales practicadas en diversas partes del mundo, del África central a las Nuevas Hébridas, de Indonesia y de Polinesia a la América occidental. Las figuritas nos vienen de la cultura olmeca, a la cual eran extrañas-semejantes deformaciones y no sólo esto. Se trata de la civilización que nos ha

dejado las conocidísimas, monumentales cabezas de los «hombres-gato» (36).

Digno de consideración es el hecho de que las estatuitas están diversamente coloreadas. Las hay verdes, rojas, blancas y, prescindiendo de las deformaciones, los rasgos de sus rostros parecen reflejar todas las razas existentes, junto a alguna que no estamos en condiciones de clasificar.

Otro detalle que nos impresiona lo constituye la presencia de una especie de obelisco al lado de estas representaciones. No olvidemos que los olmecas conocían las estrellas y les atribuían (en cuanto nos es dado saber por sus tradiciones, recogidas por otros pueblos) significados extrañamente ligados al cosmos. Las civilizaciones desarrolladas bajo el influjo olmeca nos hablan de tales monolitos como de «lanzas» (o «puntas») destinadas a «horadar el cielo».

Los antiguos habitantes del Golfo de México, llegados allí no sabemos cómo ni de dónde, adoradores de la Luna, regidos un tiempo por un «poderosísimo mago», custodios de «ciencias olvidadas», ¿conservarían, por tanto, inimaginables recuerdos cósmicos? ¿O habían recibido francamente alguna de sus pasmosas nociones de astronautas de la Prehistoria? Hay quien no duda en sostenerlo.

Acostumbrados como estamos a definir «de raza roja» a los americanos precolombinos (lo cual es verdad sólo en parte), podría parecernos sugestiva una referencia a los primitivos obeliscos que, con dos metros y medio de alto de promedio, surgen (divididos en dos grupos, uno de 150, otro de una treintena) en una localidad llamada Toundinara, a 16 kilómetros de Niafouké, en el Níger. Los indígenas atribuyen su erección a los bagara, legendarios «hombres rojos» que en el pasado habrían reinado en aquella zona, como resulta del hallazgo de restos humanos, «junto a razas diferentes, que vivieron en una

(36) *Tierra sin tiempo, cit.*

época muy remota» (37).

Se encuentran «rojos» —afirma Charpentier— tanto en América como en la cuenca oriental mediterránea. Vemos a los gomara (los «rojos») en las cercanías de la ciudad santa de Xauen, en el Rif. La palabra fenicio significa rojo, y los fenicios ocuparon, allende las orillas del mar Rojo, toda la costa de Asia del Cercano Oriente, con numerosas islas como Mileto y Creta. Destaquemos que los egipcios llamaban keftin a los cretenses y los representaban inberbes, con la piel roja, justo como los mismos fenicios (38).

Otra vez a propósito de monumentos en forma de columna, ¿digamos dos palabras sobre los totem? De Oceanía a América descubriremos en ellos la configuración, entre rostros de fisonomía familiar, de razas remotas, a veces desconocidas. Y la multiplicidad de las expresiones nos deja a menudo estupefactos, como ante un poste de los haida, los amerindios de la isla de la Reina Carlota (Canadá occidental), rematado por una extraña figura animal que representaría al «dios venido del cielo», al «gran maestro de todos los hombres», es decir, de aquellos esculpidos en el mismo totem, de quienes los haida estaban separados por distancias inimaginables y de los cuales, en rigor de lógica, ni siquiera hubieran podido suponer la existencia.

(37) Roge May, *5.000 siècles de mystères*, La Palatine, Paris-Ginebra, 1959.

(38) Louis Charpentier, *Los gigantes y el misterio de los orígenes*, Robert Laffont, Paris, 1969. (Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».)

EL MONSTRUO VENIDO DEL FRÍO

Al principio fueron los simios. No precisamente al principio, pero casi. Aun antes aparecieron en el globo seres que «vagaban a gatas y sin meta», y fueron aniquilados. El Corazón del Cielo suscitó un diluvio y cayó mucha agua... Resina líquida se precipitó del cielo, la faz de la Tierra se oscureció y comenzó una lluvia negra, de día y de noche...

Así se expresa el *Popol Vuh*, describiéndonos después el destino de aquellas criaturas:

Dícese que sus descendientes son los simios que hoy viven en los bosques. En ellos se puede reconocer a aquellos cuya carne fue hecha de madera por el Creador y por el Formador. Por esto el simio se parece al hombre como recuerdo de una creación humana, de hombres que no eran más que fantoches de madera (39).

La «biblia maya» podría resumirnos así, en forma de leyenda, la historia de la evolución y de las catástrofes que trastornaron nuestro planeta. Una síntesis nos es ofrecida por una ilustración del *Códice Vaticano A 6*, que nos muestra precisamente a Quetzalcóatl como divinidad creadora rodeada por seres informes, simios, animales y árboles, vuelto hacia una pareja decididamente humana, que representa el cumplimiento de su obra.

(39) *Das Busch des Rates, Popol Vuh*, Eugene Diedrichs Verlag, Düsseldorf-Colonia, 1962. De *No es terrestre*.

El recuerdo de los «hombres-simios» no está, desde luego, vivo sólo en América. Se encuentra en varias regiones africanas, y los baulé de la Costa de Marfil siguen conservando de ellos una imagen muy sugestiva, la de Mbotumbo, el cual, y la cosa nos parece muy significativa, no es un dios verdadero, sino una divinidad de rango inferior, una especie de jefe de los cuadrumanos, si es lícito definirlo así.

En Tracia y en la Grecia septentrional —según leemos en un interesante estudio de Gaster— *suelen celebrarse ciertas solemnidades importantes con una burda pantomima, y un elemento esencial del espectáculo es la repentina irrupción, durante una fiesta nupcial, de un vociferante sujeto con una máscara negra, que intenta molestar a la novia y que acaba por pegarse con el novio. En Tesalia, este personaje suele estar representado como un salvaje y peludo «árabe» y, para resaltar mejor su carácter de bárbaro, lleva, además de una máscara negra de piel de oveja o de cabra, un manto de piel de oveja y a veces también una cola* (40).

Muchísimos elementos hacen pensar en la existencia de seres simiescos bastante más parecidos al hombre que los que conocemos, pero no como para representar el famoso «eslabón» buscado hace tiempo.

A fines de 1969 algún profesor tradicionalista creyó haberlo encontrado y estaba a punto de tocar el cielo con un dedo. El dedo apuntado hacia una criatura extrañísima pescada por los americanos en el mar de Bering, encerrada en un féretro de hielo.

La historia de este ser está envuelta en el misterio. Hay quien lo dice procedente de una embarcación nipona naufragada y quien, en cambio, da otra versión. «Bozo» (así ha sido

(40) Theodor H. Gaster, *Le storie più antiche del mondo*, Giulio Einaudi ed., Turin, 1960.

bautizado el «monstruo venido del frío») había sido hallado casualmente por la tripulación de un barco soviético dedicado a la caza de focas. Llegado a un puerto chino, el curioso hallazgo habría sido enviado a Hong Kong y allí cedido a los representantes de un instituto científico americano.

No nos ha sido dado saber cuál es este instituto. Todo el asunto está rodeado de un secreto absoluto. Que «Bozo» no es fruto de la imaginación, de todos modos, es seguro. El periodista estadounidense Ivan T. Sanderson lo ha fotografiado, el zoólogo Heuvelmanns, miembro de la Academia de Ciencias de Bruselas, ha podido estudiarlo detenidamente después de haberse comprometido, como muchos otros colegas suyos, a silenciar el lugar donde se encuentra.

«Bozo», el llamado *Homo pongoides*, es un ser de un metro y ochenta centímetros de altura, musculoso, casi sin cuello, con unos brazos largos y manos de espátula. Tiene los pies de 25 centímetros de largo y, salvo la cara y las palmas de las extremidades superiores e inferiores, está cubierto de pelos que llegan a medir 10 centímetros. Debió de morir a consecuencia de una herida en la cabeza. Pero, ¿cuándo pudo haber vivido? Heuvelmanns declaró que hasta hace cinco años y añadió que el parecido con los fabulosos yeti, tal como han sido descritos por testigos oculares, es, más que notable, impresionante.

TARZÁN Y LA MUJER SIMIA

¿Así, los «fósiles vivientes» próximos a nuestra especie tampoco han muerto? Realmente parece que no. De vez en cuando, por el contrario, suben al escenario unos seres que parecen querer demostrarnos que las teorías tradicionales sobre la evolución van siendo, como hemos dicho, radicalmente revisadas y corregidas. El «hombre de las nieves», si así podemos expresarnos, es de ayer. Hoy existe una criatura todavía más próxima a nosotros por su aspecto pero, al mismo tiempo, tan extraña a nosotros como para darnos escalofríos.

¿Recordáis *El planeta de los simios*, el filme de ciencia-ficción que, rodado sobre la falsilla de una novela igualmente conocida, nos presenta unos primates muy evolucionados, sabios, civilizados? ¿Lográis imaginar a una mujer-simia de la pantalla traspuesta a la realidad? Nosotros no hubiéramos llegado a tanto, pero hemos tenido que rendirnos a la evidencia ante el ser descubierto en el Estado brasileño de Minas Gerais, en una aldea perdida en la selva (41).

Es un ser que no posee ciertamente la inteligencia de los avanzados cuadrumanos cinematográficos y que, por el contrario, está bastante más cerca, en el aspecto, de los «primos del hombre». Tiene trece años, es de sexo femenino, sus ojos son grandes, saltones, su nariz aplastada, la boca ancha, la mandíbula en todo y por todo igual a la de un chimpancé y

(41) El descubrimiento es de la primavera de 1970.

tiene el cuerpo cubierto de pelos negros, muy tupidos, en los hombros y en la espalda.

Los habitantes de la zona la llaman María de Jesús, quizá por piedad, pero lo cierto es que este nombre no hace sino subrayar el aspecto horripilante de la muchacha. Nadie sabe quiénes fueron los progenitores de la criatura, nadie se ha tomado la molestia de desentrañarlo. El estado de miseria en que se hallan esas gentes es tal que les veda mirar un poco más allá del próximo yantar.

De repente llega al lugar un etnólogo, ve a la infortunada criatura y se promete volver otra vez. Hablando de ella, despierta el interés de otros estudiosos, los cuales organizan auténticas expediciones, abriéndose paso a machetazos en la selva hasta la aldea sin nombre adonde, de vez en cuando, llegan solamente los misioneros con las ropas usadas, la comida y los medicamentos que consiguen reunir.

¿Qué nos dice la ciencia a propósito de la pobre María de Jesús? Veamos lo que dice el profesor de patología Joan Henrique de Freitas Filhos:

Todos los seres humanos tienen características humanas. No es de excluir que la chiquilla haya tenido antepasados... digamos «raros», que vivieron hace muchos siglos.

Hoy sabemos que las características animales en cuestión son harto más evidentes en la fase embrionaria de la vida. El nuevo individuo tiene, en la entraña materna, pelos como los simios y escamas como los peces. Pero, por regla general, casi universal, estas peculiaridades desaparecen hacia el tercer mes de gestación. El fenómeno es conocido con el nombre de filogénesis o «evolución de la especie», pero, al mismo tiempo, se desarrolla el de ontogénesis o de «formación del ser», en el curso del cual el niño adquiere, por ejemplo, los ojos azules del padre o la nariz de forma similar a la de la madre.

Ahora bien, los dos procesos van perfectamente «sincroni-

zados». En el estado actual de nuestros conocimientos, pensamos que no pueden ser disociados. Es gracias a ellos que a veces podemos parecernos, no al padre o a la madre, sino a un antepasado.

Como se dice en lenguaje corriente, se pueden «saltar» una o dos generaciones, raramente más. El caso de María de Jesús es, por lo tanto, asombroso.

Hay, además, otro hecho sorprendente. Recién nacida, la infeliz criatura era como todos los críos y fue poco a poco como adquirió los rasgos simiescos que la distinguen. Cabe pensar, por tanto, en una divergencia de la formación genética, algo que no tiene precedentes.

María de Jesús no habla, parece alélada. Es dócil, mansa como un animal doméstico, pero posee una sensibilidad acusadísima. Asustada, huye cuando los chiquillos de la aldea empiezan a gritarle frases injuriosas. Con frecuencia se aparta y llora largo rato. ¿Por qué? Ella no sabe decirlo; los otros no pueden adivinarlo.

Los estudiosos (que, mientras tanto, la dejaron al cuidado de una familia local) se proponen trasladarla a un gran centro médico para examinarla detenidamente.

La ciencia quizá pueda realizar así progresos, María de Jesús será sustraída al hambre y al escarnio. Pero, ¿cuáles serán sus reacciones frente a la civilización? ¿Y cuál será su futuro una vez concluidas las investigaciones?

No podemos ciertamente ser demasiado optimistas al respecto, sobre todo si consideramos la actitud de las autoridades brasileñas para con los indígenas.

Seres totalmente primitivos, humanoides desconocidos, mujeres-simias, descendientes de neandertalenses, yetis... Las criaturas de este tipo que viven a nuestro lado, junto a las expresiones más fantásticas de nuestra civilización, son demasiado numerosas para que nos sintamos autorizados a creer en «ca-

prichos de la Naturaleza». A los hasta ahora mencionados, podríamos añadir numerosos ejemplos que nos inducen a creer que nos encontramos ante verdaderos «fósiles vivientes», representantes de razas borradas casi enteramente de la faz del globo por acontecimientos apocalípticos.

El *Popol Vuh* nos habla, con expresiones fácilmente interpretables, de diluvios, lluvias meteóricas, erupciones volcánicas que trastornaron la Tierra, no dejando más que unas pocas islas con vida. Y descripciones semejantes se encuentran en numerosas leyendas de todas partes del mundo.

«¿Qué acaeció inesperadamente a las especies extinguidas?», se preguntan algunos investigadores intentando esbozar una respuesta en términos más científicos, como, por otra parte, hemos hecho ya nosotros con los trabajos aparecidos en esta colección.

Nos preguntan, por ejemplo —leemos en la revista milanese *L'Europeo* (42)—, por qué ciertos *pequeñísimos organismos marinos del plancton, ya muy difundidos, se han extinguido en un período que, respecto a la escala-tiempo geológica, debe considerarse breve. Este fenómeno se ha verificado numerosas veces y ha afectado a diferentes tipos de plancton en los últimos cuatro millones de años.*

Existe, sin embargo, un importante indicio. Algunas de las extinciones parecen haberse producido en el preciso instante en que el campo magnético terrestre estaba cambiando de tal modo que el Polo Norte magnético se tornaba el Polo Sur y viceversa. Por un estudio del magnetismo efectuado sobre rocas, los geólogos saben que el campo magnético se ha trastornado lo menos veinte veces en el curso de los últimos cuatro millones de años, y muchísimas otras veces anteriormente.

Una teoría es que, a mitad del cambio, el campo magnético

terrestre debe de haber decrecido hasta cero. La radiación cósmica, que normalmente es desviada de la Tierra por las líneas de fuerza, pudo haber penetrado en la superficie terrestre, dando lugar a mutaciones que finalmente llevaron a la extinción de algunas especies.

Otro punto de vista sobre las extinciones, que el profesor J. P. Kennet y el doctor N. D. Watkins de la Universidad de Rhode Island han intentado verificar en las investigaciones publicadas recientemente, es que las extinciones fuesen debidas a paroxismos volcánicos acaecidos contemporáneamente a los cambios del campo magnético. Los dos científicos se valen de los argumentos expuestos en 1968 por James Heitzler, del Observatorio Geológico de Lamont, Nueva York, según el cual un período de violentos terremotos puede haber trastornado la rotación terrestre.

Han tratado de demostrar que el estallido de la actividad volcánica aconteció durante el trastrueque del campo terrestre, examinando los sedimentos fósiles recogidos en el Pacífico, en Nueva Zelanda sudoriental, midiendo la dirección del magnetismo congelado en dichos sedimentos y buscando yacimientos de polvo volcánico. En muchos casos se han hallado signos de actividad volcánica correspondientes a trastornos del campo magnético y los científicos sostienen que es difícil que se trate de coincidencias casuales.

A consecuencia de estos fenómenos seguramente no tan sólo se extinguieron varios tipos de plancton, sino también, y mucho más fácilmente, numerosas formas de vida evolucionadas.

Tengamos también el valor de hablar del género humano, de afrontar la pregunta que a menudo nos ha sido formulada: «Si, junto a las especies primitivas de las cuales podrían existir algunos supervivientes, vivían en la Tierra seres altamente civilizados, ¿cómo es posible que hayan dejado en herencia a las

antiguas culturas sólo pálidas huellas de sus grandes conquistas?»

Contestemos con un ejemplo elemental. Si nos ocurriese salvarnos de una catástrofe aérea después de haber caído en la espesura de una selva y consiguiésemos recuperar de los restos del aparato todo lo que, quedando intacto o casi, pudiera sernos útil, viviríamos durante algún tiempo con una apariencia de civilización. Pero poco, sin embargo. Las baterías de la instalación de luz y de la radio se agotarían, los metales se oxidarían, nuestra improvisada vivienda caería a pedazos y las ropas quedarían hechas jirones. Podríamos comunicar a los indígenas con los cuales estableciésemos contacto algunas nociones fundamentales, pero deberíamos adaptarnos al final a vivir como ellos. Y no tardaríamos en hacerlo, como nos demuestra —última en orden del tiempo— la historia de «Tarzán».

Despuntaba el alba en la selva amazónica cuando los centinelas del campamento oyeron el grito gutural procedente de la espesura de árboles, bejucos, zarzas y flores gigantescas.

Los hombres de guardia reaccionaron prontamente y los componentes de la expedición, guiada por el profesor Francisco Meirelles, se levantaron de un salto y corrieron a las armas. Un par de minutos más, y habría sido demasiado tarde. Una multitud de indios desnudos, empuñando espadas y hachas de piedra irrumpieron en el campamento. Los brasileños reaccionaron con un furioso tiroteo y los agresores se retiraron, dejando algunos muertos y heridos en el calvero, sobre el cual llovieron de lejos multitud de flechas envenenadas.

Estaba volviendo la calma, en el campamento, cuando se elevó una voz airada:

—¿Sabéis quién nos ha echado encima los indios? ¡Ha sido uno de nosotros, Silvio! ¡Se había quitado las ropas, pero le he reconocido perfectamente! ¡Él era quien los guiaba!

Amenazadores, los miembros de la expedición se volvieron

hacia Silvio, un colaborador de Meirelles.

—¿Os habéis vuelto locos? —se rebeló el presunto traidor—. ¿Por quién me habéis tomado? ¿Por qué habría hecho una cosa parecida?

Sus protestas calmaron a los brasileños, pero ya no valieron algunos días después, cuando tuvo lugar un nuevo ataque. Muchos juraron haber percibido de nuevo a Silvio entre los indios y tuvo que intervenir enérgicamente el profesor para evitar un linchamiento.

Y el asunto no quedó concluido. Un grupo de blancos y mestizos decidió liquidarlo por su cuenta y tramó un atentado contra el sospechoso compañero. Éste, gravemente herido, se salvó de milagro y tuvo que ser reexpedido a casa en helicóptero.

Desde aquel día los brasileños fueron dejados en paz. Podía parecer una prueba irrefutable de la culpabilidad de Silvio, pero el profesor Meirelles no estaba convencido de ello. En el camino de regreso encontró a un grupo de cazadores blancos que llevaban años batiendo aquellos parajes y cuando les contó lo ocurrido ellos le contestaron sin vacilar:

—Algo sabemos de eso. Ese sujeto que guía a los indios es Tarzán, el jefe blanco de los mekronotires.

Demasiadas veces el investigador había oído hablar de legendarios jefes blancos, demasiadas veces, buscándolos, sólo se había encontrado ante indígenas de color claro, sorprendentes, eso sí, por sus rasgos tan semejantes a los nuestros, pero no tanto como para asombrar al experto científico. Tarzán, además...

—Es sólo un apodo que le hemos endilgado nosotros —explicaron los cazadores—. Ignoramos cómo se llama, pero no le aconsejamos que vaya a preguntárselo personalmente. Es un demonio sin piedad.

Esto ocurrió va a hacer diez años. Meirelles, sin embargo, no siguió el consejo. Con una nueva expedición, llegó hasta el

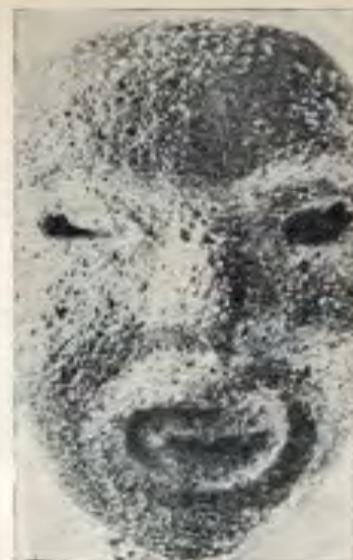


Imagen azteca en piedra del dios Xipe Totec. Racialmente resulta indefinible.

Arriba a la izq.: Pendiente maya representando un rostro barbudo. En el centro, a la izquierda: Zarcillo de Pomona (Honduras británica).

Abajo, a la derecha: Máscara centroamericana de tipo inclasificable.

Algunas extrañas esculturas del tardo período pascuano. Un ser barbudo de largas orejas y una «ballena» con una choza de juncos sobre el lomo; una curiosa calavera y una «mujer con un pescado a la espalda».



El raro «mascarón» descubierto por Mario Salomone cerca de Villarhocchiardo, en el Valle de Susa (Piamonte) recuerda, por lo que cabría definir de caso raro, la extinguida raza americana del cráneo aplastado.



Las inexplicables esculturas de la «Puerta del león» de Boghazkoy no sólo se anticipan de varios siglos a las obras análogas de los asirios, sino que recuerdan las realizadas en las islas pascuenses.



Dos «gigantes de piedra» de la isla de Pascua.



La «diosa en minifalda» de Mohenjo-Daro.

Las extrañas y alucinantes figuritas exhumadas en las cercanías de la ciudad de México.





Las estatuitas mexicanas, atribuidas a la cultura olmeca, están pintadas de diversos colores: verde, rojo y blanco. Parecen reflejar, hasta en los rasgos, todas las razas existentes, con otras absolutamente inidentificables.

Un curioso detalle lo constituye la presencia de columnitas cilíndricas junto a las estatuitas de presunto origen olmeca. ¿Se trataría de una referencia al cosmos? Las tradiciones hablan de «lanzas destinadas a traspasar el cielo».



Totem neozelandés, extraordinariamente semejante a los americanos.

Misteriosos rostros «no indígenas» representados en un tótem de los indios haïda, de la costa noroeste americana.

El «Código Vaticano A5» nos presenta a Quetzalcóatl como divinidad creadora rodeada por seres informes, simios, diferentes animales, árboles, pero vuelto hacia una pareja decididamente humana.

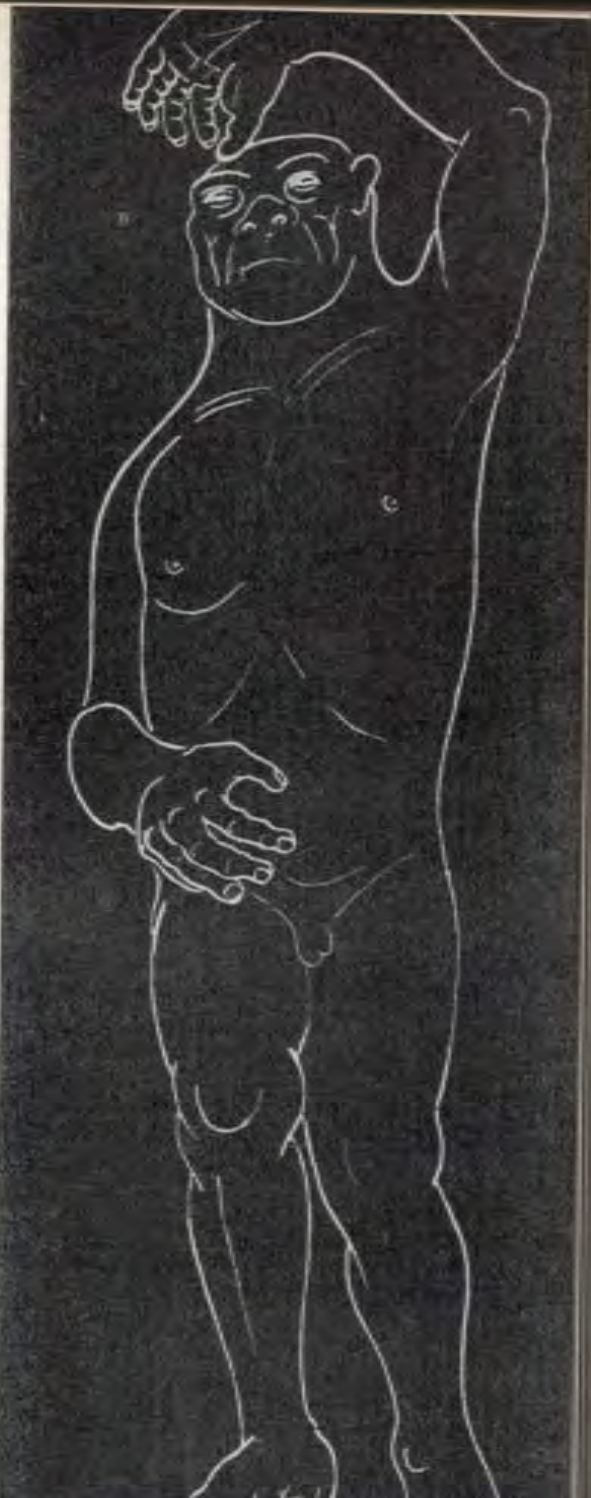


Mbotumbo, el «dios simio» de los baule de la Costa de Marfil

El «monstruo venido del frío», extraído en el mar de Bering de un ataúd de hielo. A la derecha la fotografía original y a la izquierda una reconstitución.



Perfil del «Homo pongolides» en el dibujo de una revista científica.





El «mutante» que nos presenta el filme *El planeta de los simios*.



La verdadera «mujer-simio», descubierta en el Estado brasileño de Minas Gerais.



Otra impresionante imagen de la «mujer-simio». Una especie de tupida crin le desciende por la espalda.



Lo llaman «Tarzán». Es el jefe de tribu blanco de los belicosos mekronotiros mekronotiros.

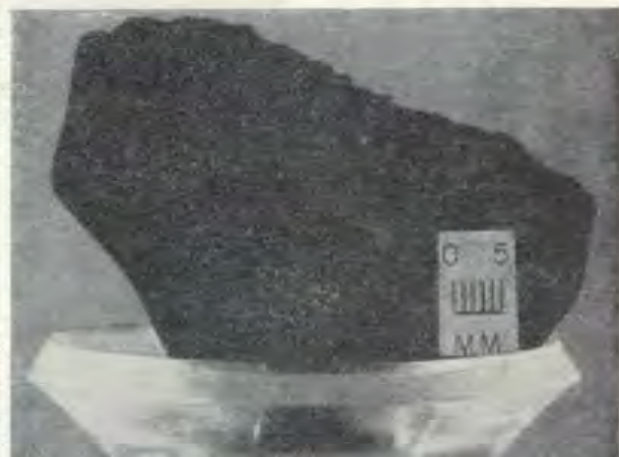


Bemontire y su familia. De izquierda a derecha: la esposa Opodikoi, los hijos Keroti y Bepre, «Tarzán» y la hija Kereri.



Señales de radio nos llegan hoy de las Pléyades, constelación que curiosamente aparece en los «mitos estelares». En este fragmento de antiguo calendario mesopotámico la vemos representada, a la izquierda, junto a un dios o a un héroe encerrado en un círculo y al Toro.

El «meteorito Murchison», llamado así por el lugar donde fue hallado, en Australia. Se han descubierto en él varios tipos de aminoácidos, una prueba más de que la vida no es prerrogativa exclusiva de la Tierra.





La «tortuga cosmogónica» de la Tierra de Arnhem (Nueva Guinea), un símbolo difundido en muchísimas partes del globo.



Las extrañas incisiones fotografiadas en Marruecos por Willy Fassio. Los estudiosos consideran que se trata de signos solares o de calendarios, pero su relación con las legendarias «piedras redondas caídas del cielo» no debe omitirse.



Esgrafiados muy similares a los marroques pueden ser admirados en el Museo Bicknell de Bordighera, hallados en el Valle de las Maravillas.



Estos seres, reproducidos en una cerámica de estilo nazca (Perú meridional) parecen destinados a la vida anfibia.



La enigmática «cabeza de Tlatilco», plasmada en un recipiente de la edad preclásica mexicana.



¿Hemos de incluir también entre nuestros remotos antepasados a seres de este género cuyas facciones se reproducen en las máscaras de los esquimales de Alaska?

¿Cascos y escafandras especiales en la Prehistoria? Una vez más el apasionante interrogante se plantea con las figuras del llamado «periodo marciano» del Tassili.



Monumentos titánicos pueblan de tiempos sin fecha casi todo el mundo. He aquí un dolmen del tipo denominado «Mesa de los gigantes» descubierto por Mario Salomone en Villarfocchiardo, en Piemonte.



Otro dolmen piemontés. Se encuentra en Val Gravio, donde pueden verse también misteriosas inscripciones.





También en Val Gravió hallamos estos presuntos restos de una construcción de tipo nurágico.

Dos colosales dólmenes de Saint-Benoît-du-Sault, en Indre (Francia).



río Chinché, encontró a la tribu de los mekronotires y topó con el sosias de Silvio. Era «Tarzán».

Ciertamente no se parecía mucho a Johnny Weissmüller, el campeón olímpico que encarnó en la pantalla al «rey de la jungla» ni a sus incontables sucesores e imitadores. Era flaquísimo, todo músculo y nervios, pecoso, de pelo oscuro rojizo. Era indudablemente un blanco, aunque no sabía palabra de portugués y le llamaban Bemontire, «Bestia Salvaje» en el dialecto local.

¿Un guerrero? Era más que un guerrero. Era el jefe de los mekronotires, una de las estirpes más primitivas y feroces de la selva brasileña, que, procedente del río Xingu, domina desde generaciones el territorio situado entre el río Iri y el río Chinché.

—Vengo en son de paz —dijo Meirelles.

El otro lo miró, receloso, estuvo un rato en guardia y por fin debió convencerse de que el blanco no tenía en verdad malas intenciones. Así se hicieron amigos el profesor y el jefe de la tribu. Y éste contó al investigador su historia, tal como la había oído de los ancianos:

—En mayo de 1930 nuestros guerreros atacaron a quince recolectores de caucho que, con sus familias, se habían establecido en nuestro territorio, impidiéndonos cazar y pescar y negándose a marcharse. Los blancos fueron muertos todos, excepto un niño de dos años, salvado por un guerrero que lo adoptó y lo crió como son criados todos los pequeños indios. Aquel niño era yo...

Naturalmente, no hemos traducido literalmente la historia. La hemos condensado de la narración hecha por Bemontire a Meirelles, en uno de los varios dialectos que el profesor conoce. El adjetivo «nuestro», de todos modos, se repite siempre en la versión original. El jefe se considera en todo y por todo un indio, aun sabiendo que es blanco de nacimiento (holandés, como se establecerá más tarde). Desde la época que alcanzan

sus recuerdos, odia a los «pieles pálidas». Actualmente ha sido convencido, tal vez por ciertas experiencias, a no matarlos, como en cambio sigue haciendo con los representantes de otras estirpes indígenas que hostilizan a la suya.

La historia de Bemontire está llena de luchas. Su padre adoptivo le agujereó las orejas, según el uso, para introducir en ellas los palillos rituales, le metió en el labio inferior el disco de madera que servía para dar a los guerreros un aspecto terrorífico, lo adiestró en el empleo del hacha, de la espada de piedra y del arco, y el muchacho pronto se volvió tan hábil que fue reconocido como cabecilla indiscutible por sus coetáneos.

Cuando llegó a la edad viril, el jefe de la tribu le ofreció por esposa a su hija Opodikoi. Era un gran honor, y Bemontire se mostró digno de él, conduciendo con un coraje increíble a los combatientes contra el enemigo. Su compañera le dio dos hijos (Karotka y Bepre) y dos hijas (Ireo y Keneri), y nuestro «Tarzán» vivió con los mekronotires de acuerdo con sus leyes, hasta ser su jefe cuando murió el suegro.

Con sus «antecedentes» y la brutal obra de exterminio efectuada contra los indios por el actual Gobierno brasileño, habría acabado mal, a fines del año pasado, si anteriormente no hubiera conocido al profesor Meirelles. Caído sobre una hoguera a consecuencia de un ataque de malaria, Bemontire resultó con quemaduras que luego se infectaron.

Algunos estudiosos de la UNESCO lo encontraron moribundo y le curaron, dentro de lo posible, con antibióticos, contando con transportarlo después al hospital de Brasilia. El «indio blanco» se negó, sin embargo, enérgicamente a seguirlos. Uno de los socorristas lo reconoció, avisó a Meirelles, y éste acudió rápidamente convenciendo al jefe de que se dejara hospitalizar.

El temerario cabecilla llegó a Brasilia como un medroso conejo. Aterrorizado por el viaje en avión, metido a la fuerza

en un coche, apretó el brazo del investigador con una mano y con la otra se tapó los ojos. Y para convencerlo de que debía estar tranquilo en el hospital, Meirelles sudó la gota gorda. Día y noche se sentaba a la cabecera del guerrero un indio que conocía su lengua y llevaba tiempo colaborando con los científicos blancos.

Posteriormente, restablecido ya, Bemontire aprendió a vestirse y a soportar los atractivos de la ciudad. No todos, sin embargo. No quiere en absoluto sentarse ante la televisión, detesta los ambientes cerrados y concurridos y la comida de los «pieles pálidas», menos las golosinas, y pide a continuación maíz, bananas y «agua clara». Se muestra indiferente a los regalos y solamente siente necesidad de marcharse. Incluso en el curso de dos visitas a Brasilia después de estar curado, no hace más que insistir, en suplicar, que lo lleven cuanto antes a su tierra.

¿Suya? Sí, definitivamente.

Y es el mismo razonamiento que se aplicaría a nuestra estirpe y al planeta en el cual vive hoy si sus representantes se hubieran salvado, hace milenios, del hundimiento de la Atlántida o del desastroso fin de una expedición venida de Alfa del Centauro.

V

MISIONES ESTELARES

Las pruebas de la existencia de formas de vida en otros planetas llueven continuamente sobre la Tierra y no en sentido figurado. Extraños mensajes radiofónicos regulares aunque indescifrables, vienen siendo captados cada vez más frecuentemente (el más reciente, mientras estamos escribiendo, proviene de esa enigmática región de las Pléyades a la que se refieren tantas leyendas, tantas configuraciones de un lejanísimo pasado) y sobre nuestro globo caen meteoritos que indudablemente contienen sustancias orgánicas.

No hace mucho tiempo otro «proyectil del Universo» nos ha proporcionado la prueba irrefutable, suponiendo que todavía hubiera necesidad de ella, de que la vida no puede ser un fenómeno concedido en exclusiva a nuestro planeta. Se trata del meteorito caído el 28 de setiembre de 1969 en los alrededores de Murchison, Australia, en cuyo interior han sido hallados a fines de 1970, por el doctor Cyril Ponnampertuma, jefe del departamento de análisis del Centro de Investigaciones Espaciales de la NASA de Mountain View, California, veinte tipos de aminoácidos presentes en las células vivientes de nuestro planeta, con once más cuya estructura nos es desconocida.

¿Pero cómo podemos figurarnos a nuestros «hermanos del Infinito»? Más o menos semejantes a nosotros, afirman el zoólogo alemán Bernhardt Rensch y el antropólogo americano William Howells, sostenedores de la teoría de la «evolución para-

lala», aseverando que la vida puede originarse tan sólo allí donde el carbono tiene modo de formar hidrocarburos. Pero, con numerosos científicos soviéticos, Eisely, otro antropólogo estadounidense, afirma que la vida no debe ir necesariamente ligada ni a las estructuras que conocemos ni a los «mundos al oxígeno» como queda demostrado de modo elocuente por la misma Tierra (43).

En buena lógica una teoría no puede excluir a la otra. ¿Quién nos dice que, si nuestro planeta ha recibido visitas del espacio, en el pasado, no haya tenido huéspedes muy diferentes entre sí? ¿Y quién nos asegura que ello no se refleje en las imaginaciones proyectadas en nosotros por la fantasía, todo lo atrevidas que se quiera pero (no lo olvidemos: no podría ser de otro modo) sacadas de lo que es la vida sobre la Tierra en sus formas múltiples, a veces incomprensibles?

EXPEDICIÓN DE RIGEL

Era una especie de gran concha, rodeada por un fuego anaranjado. Desembocó del espacio en el cielo nocturno de la Tierra a una velocidad fantástica, se paró de golpe, osciló.

Después ocurrió la catástrofe. Un bólido muy luminoso cayó sobre el planeta, seguido por una estela de gas verde, ama-

(43) *Sombras en las estrellas*, Peter Kolosimo, Sugar Editore, Milán. (Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección «Otros Mundos».)

rillento, azul. El piloto del vehículo espacial apretó los dientes, intentó controlar hasta el fin el rumbo de la astronave. Después el Sol giró ante sus ojos, el globo estalló en mil llamaradas, con todos sus volcanes y unas nubes inmensas se elevaron al cielo.

—¡Piloto a tripulación, piloto a tripulación! —anunció en el micrófono la voz del cosmonauta—. Hemos llegado demasiado tarde. El satélite natural del tercer planeta de este sistema se ha hundido hace poco. Todos a vuestros puestos... Adoptad las medidas de seguridad... Voy a intentar un aterrizaje de fortuna.

La gran concha fue zarandeada, aprisionada en un vórtice y pareció estrellarse contra el suelo. Y vino, en el extremo momento, el último enderezamiento. El vehículo rozó una colina, se abatió sobre una meseta rocosa.

—¡Cerrad los compartimentos estancos! —gritó el piloto—. Que nadie salga hasta que la atmósfera exterior resulte respirable.

Se desabrochó el «mono» de vuelo y tiró los guantes, con rabia, al suelo. La portezuela de la cabina de mando se abrió, entró una mujer, la bióloga de la expedición.

—¿Qué tal la tripulación? —se informó el hombre.

—Algunos contusionados, pero ninguno grave. Has salido muy bien del apuro. ¿Y la astronave?

—Hecha polvo —dijo el otro, lacónico—. Completamente hecha polvo. No tenemos la menor posibilidad de abandonar este planeta.

—Volveremos a empezar —replicó la mujer.

Y añadió algo que según nuestros conceptos, podríamos traducir aproximadamente por «Adán y Eva».

El episodio, obviamente, es fruto de nuestra fantasía. Teniendo presente todo cuanto hemos expuesto en el capítulo precedente, podría reflejar la hipótesis, que encuentra un número cada vez mayor de aseveradores, de que los primeros

hombres no habrían nacido en la Tierra, sino que llovieron casualmente aquí desde quién sabe qué mundo.

No queremos hacernos sustentadores a toda costa de esta teoría. Admitimos, de todos modos, que sus propugnadores nos dan motivos de desenfrenar nuestra imaginación llamándonos a los mitos de la Creación, según los cuales la Humanidad habría nacido de un huevo, de una cáscara no bien definida, de un testudíneo.

Nos parece superfluo repetir aquí la historia del «huevo cosmogónico». Añadamos solamente las referencias de la India védica a la cáscara que encerraba al demiurgo, las comparaciones posibles con las tradiciones asirio-babilónicas, etruscas, la clara identificación del «huevo» con la coraza de una tortuga legendaria que encontramos entre muchos pueblos de la América septentrional, central y meridional.

Entre los hurones del norte, «el mundo tiene su origen en una mujer, Ataentsic, que cayó del cielo sobre el dorso de un testudíneo que flotaba sobre las aguas. El ratón almizclero se hundió en las aguas, sacó de su fondo un poco de fango y formó la tierra sobre la cual Ataentsic dio a luz dos gemelos, Ioschka y Tawiskara o, según otra versión, Manobozho y Chokani-pola» (44).

Trasladémonos un poco, y oiremos a los athabasca canadienses narrar la misma leyenda de la creación con la sola diferencia de que la madre de los gemelos se precipita en el interior de un huevo (El del «Gran Cuervo», es decir, de un ser volador) que da origen a una tortuga. Para los puelches de la América austral, además, el huevo se pone a flotar sobre las aguas primordiales gracias a unos remos surgidos de improviso, y de su cuerpo salen los dos gemelos, varón y hembra, de los cuales se originará la Humanidad.

¿No parece como si nos halláramos ante la historia de un

(44) *Storia delle religioni*, vol. I, cit.

naufrago espacial traducido en fábula?

También los arapahos de Wyoming y de Oklahoma atribuyen la Creación a un testudíneo «ayudado por un pájaro». De este reptil nace el clásico dragón chino, y un gran testáceo de piedra de probable significado cósmico es todo cuanto queda de Karakorum, la capital mongol fundada por Ogotai, hijo de Gengis Kan.

En Madagascar se reencarnan en tortugas, según una extendida creencia malgache, los personajes de sangre real, descendientes directos de los dioses, y lo mismo debió ocurrirles a los jefes bosquimanos, que habitan en cabañas hemisféricas y cuyas mujeres llevan como talismanes unos estuches hechos con la cáscara del reptil, que contienen polvos de madera perfumada.

Un símbolo cosmogónico es asimismo la tortuga que aún hoy los indígenas de la tierra de Arnhem, Nueva Guinea (ya citados para las representaciones de serpientes) pintan sobre corteza de árbol.

A dibujos esquematizados del dorso de un testáceo se parecen las incisiones fotografiadas en Rabat por el explorador Wyllly Fassio. Los arqueólogos las consideran signos solares o rudimentarios calendarios, pero creemos que su relación con las leyendas indígenas referidas a las «piedras redondas llovidas del cielo» no debe olvidarse, tanto más cuanto hallamos inscripciones muy semejantes en el Museo Bicknell de Bordighera, provenientes del Valle de las Maravillas, en la frontera italofrancesa.

No es nueva la hipótesis según la cual la Tierra habría tenido, antes de la actual, otras lunas, caídas por una ley astronómica que, según varios estudiosos, condenaría también dentro de algunos millones de años, a nuestro actual satélite (45).

Es probable que los eclipses de Sol y de Luna hayan evo-

(45) *Tierra sin tiempo*, cit.

cado de nuevo y sigan haciéndolo, entre diversos pueblos, el oscuro y ancestral recuerdo de catástrofes cósmicas, caracterizadas precisamente por la desaparición de un cuerpo celeste que giraba alrededor del nuestro y por la desaparición temporal, debida a las consecuencias del cataclismo, del astro que nos da vida.

La leyenda de Baal, el dios de los cananeos, refleja «la antigua creencia que los eclipses del Sol y de la Luna fuesen debidos a las devastaciones de un dragón celeste que los seguía y los devoraba. Así, en la creencia india, el dragón Rahu o Svarbhanu los engulle periódicamente. Y en un texto confuciano, el *Tsun Tsiu* («Primaveras y otoños»), la palabra «comer» es usada para describir el eclipse del 20 de abril del 610 antes de J. C. Del mismo modo en diversas leyendas escandinavas el Sol es amenazado constantemente por un lobo llamado Skoll, mientras que en las leyendas tártaras el Sol y la Luna son hostilizados por un demonio o por el rey del infierno y en las leyendas hebreas por un pez» (46).

Considerando los eclipses como la muerte del Sol o de la Luna, los pieles rojas ojibwa disparan, cuando se verifica el fenómeno, flechas candentes contra el cielo para encender de nuevo los astros. Con el mismo objeto los kamchiadalos llevan el fuego fuera de sus cabañas, mientras los indios chilcotin se visten de viaje y salen para una especie de marcha propiciatoria en la cual se reflejan quizá las extenuantes migraciones emprendidas por sus antepasados a consecuencia de terribles cataclismos.

Los llamados «fuegos de San Juan» que se encienden en forma de coronas o braseros en el solsticio de estío —anota Nicola Turchi— tienen por objeto reforzar la energía del Sol, que desde el 21 de junio comienza a disminuir. La oferta del

(46) Theodor H. Gaster, *Le più antiche leggende del mondo*, Giulio Einaudi ed., Turín, 1960.

corazón de jóvenes expofesamente inmolados que los aztecas del antiguo México hacían al Sol, tenía por objeto renovar sus energías de calor y de movimiento. Cabe interpretar en el mismo sentido el sacrificio de la cuadriga que los rodios hacían al Sol, sumergiéndola en el mar y el ofrecimiento de los caballos que los espartanos hacían al Sol en el Taigeto, detrás del cual se pone el astro. Es superfluo multiplicar los ejemplos con la Luna... (47).

Suponiendo que unos astronautas procedentes de «mundos del oxígeno» hubiesen llegado a la Tierra coincidiendo con las catástrofes aludidas y se hubieran visto obligados a quedarse, debieron sufrir procesos de transformación y de adaptación de los cuales jamás tendremos siquiera la más pálida idea.

Recurriendo a la fantasía podremos, todo lo más, fijarnos en lo que muchos pueblos consideran figuraciones de sus lejantísimos antepasados, en los seres que, reproducidos en algunas cerámicas de estilo nazca del Perú meridional, parecen destinados a la vida anfibia, en la enigmática «cabeza de Tlatilco» plasmada en un jarrón de la edad preclásica mexicana, en las máscaras de los esquimales alasqueños kuskowogmint. El círculo superior parece aludir a un cubrecabezas (¿un casco?), las plumas y los salientes laterales expresan ciertamente la idea de vuelo, pero el rostro tiene una expresión que sólo lejanamente recuerda a la humana.

Lo mismo puede decirse de ciertas representaciones del «período marciano» del Tassili, así llamado porque las cabezas de algunas figuras parecen ocultas en cascos espaciales.

Pero, ¿qué podremos discernir en los dibujos de las «divinidades» que, con su enorme estatura, dominan a los individuos circunstantes, cogidos en acto de manifiesta adoración?

¿Acaso seres así agigantados en signo de veneración o bien

(47) *Storia delle religioni*, vol. I, cit.

verdaderos titanes?

Aquí se replantea el problema de la existencia sobre nuestro globo, en un remoto pasado, de criaturas gigantescas, hechas así precisamente por los fenómenos subsiguientes a la caída de satélites precedentes. El tema ha sido tratado ya en *Tierra sin tiempo* y en *No es terrestre*, pero no nos parece fuera de lugar ofrecer aquí una ulterior documentación al respecto.

LA REBELIÓN DE LOS GIGANTES

De entre todas las estrellas del firmamento —escribe Theodor Gaster en su obra ya citada en este capítulo— pocas son más brillantes e impresionan más a la imaginación como las que forman la constelación de Orión. Era, por tanto, natural que nuestros antepasados vieran en ésta un retrato particularmente conocido o apreciado (...). Esta constelación representaba al Gigante cazador, el más alto, el más fuerte y el más bello de todos los hombres, que había osado ultrajar a la diosa de la caza y a quien ella por tanto condenó a muerte...

Las leyendas de los titanes rebeldes a las divinidades son comunes a casi todos los pueblos del mundo. Es también Gaster quien vuelve a exhumar la hitita, según la cual un ministro de los seres celestes, Kumarbi, echado del trono que, a su vez, había usurpado, recurrió al «señor del mar» que accedió a ayudarlo.

—Ve a la montaña —le dijo—. Túmbate sobre ella y pídele que para un hijo. Dentro de pocos meses la montaña parirá una criatura hecha de piedra. Tan pronto esta criatura haya visto la luz, llévala a los abismos bajo las profundidades del mar y ponla sobre la espalda de Upelluri, el gigante que vive allí y sostiene el peso de la Tierra y del Cielo. Día tras día la criatura crecerá en altura, hasta que su cabeza choque con el pavimento del cielo: entonces todos los dioses saltarán de sus tronos y huirán, aterrorizados.

La profecía se cumplió. Así nació Ullikummi, el titán de roca contra el cual toda defensa de las divinidades es vana, hasta que Ea, el «señor de la sabiduría y de la prudencia», tiene la genial idea que resuelve la situación. Sugiere recurrir al mágico cuchillo que en tiempos sirviera para «separar la Tierra del Cielo» y, efectivamente, el arma destruye al tremendo Ullikummi.

La revuelta contra los dioses por parte de gigantes ha de ser interpretada, con mucha probabilidad, como un insulto al orden natural de las cosas. Este significado debió adquirir a los ojos de la Humanidad la aparición de seres monstruosos. Y el hecho de que se vuelva a echar mano del cuchillo capaz de «separar la Tierra del Cielo» parece referirse tanto a la Creación como a una nueva intervención divina encaminada a conducir al mundo a la normalidad. Los titanes, pues, desaparecen y desaparece el caos en que se había sumido la Tierra tras el cataclismo y el hombre reanuda su camino.

La creencia en un ser que rige la Tierra y el Cielo es notoriamente difundida en casi todo el globo.

El ejemplo más conocido —observa Saurat— es seguramente el de Atlante en la mitología griega, que, según la narración de Homero, vivía en el corazón del Océano y sostenía no sólo el Cielo, sino también la Tierra. De modo análogo, también la tribu india de los chibcha, en Colombia, cree que el mundo

descansa sobre los hombros de un gigante llamado Chibchachum, mientras que los tlingit y varias tribus thabasca creen que el mundo está mantenido en su puesto por Hayticanako, «la Anciana-que-está-debajo-de-nosotros».

Que puedan ser concebidas criaturas de piedra es un viejo tema de la tradición popular constante en muchas partes del mundo. Relatos populares basados en este tema, por ejemplo, se encuentran en el Cáucaso del norte, y la tribu árabe de Beni Sahr, en el país de Moab, interpretando literalmente el propio nombre (Sahr = roca), se dice descendiente precisamente de una roca. También los paressi, indios del Mato Grosso, sostienen que el primer hombre, cierto Darukavaitere, era de piedra y nació de una madre a su vez de piedra, denominada Maiso.

En las literaturas clásicas es bien conocido el mito de Dencalión y Pirra, que narra cómo, después de un diluvio universal, el mundo fue repoblado por las piedras que estos dos amigos supervivientes arrojaron detrás de sus propias espaldas. Y más o menos la misma historia se encuentra también entre los macusi de la Guayana. Un interesante rastro de esta creencia puede percibirse en el famoso pasaje de la Odisea (XIX, 163) en el cual Penélope le dice a Ulises: «Pero dime también quién eres, cuál es tu gente. Pues seguramente ni fabulosa encina ni piedra te han dado a luz.» Y otro eco de ella puede ser hallado en las palabras del profeta Jeremías (2, 27): «La casa de Israel es desvergonzada ... aquella que dice a la madera: "Tú eres mi padre" y a la piedra: "Tú me has generado."»

Según el francés Denis Saurat, serían debidas justamente a los gigantes primero y luego a los hombres, impresionados por su aspecto y por su fuerza, las construcciones megalíticas, entre ellas los famosos dólmenes.

Cuando los titanes ya había desaparecido —escribe— los hombres intentaron evocar y hacer revivir el tiempo y las imágenes de los «dioses». Encontramos en nuestros días, en las islas próximas a Nueva Guinea, pobres salvajes que todavía erigen dólmenes y menhires sin saber el porqué, como nuestros antepasados hicieron en tiempos en Bretaña, en Inglaterra y en otras partes...

¿Cómo explicar las sorprendentes semejanzas entre los cromlechs de Morbihan y los de Malekula, los gigantes de la isla de Pascua, y las leyendas grigeas y las mexicanas? (48).

Entre los no citados aún y geográficamente más cercanos a nosotros, recordaremos las titánicas losas de Villarfocchiaro (Valle de Susa), descubiertos por Mario Salomone no lejos del curioso «mascarón» del que hemos hablado, de Val Gravio, asimismo en Piamonte (conocido también por las inscripciones y los presuntos restos nurágicos ilustrados en *No es terrestre*), además de los franceses de Saint-Benoît-du-Sault, en el departamento del Indre, que son de los más sugestivos de Europa.

En Malta algunos monolitos (entre los cuales los que reproducimos, fotografiados por dos turineses apasionados por la arqueología misteriosa, el matrimonio Schenone) parecen haber reproducido, en tiempos, las apariencias de los titanes. Uno de ellos muestra todavía, claramente, señales de brazos y el otro se yergue sobre unos peñascos poderosos, esbelto, tan fascinante que ha sido bautizado por un estudioso «el Cristo sin rostro».

Junto a menhires de este género se encuentran rocas que, aunque desfiguradas por los agentes atmosféricos, parecen

(48) D. Saurat, *L'Atlantide e il regno dei giganti*, Le nuove edizioni d'Italia, Milán, 1957. Recordemos que los menhires son toscos monolitos plantados verticalmente en la tierra, mientras que los dólmenes están formados por una gran losa puesta sobre dos pedruscos metidos derechos en el suelo y los cromlechs están constituidos por menhires dispuestos en círculo.

conservar rasgos propios de cabezas de volátiles (49). Y otro tanto podemos decir del famoso *Roc de l'Oie* («peñasco de la oca») que, con un peso de cientos de toneladas, domina la llanura del Sidobre, cerca de Albi (Francia meridional) seguramente erigido por el hombre.

Los más grandes menhires y dólmenes —recuerda Jullian— revelan prodigios de mecánica. Aunque en su mayor parte los bloques hubieran sido hallados in loco, fue menester tallarlos, arrastrarlos, levantarlos, fijarlos. Algunos pesan 250 mil kilos, otros más, y los hay transportados a distancias notables: a unos 250 kilómetros, por ejemplo, varios megalitos de Stonehenge (50).

No podemos en verdad imaginar cómo se realizó el transporte. Si debiésemos prestar crédito a las fábulas que circulan en Val Sangonetto (Piamonte) nos veríamos inducidos a pensar en cuerdas. Parece propiamente percibirse sus señales en la extrañísima hendidura horizontal, ligeramente oblicua, del llamado «peñasco de Sansón». Pero, como observa Mario Salomone, que sigue estudiándolo, si se hubieran empleado sogas para llevar a cabo una empresa semejante hubieran debido ser de acero.

Tampoco acerca de las «casas de los gigantes» de Algajola (Córcega noroeste) fotografiadas por Lamberto Camerino, no sabemos, desgraciadamente, algo que nos pueda iluminar sobre los sistemas adoptados para la labranza y la construcción. Los grandes bloques nos revelan tan sólo el haber sido tallados de modo excepcionalmente regular, lo cual presupone, es obvio, la existencia de instrumentos adecuados.

(49) Como es lógico y notorio (nos proponemos profundizar ulteriormente en el tema a continuación), la idea del vuelo humano es casi siempre expresado con el símbolo del pájaro.

(50) Jullian, *Histoire de la Gaule*, Hachette ed., París.

LOS COSMONAUTAS DE GHANA

Como seres de elevada estatura, enemigos irreconciliables de los dioses y nacidos del caos, que aman el caos y odian el cosmos, o sea, el orden y la armonía establecidos por la Naturaleza, nos describe Nicola Turchi a los gigantes fenicios, no muy diferentes, como hemos visto, de sus parientes hititas y helénicos, castigados por el rayo de Zeus por su impiedad.

Animados de un espíritu de protesta análogo debían de estar el titán Vukub-Cakix y su familia, que el *Popol Vuh* nos dice alzados contra los dioses Hun-Ahpu y Xbalanque, y quizás algo supiera de ello también el sofista y escritor griego Claudio Heliano (170-135 antes de J.C. aproximadamente), el cual, en su *Historia varia* redactada en 14 libros, nos habla de un curioso relato:

Sileno dijo a Midas que Europa, Asia y Africa son islas rodeadas por el Océano y que sólo hay un continente, infinito en vastedad, más allá de este mundo y que en él viven criaturas civilizadas junto a otras muy altas, de estatura doble que la nuestra y de existencia casi el doble de larga que la concedida a nosotros.

«Más allá del Océano.» No es ciertamente la primera vez que oímos alusiones al «nuevo mundo» procedentes de un tiempo en el cual éste debía ser totalmente desconocido en el área mediterránea.

Aquí nos interesan de todos modos los titanes, y al parecer

los americanos no eran más conciliadores que los europeos con sus divinidades. Acerca de la índole y las tendencias de los sardos no tenemos muchas noticias. Disponemos de la sugestiva documentación reunida por el profesor Giovanni Lilliu (51) y de las fotografías que la ilustran: las de las «tumbas de los gigantes» de Bórore, Bonorva, Quarnaccia y Paulilatino.

En el Japón las impresionantes criaturas no se preocuparon quizá demasiado de asegurarse monumentales moradas para la eternidad, pero no descuidaban ciertas gollerías.

Existe un testimonio de la consideración que se les tenía a los grandes montones de cáscaras que tan a menudo se encuentran en las cercanías de los que hoy son reconocidos como antiguos centros habitados jomon —observa William Watson, del British Museum—. En el Hitachi Fudo-hi estas cáscaras vienen definidas acertadamente como residuos alimenticios e interpretados como rastro de gigantes capaces de dar pasos de casi dos metros (52).

De costumbres bastante poco conocidas eran los legendarios sao africanos, a los que quizá quepa atribuir los maravillosos objetos bronceados sacados a la luz junto al lago Chad. Dos asombrosas terracotas de su cultura se conservan en el «Musée de l'Homme», de París. Una tiene los rasgos «espaciales» propios a tantas obras de antiguas, lejanas civilizaciones y la otra representa un individuo con la cabeza puntiaguda, las orejas y la boca salientes, y los expertos concuerdan en considerarla diferente de cualquier otro hallazgo.

(51) G. Lilliu, *La civiltà dei Sardi dal Neolitico all'età dei nuraghi*, ERI, Turín, 1967.

(52) Varios, *La civiltà del misterio*, Mondadori, Milán, 1963.

Según las leyendas de los actuales kotoko —escribe al respecto Roger May— vivieron en tiempos en la región del Chad unos gigantes negros de cabellos lisos, cuyos descendientes pretenden ser los koto. Según las tradiciones árabes, en cambio, los titanes habrían sido blancos.

Estas afirmaciones se ven confirmadas, de todos modos, en el hecho de que en el norte de N'Guigmi se ha descubierto un esqueleto de más de 2,40 metros. Y delante de Goulfei hay unos enormes bloques de piedra superpuestos. Los koto aseguran que fueron los sao los que los transportaron allí y, refiriéndose a estas gentes, hablan de «hombres tan altos que podían ver por encima de los árboles». El arqueólogo De Pedrals piensa que debió de tratarse de la invasión de una raza blanca establecida a orillas del lago Chad, del Nilo y del Níger, fusionada progresivamente con los pueblos negros (53).

Por su parte, un investigador francés, Bonnel de Mézières, ocupándose del fabuloso imperio de Ghana que en tiempos de los faraones se habría extendido del África centrooccidental a la central, ha descubierto en las cercanías del mismo Chad, como refiere también May, los restos de una ciudad fortificada con cinco poderosas murallas y, en el interior, el esqueleto de un hombre de estatura bastante superior a la que nosotros juzgamos normal.

En aquel período los titanes debían de haber iniciado hacia ya tiempo su parábola descendente conservando, sin embargo, recuerdos cósmicos transmitidos por sus herederos directos o indirectos hasta nuestros días, recuerdos fantásticos cuyo rastro hallamos en la actual República de Ghana, sin conseguir remontar a sus orígenes.

Los indígenas, interrogados acerca del significado de las figuras que constituyen los pesos que ellos usan para el polvo

(53) R. May, *5.000 siècles de mystères*, La Palatine, París-Ginebra, 1959.

de oro mueven la cabeza y sonríen, ignoran.

Examinemos algunos de estos «pesaoro», cuyas fotografías nos han sido gentilmente facilitadas por el profesor Paolo Durio, de la Universidad de Turín. Al lado del Sol y de las esvásticas simples y compuestas que lo simbolizan, encontramos la espiral galáctica.

He aquí, además, presentarse la pirámide escalonada que se alza sobre la civilización egipcia y, más imponente aún, más dominadora, sobre las de la América precolombina.

Con ello las sorpresas son como para quedarse sin respiración. He aquí, sin embargo, otra, que raya en lo increíble: el contorno de la cabeza de un ser inidentificable, pero totalmente similar a las de los «marcianos del Tassili», de los «espaciales» australianos, del misterioso «astronauta etrusco» del Museo de Asís.

VI

EL ARMA DE MEDUSA

Una vez más, el lector se encuentra con un objeto que, a primera vista, parece ser un simple símbolo. Sin embargo, si se observa con atención, se puede ver que se trata de una representación de la cabeza de Medusa, la Gorgona, una de las tres hijas de Forcis y Ceto, las tres Gorgonas. La cabeza de Medusa era tan terrible que cualquiera que la mirara se convertía en piedra. En la mitología griega, Medusa era una mujer con serpientes en lugar de cabello. Su cabeza era el arma más poderosa de las Gorgonas. En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora.

En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora. La cabeza de Medusa era tan terrible que cualquiera que la mirara se convertía en piedra. En la mitología griega, Medusa era una mujer con serpientes en lugar de cabello. Su cabeza era el arma más poderosa de las Gorgonas. En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora.

En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora. La cabeza de Medusa era tan terrible que cualquiera que la mirara se convertía en piedra. En la mitología griega, Medusa era una mujer con serpientes en lugar de cabello. Su cabeza era el arma más poderosa de las Gorgonas. En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora.

En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora. La cabeza de Medusa era tan terrible que cualquiera que la mirara se convertía en piedra. En la mitología griega, Medusa era una mujer con serpientes en lugar de cabello. Su cabeza era el arma más poderosa de las Gorgonas. En la imagen, se puede ver la cabeza de Medusa con sus serpientes y su expresión aterradora.

Nadie hubiera podido ciertamente afirmar que Perseo tuviese una existencia fácil desde el día en que su abuelo Acrisio, rey de Argos, atemorizado por una profecía, lo hizo encerrar con su madre en una caja para tirarla al mar confiando obviamente en el logro de uno de tantos delitos perfectos de cuyos planes la mitología es riquísima. Sin embargo, abunda en fracasos solemnes y así había de fracasar también el pérfido designio del soberano, puesto que la caja fue a parar a la playa de Serifo, una de las Cícladas.

Polidetes, rey de la pequeña isla, encontró tan atractiva a la joven madre que se enamoró de ella, decidiendo finalmente hacerla esposa suya. Perseo, que ya había crecido, no estaba demasiado conforme con el asunto, sobre todo porque inmediatamente después de la afortunada arribada, el monarca había hecho esclava a su madre, que se oponía a sus quereres.

En previsión de un futuro y posible golpe de Estado, Polidetes planeó un designio pérfido, pidiendo a su futuro hijo adoptivo, como regalo de bodas, la cabeza de una cierta Medusa, una de las Gorgonas, bastante más terrible que sus hermanitas Estenos y Euríalos.

Impulsado por el orgullo y por esa inconsciencia juvenil aún hoy invocada, el muchacho aceptó sin pensarlo dos veces, sabiendo quizá que se aventuraba en una empresa loca. Según los sabios poetas que vendrían después, efectivamente (de Si-

mónides a Hesíodo, a Píndaro), las tres Gorgonas «tienen alas, una cabellera que es una maraña de serpientes, funesta a los mortales» y «su vista quita al hombre el hálito vital».

¿De qué modo? Con una sencilla y despreciativa ojeada que convertiría en piedra a quienquiera que se aventurase a mirarlo, nos dicen los mitos.

«¡Pobre Perseo!», hubiéramos estado tentados de comentar ayer remitiéndonos a los recuerdos escolásticos.

Pero hoy, pensando en la exobiología, forzosamente aliñada con un poco de fantasía, ¿acaso no debíamos decir: «¡Pobres Gorgonas!»?

EXPEDICIÓN DESDE SIRIO

El cosmonauta se debatió en un torbellino de lodo, alzó los ojos hacia el enorme misil que parecía debatirse contra el cielo oscuro. Y quizás oscilaba de verdad.

No hubiera debido descender —pensó—. Tendría que haber dejado rodar hacia abajo, en aquel infierno, el contenedor cilíndrico que se columpiaba en el extremo del brazo metálico retorcido. Sin embargo, él y sus compañeros no podían correr el riesgo de otro aterrizaje.

Todo había parecido ir bien hasta la fase conclusiva de la operación. El misil, construido para afrontar las más adver-

sas condiciones atmosféricas, había tomado tierra y de su parte inferior había salido el brazo articulado con el contenedor estéril que debería recoger, para los análisis oportunos, una cantidad determinada del cieno viscoso esparcido sobre todo el planeta.

Después algunos cables se rompieron, un barrote saltó como rama de un árbol desgajada por el huracán. Y el cosmonauta se metió en aquella catástrofe tratando de recuperar el contenedor.

Consiguió, en el vendaval, alcanzar el cilindro, desprenderlo del último cable que lo retenía, un instante antes de que el tendón metálico se despedazase. Fue subido a bordo, se desvistió, mientras los biólogos se ocupaban del contenedor.

—Un planeta desencadenado —dijo—. Otro cataclismo... debe de haber sido terrible. He visto un par de seres que buscaban refugio allá abajo, en las grutas. ¡Pobrecillos! Quién sabe si sobrevivirán...

—En tu lugar —comentó el jefe de la sección de investigaciones— me compadecería de mí mismo. ¿Crees que tiene gracia estarse en esta maldita bola registrando sus sobresaltos?

—¡Ya vendrán a sacarnos de aquí!

—Bah, no te fíes mucho —replicó el otro—. Un follón como éste es como para echar atrás a cualquiera.

—Podemos esperar.

—¿Hasta cuándo?

—Las criaturas de este planeta tienen una vida mucho más breve que la nuestra.

—Bueno, pero deja que se rehagan del desastre...

Cansado, sin ganas ya de discutir, el explorador hizo un gesto de indiferencia. Se desabrochó la escafandra, se quitó el segundo «mono» de protección, desenguantando rápidamente sus ocho tentáculos. Y las largas antenas que le salían de la frente se estremecieron de bienestar.

Dirigiéndose a los seres refugiados en las grutas, susurró

algo que, en nuestra, lengua, se parecería a la palabra «monstruos».

Hablamos mucho de hermandad galáctica, de oposición a un «racismo sobre escala cósmica». Pero por muy bien dispuestos que podamos estar, siempre sentiríamos una cierta repulsión ante un ser que, aunque fuera inteligente, tuviese un aspecto totalmente diverso del nuestro, y lo mismo le sucedería al visitante espacial. Haría falta mucho tiempo y muy buena voluntad para no considerarnos «monstruos» recíprocamente.

No nos resulta, por lo tanto, difícil imaginar el duro destino que habría tenido un grupo de astronautas semejantes a los descritos en nuestro pequeño relato. Aislados en la Tierra, se hubieran visto obligados a defenderse, y la fuerza numérica de los adversarios acabaría por poder con sus armas a pesar de ser potentes y mortíferas.

Muchísimas leyendas parecen querer decirnos precisamente esto, en clave mitológica, incluso delinearlos francamente furibundas luchas entre seres muy diferentes entre sí, acaecidas en nuestro globo.

Hemos citado el parecer del científico soviético Efremov. Pues bien, no olvidemos que sobre un parecer análogo fundó su propia escuela un escritor griego que vivió entre el 340 y el 260 a. de J.C. aproximadamente, Evemerio, según el cual «los héroes y los personajes míticos no son más que hombres divinizados por la admiración de los pueblos, toda la mitología es una transposición de sucesos históricos y los nombres de los dioses representan pueblos, con sus disputas y sus fusiones».

A las Gorgonas se refieren muchísimas tradiciones, no sólo propias del mundo griego y latino. Gilgamesh, el héroe sumerio, lucha contra el monstruo Humbaba, que tenía un ojo único capaz de convertir en piedra a quien lo mirase. Humbaba, además, según Gaster, se cubre con siete estratos de vesti-

menta y pertenece, por tanto, a la misma formación de la gorgona líbica Katobeplas, de la irlandesa Bador, del galés Ispadaden Pennkawr y del servio Vy, todos los cuales son ogros monstruosos que repelen a los enemigos con su mirada letal.

Recordemos también *Tierra sin tiempo*:

La Gorgona, la mítica figura griega que lleva un nudo de serpientes en vez de cabellos, no es solamente helénica. Podemos afirmar que todo el mundo antiguo la conocía, desde los etruscos a los sículos, de los chinos a los japoneses, de los siameses a los javaneses, a los habitantes de Borneo, de Nueva Zelanda y de las islas Hawai.

Las encontramos de nuevo también en Chavín de Huántar, sede de una enigmática cultura peruana desaparecida. Aquí tiene los rasgos del jaguar, pero Honoré escribe que en la configuración de la boca, de los cabellos y de la nariz recuerda la Gorgona de Siracusa (boca, cabellos y nariz son una réplica casi idéntica), tanto que es muy difícil no encontrar una conexión entre ambas obras (54).

Los rasgos del jaguar nos trasladan a otra misteriosa «civilización estelar», pero también la famosísima Gorgona siracusana tiene colmillos, sus cabellos serpentiformes están estilizados en espiral (¡otra vez la omnipresente espiral!), como asimismo las volutas de las alas. Hay, por tanto, en todas partes una alusión al cosmos, al vuelo. Lo vemos incluso en el signo solar y en el águila que rematan otra conocida cabeza de Medusa, la etrusca del Hipogeo de los Volumni, en las cercanías de Perusa.

Honoré, con otros investigadores, alude también a la configuración de las Gorgonas en pulpo. Es una hipótesis que no tiene nada de ilógica. Los cefalópodos, efectivamente, se pres-

(54) Pierre Honoré, *Ich fan den weissen Gott*, Verlag Heinrich Scheffler, Frankfurt, 1961.

tan perfectamente a representar seres semejantes a las míticas medusas y las leyendas que siempre las han rodeado podían ofrecer a los pueblos antiguos, ulteriores elementos de identificación.



Un famoso bocal cretense (Falydos) con un pulpo pintado en rojo y pardo.

Observemos la figura que adorna un famoso rhyton griego (los rhyton son recipientes destinados a las libaciones, en forma de cuerno bovino, de cono alargado o de cabeza animal). Ello nos retrotrae directamente al pulpo de otro conocidísimo hallazgo, el llamado «bocal de Falydos», cretense, de sugestiva pintura rojo-parda.

Desde el fragmento de un plato de Pestum (55), que se conserva en el Museo Nacional de Gela nos contempla un pulpo que podríamos pensar estrechamente emparentado con el que

(55) Primero colonia sibarita, luego lucana, después romana, en la parte oriental del golfo de Salerno, extrañamente llamada por los griegos «Poseidonia».

está pintada en el «frasco de Palaikastro» (Creta), que se remonta, al parecer, al 1500 antes de J.C.

Lo curioso es que este objeto tiene una forma que recuerda, en su parte superior, una de las tantas e impresionantes representaciones de «espaciales» que los lectores han tenido ocasión de observar en diversas páginas de este volumen.

En verdad alucinante es el motivo de los cefalópodos tal como está desarrollado en dos fíbulas de oro de Vetulonia, una de las doce ciudades de la confederación etrusca. ¿Dónde encontramos a los «entenados» de estos monstruos? Un poco en todas partes, hasta en el corazón de la Amazonia, labrados por quién sabe qué manos, en quién sabe qué pasado remoto. Ningún indígena, como nos dice Willy Fassio, que ha fotografiado el grabado que reproduzco, pensaría jamás en ejecutar un trabajo semejante, ni estaría en condiciones de hacerlo. Y en el interior del inmenso territorio donde ha sido hallado el dibujo, el pulpo es completamente desconocido «desde siempre».

He aquí otra vez al pulpo acompañado por espirales y por el eterno «árbol de la vida» sobre un sarcófago de Pachyammos, que se remonta al período de la civilización minoica cretense (3000-1500 antes de J.C. aproximadamente), y he aquí a los cefalópodos igualmente unidos a la mítica planta, a construcciones en cúpula, a pájaros en el calendario esquimal: el dibujado por un artista, del que presentamos ilustraciones fuera de texto, se remite a motivos conocidos en el Ártico desde tiempos inmemoriales.

LAS ANTENAS DEL MINOTAURO

Otra deformación de la Gorgona podría estar representada por la araña, tanto en África como en América. En la Alta Guinea, por ejemplo, la araña tiene una grandísima importancia en las creencias de los bantúes, que atribuyen un papel de primer plano en las leyendas sobre la «repoblación de la Tierra» (¡en verdad extraño este acercamiento!) y en los ritos propiciatorios y adivinatorios.

Los pima amerindios de lengua uto-azteca establecidos en Arizona y en México atribuyen la «estabilización del mundo» (no se sabe a qué se refiere exactamente esta expresión. Casi se estaría tentado a descubrir en ella la alusión al retorno a la normalidad tras un desastre cósmico) a un no mejor identificable «Hermano Anciano» que habría sido ayudado por las arañas en su ardua empresa, mientras que para los dakota del Norte el demiurgo es Iktomi, representado con una araña, pero también con una serpiente y un pájaro.

Y éstos son los elementos predominantes en la historia de esa arqueología que parece sugestionarnos con incontables reclamos cósmicos. En lo tocante a la araña, nos referiremos a los adornos costarrriqueños en los cuales también está reproducida junto a la espiral, y a los misteriosos y enormes dibujos del desierto de Nazca, en Perú, cuya ejecución sólo parece haber sido posible con el empleo de vehículos aéreos (56). Aquí, un gigantesco arácnido está estilizado de un modo estupendo junto

(56) Las fotografías de estos dos temas están reproducidas en *Tierra sin tiempo*, cit.



Una de las famosas estatuas maltesas que hacen pensar en legendarios gigantes. La foto, tomada por Schenone, muestra todavía las señales de los brazos.



El llamado «Cristo sin rostro» de Malta.



Otros impresionantes monumentos malteses fotografiados por el matrimonio Schenone. Aunque desfigurados por los agentes atmosféricos, algunos de ellos parecen conservar rasgos propios de cabezas de volátiles.



Dos aspectos del «Roc de l'Oie», la titánica representación de un ave que surge en la llanura del Sidobre, en Francia. Sin ninguna duda fue puesta por el hombre.



El llamado «Peñasco de Sansón» de Val Sangonetto, en Piemonte, descubierto por Salomone ateniéndose a leyendas que lo dicen arrastrado con una potente cuerda cuya marca sería identificable en la larga y regular hendidura horizontal inferior.

Estos titánicos sillares fotografiados por Lamberto Camerini al norte de Alghojola (Córcega nortoccidental) formaban parte seguramente de construcciones megalíticas.





Interesantisima documentación fotográfica del profesor Giovanni Lilliu sobre algunos enigmáticos edificios sardos.

A la izquierda: Bórore, «Imbértighe», estelas con portillo de la tumba de gigantes homónima.

A la derecha y abajo a la izquierda: Bórore, «Santu Bainzu», vista general y portillo de la estela de la tumba de gigantes homónima.

Abajo, a la derecha: Bonorva, «Su Barattèddu», cornisa dentada de la tumba de gigantes homónima.



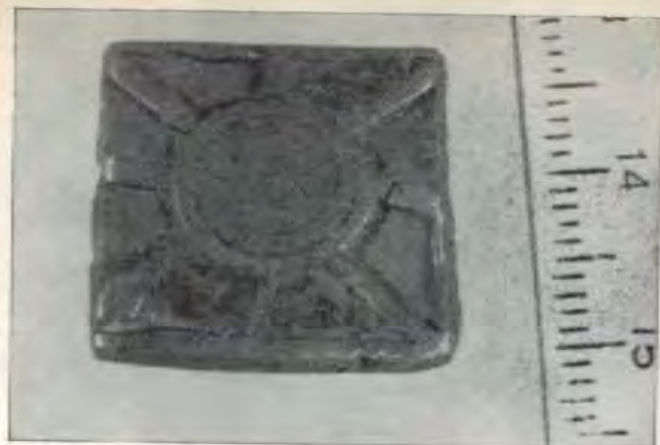
Otra documentación del profesor Lilliu. Arriba: Quartuccia, «Is Concas», entrada curvada de tumba de gigantes.

Abajo: Paulilatino, «Perdu Pes», tocados femeninos con agujeros, junto a una tumba de gigantes.

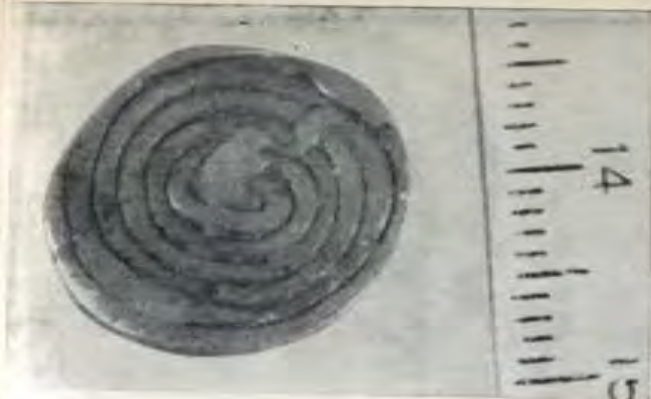


Dos extraños bustos de barro cocido de los misteriosos sardos africanos que se conservan en el «Musée de l'Homme» parisiense. Uno de ellos recuerda los famosos «espaciales» (aquí también falta la boca y la cabeza parece encerrada en un casco) y el otro representa un tipo humanoide totalmente desconocido.





Los famosos «pesaoro» de Ghana, usados desde edades inmemoriales. He aquí una bellísima estilización del Sol.



Otro «pesaoro» con la eterna espiral.



Junto a la clásica cruz gamada están representados, en los mismos «pesaoro», unas esvásticas compuestas que se repiten en otras numerosas civilizaciones.



Un descubrimiento en verdad inesperado. La pirámide escalonada representada en Ghana.



La sorpresa más grande. Un extraño ser que recuerda muy de cerca los «espaciales» etruscos, los australianos y los «marciaños» del Tassili. Todas las fotos de los «pesaoro» de Ghana nos han sido amablemente facilitadas por el profesor Paolo Durio, el conocido investigador turinés.





El «astronauta etrusco»,
expuesto en el museo de
Asís.



Dos cabezas etruscas de
gorgonas.





La celeberrima gorgona de Siracusa. Tiene una réplica casi idéntica en Chavín de Huántar, sede de una enigmática cultura peruana desaparecida.



Pulpo representado junto a un animal marino en el fragmento de un plato de Pesto.



Muy probablemente la Medusa ha sido estilizada a menudo en forma de pulpo. Aquí la vemos quizá reflejarse en un «rhyton» griego.



El signo solar y el símbolo del vuelo acompañan también esta cabeza de Medusa del Hipogeo de los Volumni (Perusa).

Estrechamente emparentado con el precedente parece este pulpo de Palikastro (Creta). Está pintado en un jarro que, con rarísimo aspecto, recuerda una de las muchas misteriosas «estatuas espaciales».





El motivo de los cefalópodos quizá desarrollado en los alucinantes detalles de dos broches de oro de Vetulonia.

En el corazón de la selva amazónica el explorador turinés Willy Fassio ha fotografiado un pulpo grabado en la roca. En aquellas regiones el animal es completamente desconocido.



El pulpo con los tentáculos en espiral está al lado del «árbol de la vida» en este sarcófago de Pachyammos (Creta) que se remonta al período minoico (del 3000 al 1500 a. de J. C.).



Nazca. La representación de un extraño reptil de 150 metros de largo ha quedado por desgracia irremediabilmente dañada por la construcción de la autopista panamericana.

El solo pico de este pájaro estilizado de modo tan sugestivo tiene una longitud de 100 metros. Como todas las otras figuras de Nazca, es visible tan sólo desde un avión. ¿La ejecución de los antiquísimos dibujos fue, pues, dirigida desde lo alto?



Tres estatuitas almu. La primera es del período jomon medio (nótese el rostro felino que, con las garras, hace pensar en los misteriosos kappas) y las dos restantes pertenecen al período jomon tardío y podrían ser vistas como etas vespis.



La «estela de los buitres» mesopotámica. Resulta singular, una vez más, la conjunción de los cuernos, del «árbol de la vida» y de los signos astrales.



Muchas hipótesis fantásticas sugieren estas chapitas micénicas de oro repujado con las prominencias superiores, los pájaros y las curiosas representaciones centrales.



Los «cuernos terminados en dos manos» de esta estatua del soberano egipcio Hor son vistas por algunos estudiosos como simbolizaciones de antenas.

Los ídolos de arcilla de Herakleion. La cabeza y los brazos forman un tridente.



No lejos de Herakleion, cerca del puerto de Cnosos (residencia del legendario Minos, rey de Creta), se ha descubierto esta extrañísima máscara tricorne.



Teshup, el dios de la tempestad hitita, empuña el rayo trifido.

«Centauro de Vulci», una escultura etrusca que se remonta al 600 a. de J. C. aproximadamente.



Pulpos, «árboles de la vida», aves del calendario esquimal. Dibujados por un artista de nuestros días, reproducen símbolos antiquísimos.

a un extraño reptil de 180 metros de largo (desgraciadamente dañado para siempre por la construcción de la autopista panamericana) y a un bellissimo pájaro cuyo pico mide cien metros.

Pulpos, arañas... ¿Se habrían encontrado verdaderamente nuestros lejanísimos antepasados ante seres más o menos semejantes a estos invertebrados? ¿O acaso los tentáculos de éstos, como los viperinos rizados de la Gorgona, fueron en realidad órganos de otra especie, partes de mecanismos, antenas?

Los investigadores menos tradicionalistas, dispuestos a considerar sin un escepticismo apriorístico las «hipótesis espaciales», piensan que pueden tenerse por válidas ambas teorías, naturalmente mientras no se demuestre lo contrario.

¿Acaso no parecen los kappas (los misteriosos «hombres



Troquis de algunos de los gigantescos dibujos del desierto de Nazca: pájaros (5, 12, 14 y 15), peces (9 y 10), llamas (3), mona (7), araña (16) y reptil (18). La escala reproducida abajo, con una doble línea en cada casilla, corresponde a 50 metros.

de los cañaverales» nipónicos) seres proboscídeos, por las descripciones que de ellos nos han sido hechas? He aquí, al respecto, otra noticia:

El profesor Chi Pen-Lao, de la Universidad de Pekín, ha descubierto unos curiosos dibujos entre las montañas de Honan y en la isla del lago Tungtin. Realizados casi 45 mil años antes de J.C., estos dibujos representan unos seres que parecen provistos de grandes proboscídeos y especialmente de medios aéreos de forma cilíndrica. Es ciertamente difícil admitir la existencia de astronautas y de cascos espaciales en una época tan remota (57).

Parecía también arduo sostener la de los kappas y, sin embargo, hoy la ciencia no está en condiciones de esbozar una explicación diferente de la propuesta por el profesor Kitamura (58). Y, aunque sea de mala gana en lo que respecta a determinados ambientes, ha de admitirse que los cuatro delgados «cuernos» puestos sobre la cabeza acorazada de las extrañas criaturas se parecen mucho a antenas, como no pueden ser definidas ciertamente de excrecencias óseas los extraños «adornos» de otras estatuillas japonesas del período jomon, estatuillas que, como las más conocidas, llamadas *dogu*, sobre cuyo modelo se han fabricado «monos» austronáuticos funcionantes (59), parecen que representan seres venidos del espacio.

El símbolo de los cuernos parece tener en todas partes un significado astral, del Sáhara prehistórico a Zimbabwe, de Persia a la India, de América a la Europa septentrional y central, al mundo mediterráneo.

En Mesopotamia representan tanto la Luna como Venus:

Los babilonios conocían los «cuernos de Venus» —escribe Brown—. Describieron la «crecida» de este planeta, sus fases, semejantes a los lunares. Pero los «cuernos de Venus» son in-

(57) *Los secretos de la Atlántida*, cit.

(58) *Tierra sin tiempo*, cit.

(59) *No es terrestre*, cit.

visibles a simple vista. ¿Cómo pudieron entonces los sacerdotes de la antigua Babilonia observarlos sin disponer de telescopios? (60).

Hay un guerrero con el yelmo cornudo en la estela mesopotámica de Tello-Lagasch llamada «de los buitres»; y su figura está dominada por dos astros que resplandecen sobre una curiosa formación cónica. No falta tampoco, más abajo, el «árbol de la vida».

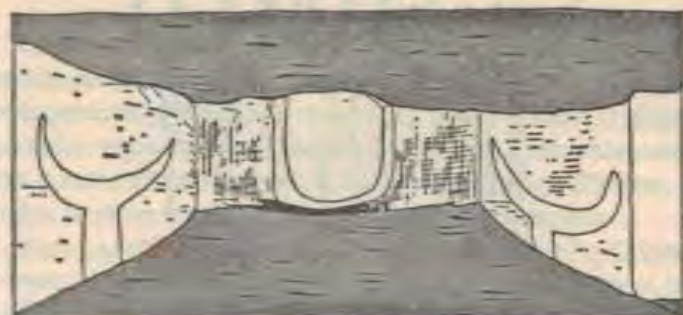
El rey Hor, de la 12.^a dinastía egipcia, está representado con un extraño par de cuernos cuyas extremidades figuran dos manos alzadas. La opinión de quien ve en estas manos el símbolo de unas antenas, o sea, de unos instrumentos aptos para «recibir», para «percibir», justamente como las manos, puede ser aventurada. Es difícil excluirla, sin embargo, aunque sea propendiendo por la estilización de los órganos animales del tacto y del olfato cuyo nombre las mismas antenas han tomado.

Vemos de nuevo en Creta los cuernos que, en relieve, adornan las paredes de la «Gruta del elefante» sarda. Nada excepcional se podría pensar a propósito de la que es la patria del fabuloso Minotauro, pero en la isla encontramos llamadas más sugestivas aún a los fascinantes misterios del pasado.

Chapitas de oro repujado parecen delinearnos cuadrados rostros «espaciales» con cuatro prominencias en la cima y dos pájaros a los lados. Muchas hipótesis se han formulado al respecto. Se ha hablado de la reproducción de unos templos dedicados a divinidades marinas, como podrían hacernos pensar en embarcaciones (los pájaros han inducido a algunos a hablar francamente de tantas «arcas de Noé» que todo el mundo conoce), pero ninguna de las explicaciones intentadas resulta completamente satisfactoria.

(60) R. N. C. Bowen, *The exploration of Time*, George Newnes, Londres, 1958.

Una cosa está clara: la llamada «corona cornuda» de las chapitas tiene su correspondiente en las de los ídolos de arcilla descubiertos en Gazi, cerca de Herakleion, en los alrededores de Cnosos, donde se alzaba el palacio del legendario Minos, infeliz padre del Minotauro.



Interior de la «Gruta del elefante» sarda, con cuernos esculpados en relieve sobre las paredes.

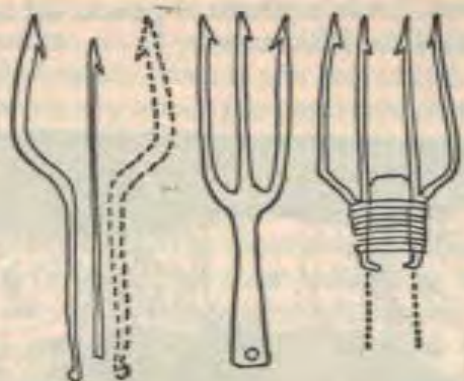
Los ídolos en cuestión, con la cabeza y los brazos alzados en ángulo recto, forman un tridente (61) y éste resalta, clarísimo, con los tres «cuernos» de una máscara descubierta cerca del puerto de la misma Cnosos.

Sibilino permanece el hecho de que el tridente haya conocido en los tiempos antiguos una difusión casi mundial. Lo encontramos tanto en Italia y en Francia como en la Rusia europea y asiática, tanto en África como en América, y no sólo como instrumento o arma. Y, reducido a rayo trifido, lo vemos empuñado por las divinidades asiáticas o mediterráneas.

Volviendo a los ídolos de arcilla cretenses, se nos ocurre espontáneamente compararlos con la figura del «dios barbudo»

(61) *Tierra sin tiempo*, cit.

de Tiahuanaco, en el cual algunos estudiosos identifican a Poseidón, refiriéndose a un mítico rey de la Atlántida (62). Y no se



Tres tipos de tridentes prehistóricos. De izquierda a derecha los de Peschiera del Garda, de la Tène y del lago Peipsi (Estonia, URSS).

olvide que Minos pidió a Poseidón, según la leyenda, el envío de un toro para confirmar su derecho al trono. Y esto originó los sucesos que condujeron al nacimiento del Minotauro,

(62) *Op. cit.*

HERACLES Y EL PLATILLO VOLANTE

Como es sabido, a Teseo corresponde el mérito de haber liquidado al monstruo cretense. Pero nuestro héroe (63) fue protagonista de muchas empresas más: venció a gigantes y a animales espantosos. Efectuó junto con Heracles una expedición contra las amazonas y ayudó a su amigo Pirítoo, príncipe de los lapitos, en la guerra contra los centauros.

Pero, ¿qué clase de individuos eran éstos? ¿Criaturas con el busto humano y el cuerpo equino, como solemos imaginarlos? No, esta representación era desconocida aún en tiempos de Homero, que nos habla de ellos como de seres violentos «con melenas enmarañadas».

Las antiguas leyendas helénicas hallan curiosas correspondencias en las tradiciones guatemaltecas. Los centauros de la Tesalia se decían «hijos de una nube» como los salvajes exploradores del cielo americano, «nacidos de las nubes y del Sol». Y también éstos, como sus colegas griegos, parecen haber cultivado la fea costumbre de raptar a las mujeres ajenas. Otros dos detalles nos hacen reflexionar aún más, sin embargo: la representación guatemalteca de los «seres solares» que recuerda la de las Gorgonas y la batalla sostenida contra éstas por

(63) Era hijo de Egeo y de Etra. Al respecto nos parece interesante referir lo que escribe Felice Ramorino en su *Mitologia Classica* (Hoeppli, Milán, 1967): «... pero dado que Etra era amada por Poseidón, Teseo también era llamado hijo de Poseidón. Si se considera que Egeo y Poseidón se identifican, se comprenderá fácilmente que Teseo, hijo del Mar y de Etra, o sea, el alba serena, es además una personificación del Sol.»

un héroe cuyo nombre varía de pueblo en pueblo (no es de extrañar, puesto que el recuerdo va ligado a representaciones de la era arcaica no interpretables), pero cuyas gestas se aproximan, en ciertos detalles, a las de Perseo, hijo de Danae y de Zeus, que habría fecundado a la muchacha en forma de lluvia de oro (64).

Examinemos un poco más detenidamente las aventuras de Perseo, empeñado, como hemos dicho, en apoderarse de la cabeza de Medusa. Una misión sin duda arriesgada, que habría sido suicida si su protagonista no hubiese podido contar con la ayuda de Hermes y de Atenea. Aquél le aconseja hacerse con medios adecuados entre las ninfas del Norte (cuyo lugar de residencia sólo era conocido por las Grayas, pajarra-cos con cabeza humana), le regala una espada que irá junto al escudo donado por Atenea, lo conduce volando al país de las Gorgonas, situado «en el extremo occidente... donde estaban las Hespérides y Atlante».

La leyenda helénica es un auténtico cuento de cienciaficción, y se revela tal desde la alusión a la mirada petrificadora de las tres hermanitas. ¿Podría tratarse de un arma desconocida? Diríamos en verdad que sí, puesto que antes de casarse con Andrómeda, Perseo tuvo que luchar contra un pretendiente a la mano de la muchacha, Fineo, cuyo ejército diezmó proyectando contra los enemigos los rayos arrojados por la cabeza cortada de Medusa.

Como una temible pistola de gas y un velocísimo vehículo aéreo podrían ser vistos, respectivamente, la «verga que provoca el sueño» y los «zapatos alados» de Hermes, de los que Perseo recibe una copia en la tierra de los Hiperbóreos, tal vez no diferente de la de los Grayos (65), con una alforja que tiene la

propiedad de tomar la forma de todo cuanto contiene y un cubrecabezas destinado a hacer invisible a quien lo lleva.

Los «pies alados» figuran en muchas leyendas de la América central y meridional, donde los vemos a menudo representados en recipientes de uso ritual y las armas menos convencionales aparecen igualmente a menudo en las representaciones precolombinas.

—¡Caramba, parece una metralleta! —ha exclamado un arqueólogo amigo nuestro aludiendo a uno de los artilugios empuñados por Quetzalcóatl en una reproducción del *Códice Borja* que lo ve, entre otras cosas, provisto de mecanismos más que extraños, enfrentándose a personajes equipados con chismes que no prometen nada bueno.

Sigamos, pues, la broma. En este tono podríamos parangonar con *Panzerfauste* o *bazookas* los instrumentos con que se presenta el dios Xipe Totec, venerado, bastante antes que por los aztecas, por los mixtecos, los zapotecos y los pipil. Su nombre significa el «desollado» y se refiere a las sangrientas ceremonias en el curso de las cuales los sacerdotes del antiguo México se cubrían con la piel de los enemigos muertos. Pero ¿no podrían estos ritos (como la costumbre que tienen aún los esquimales de ponerse pieles de oso) referirse a la «doble piel» de la que hemos hablado repetidas veces y en la cual con un pequeñísimo esfuerzo de fantasía nos induciría a identificar una escafandra, un «mono» o, en cualquier caso, una vestidura protectora?

En cuanto al cubrecabezas, recurramos, siempre en broma, por supuesto, a un casco espacial, y veremos cómo nos puede volver irreconocibles. ¿Quién sabe si la palabra «invisible» pretendía traducir en términos de fábula este concepto? Cree-

(64) Es sintomática también, como veremos luego, la alusión a la lluvia.

(65) Su ubicación ha de ser buscada, sin duda, en el extremo Nor-

te: «Vivían en una región en la cual todo era oscuro y envuelto por un eterno crepúsculo (...) el sol nunca la iluminaba», concuerdan en admitir Simónides, Hesíodo y Píndaro.

mos que es más bien difícil, por ejemplo, reconocer la fisonomía de un ser humano detrás de las armaduras propias a las «estrellas de la Lunigiana», algunas de las cuales, muy sugestivas, se conservan en el museo arqueológico de La Spezia, donde se puede admirar a un «hombre sin boca» que, aun cuando de modo diferente, expresa igualmente el mito de la «invisibilidad».



Los cetos de este antiguo dios mexicano parecen, en verdad, extrañas armas. Su nombre es Xipe Totec, que significa "el descortezado". En la "doble piel", sin embargo, como en otros revestimientos de sentido mágico, algunos investigadores ven una especie de escafandra.

En lo que concierne a la espada y el escudo de Perseo, «tales como para ponerle en condiciones de afrontar seres de cuerpo acorazado, invulnerables a toda arma blanca», nos parece manifestar cierto escepticismo, pues una espada y un escudo de este tipo no podían existir en aquella época. No sólo

esto. No «debían» tampoco ser conocidos los metales, puesto que la leyenda de Perseo, como la de Heracles, es anterior a la Edad del Bronce, y con seguridad debe ser situada en el Paleolítico,



También en el Museo Arqueológico de La Spezia se encuentra la figura de este rarísimo "hombre sin rostro".

«Heracles (Hércules en la mitología latina) no es griego, porque cuando se difundió su mito, Grecia no había nacido aún. Un insigne autor ha descubierto que *herakles* no era un nombre de persona, sino un vocablo que designaba, en la Creta arcaica, a un funcionario de misiones análogas a las de los sufetas cartagineses» (66), según Charpentier.

Por lo tanto, también él ve las leyendas como deformaciones de acontecimientos reales. Sería en verdad muy interesante

(66) Magistrados con cometidos similares a los de los cónsules romanos. (N. del A.)

conocer la clave de los doce proverbiales trabajos a los que estuvo sometido, como es notorio, el héroe para expiar su delito (había matado a tres hijos en un ataque de locura que le había provocado Hera) y ganar la inmortalidad. Desgraciadamente, no nos es posible. Debemos contentarnos con apoyarnos en vagas referencias de las cuales se desprende, a pesar de todo, como en el caso de Perseo, una epopeya de novela utópica.



Heracles, a su vez con la "doble piel" (detalle de Vulci, cerca de Tarquinia).

El primer trabajo vio a Heracles ahogar entre sus brazos al león de Nimeia (valle de la Argólida) que ningún arma podía herir. ¿Se tratará de un pariente de los amenazadores felinos que admiramos con las fauces abiertas en la representación broncea hallada en la llamada «tumba de Midas» de Gordium (Anatolia sudoccidental), en las necrópolis etruscas, en los incensarios del enigmático Grupo X (Ballana, Egipto) cuya cabeza es tan similar a la de un dragón chino?

Los encontramos otra vez guardando los templos cristianos y aunque nos recuerden figuraciones mucho más antiguas

tienen, sin embargo, su significado originario. No obstante, reclamos fascinantes nos arrastran a través del espacio y del tiempo. ¿Acaso no hemos visto en el Extremo Oriente felinos rivalizando con el dragón? ¿No los hemos admirado junto a la serpiente en la América precolombina igual que en la catedral trentina de San Vigilio?

Demos rienda suelta a la fantasía y proyectemos en su pantalla la lucha de Heracles contra el soberbio «hombre-gato» venido del espacio, como lo veremos, respectivamente, en el trabajo segundo, en el tercero y en el noveno, oponerse a unos animales extrañísimos: a la hidra de Lerna, a la serpiente de nueve cabezas que infestaba la Argólida (y hay otra serpiente en la historia de nuestro personaje, el que personifica el río Aqueloo), al desenfrenado jabalí de Erinanto y a las yeguas de Diómedes, devoradoras de hombres, reflejadas quizás en los bellísimos corceles alados etruscos.

No sabemos qué puede representar la cierva de Corinea, con los cuernos de oro y las pezuñas de cobre, capturada por el héroe en su cuarto trabajo. La sombra del Minotauro se proyecta sobre el sexto, el octavo y el décimo empeño, que comprometen a Heracles a limpiar las cuadras de Augias (y él lo hace desviando «sencillamente» el curso de dos ríos), a domar el tremendo toro de Creta y a capturar los bueyes de Gerión, un monstruo con tres cuerpos vivientes en una «isla occidental» llamada Eritrea.

En aquella ocasión el monstruo creó directamente el estrecho de Gibraltar, separando dos montañas llamadas posteriormente «Columnas de Hércules». Todo permite suponer que aquí (como en la desviación de los ríos y el decimosegundo trabajo, la captura de Cerbero, durante la cual se dice que tembló la tierra entera) nos las habemos con alusiones, deformadas, a cataclismos que cambiaron el aspecto de dilatadas zonas.

Mas he aquí que, con los bueyes de Gerión, entramos de nuevo en la cienciaficción.

Se cuenta que Heracles, ofendido por los rayos abrasadores del Sol Poniente, apuntó contra él sus dardos —escribe Ramorino— por lo que Helios, admirado de tanto ardor «le dejó el uso de un bajel de oro hecho en forma de taza». Con la ayuda de este bajel pudo el héroe cruzar el océano y llegar a Eritrea.

¿Un «platillo volante» anticipado? No nos extrañaría, en vista de que en las aventuras del inexhausto Supermán de la antigüedad no faltan siquiera las astronaves. Hay precisamente una referencia al «águila de la noche» preazteca (el bellísimo volátil de pésimas costumbres) en su lucha contra los terribles pájaros de Estinfalos, anidados en Arcadia, «provistos de garras, alas y pico de bronce, y plumas también de bronce, que ellos disparaban como flechas».

¿Se trataría verdaderamente de vehículos aéreos? No podríamos hacernos una idea diferente de aquellos voladores metálicos lanzamisiles. Y todos los elementos de la antiquísima leyenda se nos antojan condensados en el grupo hitita de Kargamish que ve al hombre-águila mantener sujetos a dos felinos extrañamente semejantes a los de la América precolombina, pero dominado por una enorme figura humana que parece estar en condiciones de decidir como mejor le parece el destino de todos.

En el curso del séptimo trabajo, Hércules las emprende con las amazonas, como muchos prepotentes machos de la antigüedad y corre a robar el cinto de su reina Hipólita, matándola. ¿No habría sido aquel chisme algo semejante a un «tebeístico» cinturón antigraedad?

Dados los elementos pasados en revista, la hipótesis no es de descartar. Y aún es más probable si se trata de captar el significado del undécimo trabajo. El literal no puede, en efecto, contentarnos. Sería otra cosa bien fútil y pueril para un héroe ir a robar manzanas, aunque fuesen de oro. Sin embar-

go, nuestro amigo vuela al jardín de las Hespérides y aprovecha la ocasión para abatir al gigante Anteo.

Los latinos consideraban este combate un hecho histórico —nos dice Charpentier—, y Plinio estableció sin más el lugar donde debía encontrarse la tumba de Anteo: en Lixus, frente al mítico jardín de las Hespérides. Precisó que el sepulcro del gigante tenía 60 cúbitos de largo, casi 17 metros. Los romanos lo creían tan firmemente que, cuando ocuparon la Tingitania, un general hizo efectuar excavaciones en la cima del Charf, una colina aislada en las cercanías de Tánger, para buscar la famosa tumba. Y se dice que los legionarios descubrieron allí una cantidad considerable de huesos (67).

Es en verdad una curiosa historia la del gigante, ligada a numerosos mitos más. Era hijo de Poseidón, dios del mar y de la Tierra. Su mujer debía el nacimiento a Atlante, el Titán que sostenía el mundo. Las antiguas tradiciones nos han hecho conocer el nombre de otras hijas suyas, de las cuales tres nos dan que pensar: Egle la blanca, Esperetusa la negra y Eritea la roja, que debió haber bautizado la «isla occidental» situada allende el Océano, como se ha dicho explícitamente.

Nada de extraño tiene el hecho de que en los parajes de la actual Tánger se conociera tanto la raza blanca como la negra. Pero que en tiempos prehistóricos se tuviese noticia de una raza roja establecida mucho más al Oeste, allende el mar, es en verdad extraordinario.

¿Qué otra deducción sensata podríamos sacar, por lo demás, de unas leyendas que sobre ciertos puntos concuerdan perfectamente?

(67) *Los gigantes y el misterio de los orígenes, cit.*

VII

PAJAROS DE FUEGO

Después de la muerte de Hiperión, según los mitos, su reino fue dividido entre los hijos de Urano, los más famosos de los cuales eran Atlante y Cronos. Atlante recibió como parte suya las regiones de la costa del Océano, y no sólo dio el nombre de atlántides a sus gentes, sino que parejamente llamó Atlas a la montaña más alta del país.

Esto escribe el griego Diodoro Sículo, que vivió en los tiempos de Julio César, en su monumental *Biblioteca*. No debía ser ciertamente, un tipo que creyese ciegamente en la religión de su época, puesto que añade una explicación muy racional de una historia conocida.

Dícese también que Atlante perfeccionó la ciencia de la astronomía y que fue el primero en dar a conocer sus doctrinas al género humano. Por esta razón se mantiene la idea que el cielo entero se sustenta sobre sus hombros.

Anotemos de pasada que Hiperión, uno de los Titanes, hijo de Urano y de Gea, era considerado «padre del Sol, de la Luna y de la Aurora», y estaremos igualmente inducidos a considerar simbólicos tales conceptos, como las creencias a las que alude seguidamente Diodoro Sículo:

Atlante, según dice también el mito, tenía siete hijas llamadas en grupo Atlántidas. Sus nombres eran Maya, Electra, Taigetes, Esteropes, Méropes, Alción y Celaino. Se emparejaron con los dioses y los héroes más famosos y sus descendientes fueron los primeros antepasados de la mayor parte del género humano (...) Después de su muerte, las hijas de Atlante fueron entronizadas en el cielo y designadas con el apelativo de Pléyades...

Quien ha leído *No es terrestre* y recuerda las referencias de muchos pueblos a las Pléyades hallará estas coincidencias por lo menos curiosas. No siempre se trata de chicas guapas llovizas sobre la Tierra. A esa constelación se refieren, de todos modos, las historias de varios personajes llegados del cielo a echar una mano a los hombres, a ayudarles en realizar considerables expresiones de civilización.

De las Pléyades, además —según algunos investigadores que piensan haber interpretado justamente antiquísimas tradiciones asiáticas y americanas— habrían llegado los «Grandes Hermanos» que llevarían a altísimos niveles regiones ahora sumergidas en las arenas o tragadas por el mar, entre las cuales las celeberrimas Mu y Atlántida.

EXPEDICIONES DESDE LAS PLÉYADES

—Un gran desastre verdaderamente —dijo el astronauta más alto mirando a su alrededor—. Esta catástrofe clavará al hombre en la Prehistoria por cientos de miles de años.

El astronauta más bajo se ajustó sobre el rostro el respirador del cual el colega, procedente de otro planeta, no tenía necesidad.

—Y marcará el fin de todas esas extrañas criaturas —observó, indicando las raras figuras que se agolpaban en las márgenes del sendero trazado por la astronave hasta las cavernas.

—Estaban condenadas ya a la extinción —replicó el compañero.

Habían llegado a la Tierra tras uno de los grandes cataclismos que de vez en cuando azotaban al planeta aterrizando en aquel altiplano circundado por las aguas diluviales donde habían hallado salvación los representantes de las últimas razas que sobrevivieron a la ascensión del ser superior y a las aflicciones del globo.

Un neandertalense tendió su largo brazo hacia las botas de los astronautas gruñendo algo ininteligible. Más lejos, un gigante peludo enseñó los dientes, agitó una gruesa rama esgrimiéndola como una clava. Algunos homúnculos, pequeños y ágiles como cuadrumanos, chillaron, hostiles, entre los árboles mutilados.

Un destello de piedad pasó en la mirada de uno de los exploradores espaciales, el de cabeza aplastada, órbitas hundidas en un rostro cuadrado. En los anchos ojos de su compañero

no se hubiera podido descubrir nada.

Eran idénticos a los de un felino. Y como los de un felino se cerraron en rendija, mientras la boca se le abría sobre unos colmillos afilados en una risotada impresionante.

Pero no era una risotada, era una sonrisa, y la criatura a la cual se acercaban los dos lo sabía. Se alzó ante la entrada de la caverna, abandonando la azagaya en la que estaba trabajando y sonrió a su vez.

El ser de rostro felino indicó a aquella criatura vestida de pieles.

—He aquí al señor de este planeta —dijo.

Y añadió algo que, dicho ahora, sonaría como *Homo sapiens*.

¿Astronautas de rostro felino arribados a la Tierra, deificados por los primitivos habitantes del globo destinados a la supervivencia, empeñados en ayudarlos, como colonos o náufragos espaciales, en su ascensión?

También la esbozada por nuestro tercer cuento utópico podría ser una hipótesis válida, apoyada por el recuerdo confuso y por las impresionantes imágenes de los «hombres-gato» que encontramos en toda la América central y meridional.

Extrañas estilizaciones (además de las ilustradas en los precedentes volúmenes) han salido a la luz en el «nuevo mundo».

He aquí el jaguar humanoide de la «Cultura de la Venta» (Tabasco) con los típicos «flequillos solares» que figuran el vuelo sobre lo que parece ser un cubrecabezas, y he aquí los mismos «flequillos» sobre las zarpas extendidas de la «fiera de Teotihuacán», mexicana también.

Figuras felinas nos miran también desde el antiguo mundo mediterráneo, junto a otros inidentificables, precisamente de la Europa del Norte: de los tres ídolos de ámbar de Cernia-hovsk (Prusia oriental, URSS), el central, reproducido por nosotros, nos recuerda plenamente las estatuillas del período ar-

caico de Ecuador, mientras que el de la derecha parece vestir una tosca escafandra semejante a los uniformes ideados para nuestros exploradores al principio de la «era astronáutica».

La misteriosa civilización peruana de Nazca nos presenta, entre otras, una cerámica en la cual están sintetizados todos los elementos que caracterizan las antiguas culturas americanas, desde los rasgos del jaguar a los de la serpiente, con un cubrecabezas que reproduce dos ojos y una boca. ¿Una máscara destinada a ser puesta sobre el rostro o, como quisieran los fautores de la «teoría cósmica», la ingenua representación de un casco espacial?

La hipótesis parece sin duda sugestiva si para reforzarla se juntan otras estatuillas: ante todo la de Paracas (Perú central), una figurita de barro cocido sin rostro pero con signos que nos dan idea de indumentarios aislantes en lo que concierne a la parte superior del busto, el abdomen y los dedos de los pies.

Poco les separan, en el concepto que presumiblemente inspiran a sus autores, los ídolos de piedra descubiertos en Aviz, España, y en Idanha-a-Nova, Portugal. Vagas pueden parecer las referencias a una criatura humana y a un volátil al mismo tiempo que percibimos en un ídolo de arcilla de Werschetz, si bien éste nos reporte a análogas síntesis americanas, asiáticas y africanas, pero nos deja atónitos y perplejos el de Kostok (también en Yugoslavia), que a los signos solares y a espirales une dibujos, las «flechas pectorales», por ejemplo, de las cuales hallamos correspondientes sólo entre las expresiones de las civilizaciones precolombinas de allende el Océano.

Son, como la que distingue a un extraño jarro de Anatolia, figuras que recuerdan a los «hombres de cabeza aplastada» americanos. Estos tienen representaciones mucho más precisas en ciertas regiones: humanoide y escafandra parecen reflejarse en la factura de un recipiente, único en el mundo, del Valle del Cauca, Colombia, y nadie podría decir en verdad qué sostiene en las manos el ser hecho de piedra en una estela

tolteca con el curioso «yelmo»: ¿el cierre de una escafandra? ¿Un arma desconocida?

Más cerca de nuestras facultades de comprensión están, sin duda, las estatuillas de la «Cultura Vicús» a propósito de la cual Federico Patellani escribe, entre otras cosas, en la revista *Atlante*:

En la oscuridad de las tumbas peruanas recientemente excavadas en el septentrión, junto a las laderas del monte Vicús (región de Morropón), ¿se escondían los testimonios de una



Rasgos típicamente americanos se dirían los de este jarro encontrado en Anatolia.

población antiquísima, desconocida aún? (...) ¿Cuáles son las verdaderas relaciones entre la civilización Vicús y la de Salinar y de Galinazo, que presentan características similares? ¿Cómo explicar el descubrimiento de una colección de cerámicas tan

parecidas a las Vicús de la península de Paracas, a 1.100 kilómetros de distancia de Piura? ¿Cómo explicar los vínculos figurativos entre Vicús y las regiones más al Norte del continente americano en lo tocante a estructura de la cerámica y las representaciones en la orfebrería? ¿Es un caso de convergencia o de difusión? Y si se trata de difusión, ¿cuál es la dirección seguida por las influencias? ¿No es incluso lógico pensar que en la civilización Vicús y en las influencias por ella producidas, se pueda ver un caso de flujo y de reflujo?

Todos son interrogantes apasionantes, pero por el momento nadie está en condiciones de dar exhaustivas y definitivas respuestas a estas preguntas. El tardío descubrimiento de la civilización Vicús ha trastornado todas las catalogaciones y todas las fechas de la cerámica precolombina del Perú y de las culturas vecinas.

Los sustentadores de las «teorías astronáuticas», ante las fisonomías de los «Vicús», no han podido sustraerse a la tentación de verlas como frutos del connubio de los «hombres-gato» con los representantes de una raza preexistente a su supuesta llegada, acercándose así, aun sin querer, a Diodoro Sículo.

Que esta «llegada» esté simbolizada, además, por un extraño pájaro y por un jarro que recuerda el famoso motivo de los «espaciales sin boca», es una cuestión destinada seguramente a permanecer abierta mucho tiempo. Hoy tan sólo podemos esbozar apasionantes hipótesis apoyadas, sobre todo, por la extraordinaria semejanza de las «tumbas de bota» mexicanas (celebérrimo es el llamado «Osario», excavado bajo una pirámide de Chichén-Itzá) y de la descubierta en la ladera del Vicús. Aquí encontramos, sepultados a gran profundidad objetos metálicos cuya función nadie ha sabido explicar. Hay motivos para suponer, incluso, que se trate de unos objetos bastante anteriores a la cultura en cuestión, conservados por

ella como símbolo de inmortalidad.

Es interesante notar que objetos de aluminio (un metal aislado puro en 1827, cuya producción industrial no se inició hasta 1886), de una edad remotísima pero que no puede fijarse, fueron descubiertos en 1956 en el desierto de Gobi por una expedición ruso-china. No podemos ni remotamente suponer para qué servían, pero acaso vemos una imitación ritual de ellos en los «bastones de mando» de los esquimales y en los «cetros» precolombinos.

Esto no es todo. Análogos bastoncillos cilíndricos de unos 20 centímetros de largo, cuyo uso permanece igualmente un misterio, han sido descubiertos en las grutas francesas y españolas de Audry, Lourdes, Istruritz, Hornos de la Peña, en Hungría, en Alemania occidental y meridional (68) y además en el Japón y en Australia (69).

«SÓLO PARA CONOCERNOS»

Alucinante, una figura azteca con las órbitas vacías nos contempla desde Teteoinán, México. A ambos lados de la cabeza resaltan signos solares, indicios de espirales. Es conocida

(68) Ivar Lissner, *Aber Gott war da*, Walter-Verlag, Olten, 1960.

(69) Oswald O. Tobisch, *Kult, Symbol, Schrift*, Verlag für angewandte Wissenschaften, Baden-Baden, 1963.

simplemente como «divinidad femenina», pero se trata, obviamente, de una mera definición socorrida.

Es un rostro que nos habla de desesperación y de dolor, como otros que ya conocemos y que tienen los rasgos inconfundibles del «hombre-gato».

En Monte Albán —escribe Roberto Calcano en su relación—, los zapotecas erigieron al pie de un imponente edificio una serie de lápidas con las figuras de los que se consideran danzantes.

El conjunto es conocido efectivamente como «Galería de los danzantes». En su parte occidental está representado un hombre en acción de acurrucarse; su rostro tiene rasgos inusitados, que parecen alterados por el sufrimiento. Su cabeza, en vez de los acostumbrados adornos desbordantes, está cubierta por un casquete muy ceñido y ni siquiera el cuerpo tiene algo que recuerde la suntuosidad de las vestiduras precolombinas. Va envuelto en una especie de «mono», con aberturas circulares que recuerdan los cierres de las escafandras astronáuticas.

Yendo hacia oriente se encuentra otro «danzante» en una actitud que no oculta ciertamente un fuerte dolor con su rostro contraído en una mueca y los brazos cruzados sobre el vientre. Y también aquí vemos el «casco» y el «mono».

Las mismas características aparecen evidentes también en las otras figuras, especialmente en las del sector occidental, donde las piernas de algunos sujetos están muy abiertas y los bustos echados atrás. Y la indumentaria no varía.

¿Cuál es el verdadero significado de esta obra? Insistir sobre la tesis de los «danzantes» nos parece del todo inoportuno. Es verdaderamente extraña, por el contrario, la presencia de lineamientos tan singulares, de las muecas de sufrimiento, de tales indumentarios. Supongamos, en cambio, que un accidente hubiera obligado a un grupo de cosmonautas procedentes de otro planeta a la permanencia forzosa en la Tierra. Una trágica

ironía habría hecho aparecer luego como una danza sus manifestaciones de dolor.

Es una hipótesis sin duda atrevida, pero que puede adaptarse también a las obsesionantes expresiones que se repiten continuamente en los «Cantos aztecas» (70):

- ¿Acaso se vive verdaderamente en la Tierra?*
¡No para siempre, tan sólo por poco! (1)
Venimos sólo para dormir,
sólo para soñar.
¡No es verdad, no es verdad
que vengamos para vivir en la Tierra! (2)
¿Pero qué puede hacer mi corazón, si en vano
venimos para vivir en la tierra,
en vano a florecer? (3)
¿Dónde está, oh, corazón mío, el lugar de la vida?
¿Dónde está mi verdadera casa?
¿Dónde está mi verdadera morada?
¡Yo sufro, aquí en la Tierra! (4)

Las alusiones a una región de procedencia no ciertamente situable en nuestro planeta se vuelven, en ciertos pasajes, evidentes. Clara es por ejemplo, la distinción entre el lugar donde nacieron los antepasados y aquel en el cual vivieron («en la Tierra»), curiosa la referencia al «estuche» y al «arca», y la cita relativa al descenso en el centro del Cielo, contrapuesta a la «en el corazón de la Tierra», parece expresar por una parte

(70) Todas las citas poéticas están sacadas del volumen *Canti aztechi*, a cargo de Ugo Liberatore y Jorge Hernández-Campo (Guanda editor, Parma, 1966). Algunos cantos, leídos por Alberto Lupo, están grabados en el disco homónimo de la «Collana letteraria Documento» (CL 0514). Los números entre paréntesis se refieren a los varios cantos, enumerados al final de las citaciones mismas.

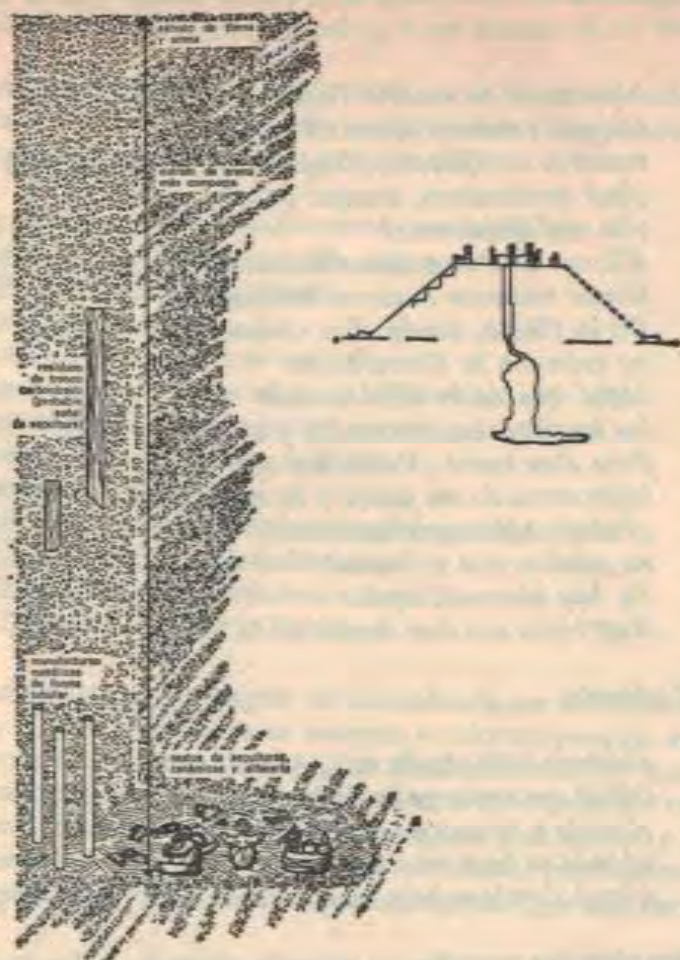
la esperanza de un retorno a la patria estelar, por la otra el temor de la muerte en el globo hospitalario.

- Aquí nació la muerte florida.*
Los que tomaron forma en Tlapalla,
nuestros antepasados, llegan hasta la Tierra... (5)
¿Qué cantaremos, amigos míos?
¿De qué gozaremos?
Allí tan sólo vive nuestro canto.
Donde nacieron nuestros antepasados.
En la Tierra, donde ellos vivían,
yo sufro en la Tierra (...).
Aquel que da la vida esconde
los hombres en un estuche y en un arca (...).
Pero ¿los veré? ¿Verán los ojos míos
los rostros de mi padre y de mi madre?
¿Podrán ofrecerme su canto,
su palabra que yo busco?
No hay ninguno, aquí.
Huérfanos nos han dejado en la Tierra. (6)

Y además:

- ¿Adónde iré? ¡Ay de mí! ¿Adónde iré?*
Difícil me embarga la duda.
¿Quizás a la casa de Dios
adonde se baja en el centro del Cielo,
o aquí, donde se baja, en el corazón de la Tierra? (7)

Dos pinturas murales del llamado «Templo de las Caritas» de Cempoala han sido interpretadas como símbolos del Sol y de la Luna. Pero no es menester abandonarse en las alas de la cienciaficción para ver en aquél (con algunos estudiosos orientales y occidentales) la esfera de un instrumento de a



A la izquierda: Una tumba en forma de bota vicás. A la derecha: Una sepultura andloga excavada bajo una pirámide de Chichén Itzá, México.

bordo y en éste algo que hace pensar en un vehículo espacial. Y en los «Cantos aztecas» no faltan, por cierto, las referencias a medios semejantes:

Verde serpiente del rayo... (8)

*Eres el pájaro quechol, color de fuego,
que vuela sobre la llanura,
en el reino de la muerte.* (9)

*Huitzilpochtli, el batallador,
aquel que obra y en lo alto
sigue su camino (...).*

Oh, prodigioso habitante de las nubes (...).

Oh, habitante de la región de las alas heladas (...).

*El hace derrumbar los muros incendiados
donde se cogen las plumas.*

Así conduce él la guerra

y somete a las gentes (...).

*Hambriento de guerra baja el Llameante,
arrecia donde el polvo arremolinado se levanta.*

Los de Amantia son nuestros enemigos.

¡Ayúdame!

Hacen la guerra, incendian.

Los de Pipitlán son nuestros enemigos. (10)

Pensemos en una raza llovida de las estrellas, más o menos similar a la humana, bien dispuesta hacia ésta, y el significado de otros versos nos parecerá clarísimo:

Amigos, una misión nos ha traído al mundo... (11)

*Es cierto que nos hacemos amigos,
es cierto que vivimos en la Tierra,
pero vendrá también el momento en que
te cansarás de la amistad...* (12)

Y el concepto de esta extraña amistad es repetido con otros que parecen referirse claramente a la estancia en nuestro globo de seres venidos del espacio. Cómo los cantos son interpretados hoy, cómo pueden ser interpretados por los propios aztecas, no es determinante a los fines de un análisis científico, puesto que muchos tienen sus raíces en un pasado muy remoto. El atormentado deseo de abandonar el planeta no se refiere, con toda probabilidad, al deseo de una vida ultraterrena.

Contemplo con odio a la muerte y sufro...

dice, en efecto, el cantor, y prosigue:

*No importa que como piedras preciosas
el mismo hilo nos una,
no importa que estemos unidos
como gemas del mismo collar (...).
Antigo mío, verdadero amigo,
por voluntad de Dios nos amamos.
Como vosotros, yo también lo sé. Sólo se vive una vez.
Un día nos iremos.
Hemos venido aquí solamente para conocernos,
sólo en préstamo hemos tenido la Tierra (...).
Pero mientras se vive con el alma abatida,
aquí, donde somos espiados y mirados... (71) (13)*

- (71) *Tan sólo para poco.*
 2. *Como hierba de primavera.*
 3. *Al menos las flores.*
 4. *Canto de tristeza.*
 5. *Canto para los antepasados (Tlapalla es «el lugar del Rojo y del Negro» e «indica el curso del Sol, desde el cenit hasta el ocaso»).*
 6. *Solitario como niebla.*
 7. *La duda.*
 8. *Canto de Xipe Totec, bebedor nocturno.*
 9. *El reino de la muerte.*
 10. *Al dios de la guerra, Huitzilopochtli (los nombres Amantia*



El Sol semejante a una gorgona resalta en esta estela de Cozumelhuapa (Guatemala) con otros símbolos cósmicos y un extraño «orante».

Los «pies alados» abundan en la mitología mediterránea y en muchas representaciones americanas. Helos aquí en un tripode policromo de la provincia de Limón (Costa Rica).



Quetzalcóatl, provisto de raros artilugios, se enfrenta a unos seres equipados con ingenios que no prometen nada bueno (del «Códice Borgia, 19»).



Un «espacial» de la Lunigiana visto de frente y de perfil.



Otra estela de la Lunigiana, conservada, como la precedente, en el Museo Arqueológico de La Spezia. También aquí estamos ante los enigmáticos «seres sin boca» que, en todas partes del globo, han conducido a la formulación de fantásticas teorías.

La impresionante cabeza leonina hallada en la «tumba de Midas» en Gordium, Anatolia sudoccidental.



Un pebetero en forma de león del enigmático «Grupo X» (Baiana, Egipto). Recuerda las representaciones propias del Lejano Oriente, en tanto que las de otras figuras se aproximan más a los míticos jaguares de la América central y meridional.



El «león de Vulci».

Como en las representaciones orientales, si bien con un significado totalmente distinto, transformado a través de los milenios, el león se opone al dragón en la simbología cristiana. He aquí una escultura de la puerta nortoriental de la catedral de San Virgilio en Trento (mediados del siglo XIII).





Un león y una serpiente custodian la ventana central de la catedral trentina de San Virgilio.

Heracles en lucha contra el río Aqueloo, representado como serpiente «humanizada» en un ánfora ática.



En los bellísimos corceles etruscos «al servicio de los dioses» (aquí en el detalle de un templo de Tarquinia) se refleja tal vez el recuerdo de las yeguas de Diomedes domadas por Heracles.



Una espléndida alhaja mexicana constituida por una cabeza de águila adornada con espirales. Quizá recuerde el «pájaro celeste» preazteca que, como los volátiles vencidos por Heracles, lanzaba sus propias plumas a modo de proyectiles.



Dos felinos, extrañamente semejantes a los de la América precolombina, sujetos por un ser de cabeza águila en un grupo hitita de Kargamish, en basalto.



Arriba, el jaguar humanoide de La Venta (Tabasco) con los «flequillos solares» que representan el vuelo. Abajo, «la fiera de Teotihuacán», también mexicana.



De izquierda a derecha, los «espaciales» de las Cicladas (3000 a. de J.C.); de Tell Ashmar, en Mesopotamia (2300-1900 a. de J.C. aproximadamente); de Troya (2500-2300 a. de J.C.), y otra vez de Tell Ashmar (3000 a. de J.C.).

Tres ídolos de ámbar de Cherniahovsk (Prusia Oriental, URSS) que se remontan al año 2000 a. de J.C.



A la izquierda, cerámica «espacial» nazca (Perú) en la que parecen condensados todos los elementos más enigmáticos que caracterizan a las antiguas culturas americanas.

A la derecha, la figurita sin rostro de Paracas (Perú central) nos da idea de indumentos aislantes en lo que concierne a la parte superior del busto, el bajo vientre y los miembros inferiores.



Compárense con la figura precedente estos ídolos de piedra. El de la izquierda ha sido hallado en Aviz, España, y el otro en Idanha-a-Nova, Portugal.



Humanoide y «escafandra» representados en un ejemplar único en el mundo, un recipiente de oro y cobre del Valle del Cauca, en Colombia.

Vagas y sugestivas referencias a seres humanos y a «divinidades» al mismo tiempo se descubren en una figura femenina de arcilla (a la izquierda) de Klicevac, cerca de Kostok, y en el ídolo, igualmente de arcilla, de Werschetz (Servia), ambas yugoslavas, que pueden datar del 1600-1200 a. de J.C.



Esta extraña figura de una estela tolteca aprieta entre las manos un objeto desconocido, interpretado por algunos como el cierre de una escafandra y por otros como un arma.





Pequeñas estatuas que representan la antiquísima población peruana denominada (por el lugar de los hallazgos) del vicús. Su parecido con los famosos «hombres-gato» es innegable.



Un pájaro de alas desplegadas y un vaso que recuerda los «especiales sin boca», ambos de la misteriosa cultura vicús.



La alucinante «diosa azteca» de Teteoinán.



El sufrimiento marca los rasgos y los movimientos de este «danzante» de Monte Albán.



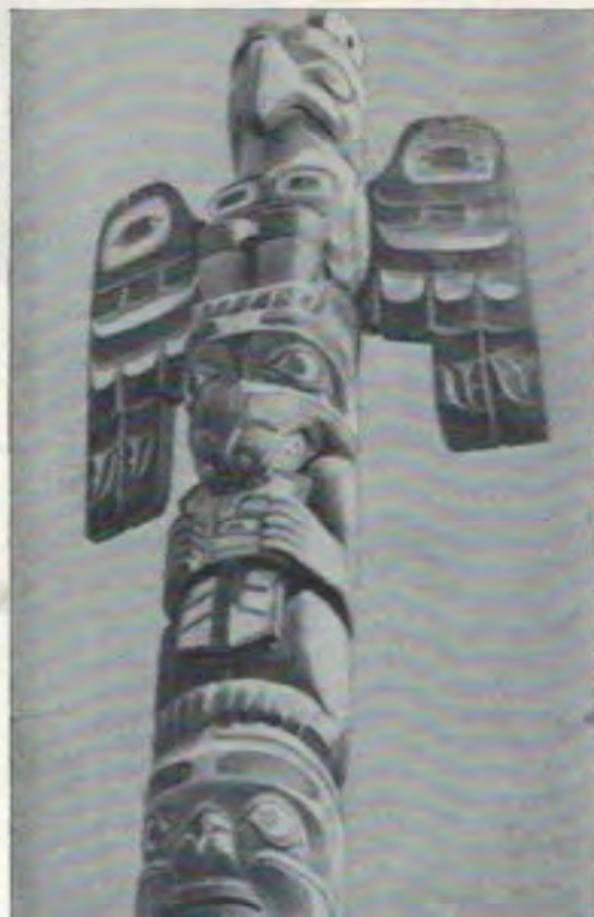
Otra expresión de dolor en los «danzantes» con cascos y «monos» de vuelo representados en Monte Albán.



Otra sugestiva figuración de los llamados «espaciales danzantes» mexicanos.



Estas figuras del «Templo de las Caritas» de Cempoala, en México, han sido respectivamente interpretadas por los estudiosos tradicionalistas como símbolos del Sol y de la Luna. En la de la izquierda no sería difícil, sin embargo, adivinar un instrumento de navegación y en la de la derecha un vehículo espacial.



El fabuloso «pájaro de fuego» que remata un totem de los indios nootka.

Un yelmo nootka
que reproduce de
una manera asom-
brosa la cabeza del
mítico volátil.



Los misteriosos «hombres-pájaro» representados en los monolitos pascuanos.



Otros «espaciales» de la isla de Pascua. Las deformaciones simbólicas son muy numerosas e impresionantes.





Pájaros sagrados
y símbolos solares
de Nueva Guinea.



¿Cómo no habían de ser «espiados y mirados» los extranjeros llegados de lo ignoto con las «serpientes de llamas», los «pájaros de fuego»? Admirados y temidos al mismo tiempo, su recuerdo quedará bien vivo, no sólo en América, sino en todo el globo, a través de los milenios.

Esto se expresa con los totems, las máscaras, los esgrafios, los dibujos, las decoraciones y los adornos, incluso en lugares y épocas que el significado de los símbolos se ha perdido o ha sido deformado.

Ello no ha ocurrido entre los indios de la isla de Nootka (Columbia británica, Canadá), representantes de una civilización que cuenta lo menos 5.000 años, sobre los cuales se alza todavía el volátil de alas llameantes, cuya máscara y cuyo yelmo adorna la cabeza de los dignatarios (72).

En la isla de Pascua, en cambio, no ha sobrevivido más que un rito tan sugestivo como ingenuo, cumplido sin ningún recuerdo de un lejanísimo pasado que, sin embargo, ha dejado muestras impresionantes. Desde los monolitos nos contemplan los monstruosos «hombres-pájaro», recordándonos el enigmático texto de la «tablilla X»: «Llegan los hombres volantes... los hombres con el sombrero vuelan...»

¿Qué sombrero? ¿Acaso esa especie de casco que parece cubrir el rostro de Makemake, el dios representado también como volátil?

En ciertas estatuillas de esa tierra de pesadilla, además, las deformaciones simbólicas son variadísimas, pues van de los picos enormes a las cabezas «espaciales», acompañadas a veces de particularidades que parece que quieren hacer pensar

y Pipitlán indicarían respectivamente el mar y la región austral del Cielo).

11. *Lamento de poeta.*

12. *Canto de Teilepanquetzanitán.*

13. *Canto de la amistad.*

(72) *Tierra sin tiempo y No es terrestre.*

en detalles de escafandras, a pesar de que la ciencia tradicional es obviamente de otra opinión.

La forma de los picos de algunos pájaros de la isla de Pascua se parece a la que es propia del «búcaro sagrado» de Nueva Guinea, también acompañado del signo solar.



Los misteriosos "hombres-pájaro" representados en los monolitos pascuosos.

Lógicamente, más elaboradas son las representaciones de las grandes civilizaciones mediterráneas. Pero también aquí el Sol está presente a menudo. En los ojos o sobre la cabeza de Horus, el dios-halcón egipcio, estilizado en las flores del «árbol de la vida» (que una divinidad alada con cabeza de ave rapaz riega con agua lustral en un relieve mesopotámico), representando, junto con la Luna, entre Zeus Lykaios y su águila.

A 2.650 metros de altura sobre la cordillera del Alto Atlas,

en la zona de Ukameiden (Marruecos del Sur), Willy Fassio ha fotografiado numerosas incisiones que se remontan a una lejana Prehistoria y figuran hachas con cabeza de pájaro.

Pues bien, armas parecidas se encuentran grabadas en el Valle de las Maravillas. Las fotos que nos ha facilitado amablemente un apasionado del Instituto Nacional de Estudios



El dios pascuano Makemake en una "máscara espacial" suya. El rostro diríase encerrado en un casco.

Ligures, Enzo Bernardini, sobre cuya importante obra prometemos volver, no dejan dudas al respecto. Y en ellas se reflejan, muy probablemente los «cetros» descubiertos en Europa y que se remontan al magdaleniense. Nadie sabe de qué servían. Los científicos concuerdan, no obstante, en tenerlos por «bastones de mando», mágicos símbolos de poder.

¿Cómo no sospechar aquí una relación con el mítico «pájaro de fuego»? ¿Y cómo no verlo, evidentemente, en esa «le-

chuza» céltica descubierta en Bra, Jutlandia oriental, tan parecida a las siniestras esculturas americanas? (73).

Sería aventurado establecer relaciones análogas con las bellísimas hebillas visigóticas de oro y piedras preciosas, pero lo cierto es que el recuerdo del antiguo Egipto y del antiguo México es demasiado fuerte para no favorecer divagaciones fantásticas, alimentadas por los signos solares y estelares puestos sobre el pecho de estos maravillosos pájaros hechos hombres.



Dibujos que representan "hachas picudas", extraordinariamente parecidas a las marroquíes, descubiertos en el Valle de las Maravillas (Alpes Marítimos).

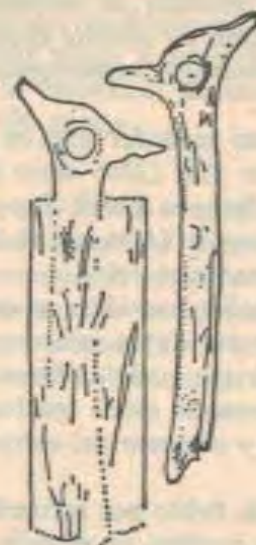
Y he aquí a Visnú montando su sagrado volátil Garuda, justamente como sus divinos colegas se sentaban al volante de mortíferos vehículos aéreos, los Vimana.

En *Sombras en las estrellas* hemos aludido al mandarín que, hacia el año 1500, intentó con escasa fortuna emplear cohetes para hacer subir al cielo un carro ideado por él. Podemos añadir ahora que tuvo predecesores cuyas empresas obtuvieron mayor éxito. El emperador chino Chun, que reinó hace 4200 años, fue uno de los primeros pilotos citados por las crónicas

(73) B. Laufer, *Prehistory of Aviation*, Field Museum of Natural History, Chicago, 1928.

existentes... y también el primer paracaidista, pues parece que inventó un ingenio similar a los actuales.

¿Era, pues, verdaderamente conocido el vuelo en la antigüedad?



"Bastones de mando" en forma de pico del magdaleniense descubierto en Alemania.

En un poema titulado «Li Sao» —escribe una revista china— Chu Yuan (340-278 antes de J.C.) nos habla de un viaje aéreo sobre Asia. Afirma que estaba arrodillado ante la tumba del emperador Chun cuando apareció «un carro de jade tirado por cuatro dragones». Yuan subió al aparato y voló a gran altura a través de China, en dirección de la cordillera del Kun Lun. Durante el viaje pudo observar la Tierra sin ser estorbado por los vientos ni por la polvareda que se levantaba

del desierto de Gobi. Aterrizó sin novedad, y luego tuvo otra ocasión de sobrevolar el Kun Lun (74).

Estas máquinas voladoras de la antigua China —comenta Andrew Tomas— debían ser el producto de unas experiencias científicas o de unas pruebas de invenciones debidas a una raza antediluviana. Como en aquella época los chinos no disponían aún de conocimientos tecnológicos, se deba optar por la segunda hipótesis...

No será inoportuno recordar que en el segundo año del reinado del emperador Yao (2346 antes de J.C.) apareció un hombre extraño. Se llamaba Tchih Tsy-ye y era un arquero tan diestro que el soberano le otorgó el título de «arquero divino» y lo nombró «mecánico jefe».

Según los anales, habría subido a un «pájaro celeste» y conducido por éste «al centro de un inmenso horizonte», un lugar desde el cual «ya no le era posible observar el movimiento del Sol». ¡Nuestros astronautas están igualmente imposibilitados de observar la salida y el ocaso del astro!

Otra publicación de Pekín nos recuerda que el gran pensador chino Chuang-tsu escribió en el siglo III antes de nuestra era una obra titulada *Viaje hacia el Infinito*, narrando cómo había subido en el espacio a 53.000 kilómetros de la Tierra a lomos de un «fabuloso pájaro de dimensiones enormes» (75).

El profesor Roerich, en el curso de sus correrías desde Mongolia al Tibet, oyó hablar de unas «serpientes de hierro» que, en la antigüedad, habían «devorado el espacio con el fuego y el humo» llegando hasta «estrellas lejanas». Y asevera que encontró confirmación de ello en varios libros budistas (76).

(74) «China Pictorial», Pekín, n.º 8, 1958.

(75) «China Reconstructs», Pekín, agosto 1961.

(76) Nicholas Roerich, *Vrata v Boudouschie*, Uguns, Riga, 1936.

Demos, para terminar, una noticia concerniente a los extraños discos de piedra hallados en el distrito de Bayán-Kara-Ula y en Tibet, parecidos a los discos gramofónicos de nuestros días. El profesor Tsum um-nui, de la Academia de Prehistoria de Pekín, cree haber descifrado numerosas inscripciones contenidas en ellos y resultan tan sensacionales que el propio instituto, tras comprensibles vacilaciones, ha dado a la estampa un estudio cuyo título suena a bastante claro: «Discos con jeroglíficos revelan la existencia de naves espaciales que se remontan a hace 12.000 años.»

Nada se pierde en esta Tierra —escribe Ivar Lissner—. Ninguna luz se apaga para siempre. Y la inmortalidad es la única realidad que sigue emergiendo siempre del polvo, de las ruinas, de las destrucciones. Por esto, nadie vive en vano. Por esto, no es inútil lo que piense. Por esto, ninguna hora es despilfarrada. Por esto, todo se reúne, en algún lugar, y vuelve a actuar.

John Clark se viste con las únicas ropas de que dispone, se abrocha el cinto con la pistola, agarra la metralleta, la talega que contiene los objetos más necesarios y se encamina hacia el calvero. Ya sabe lo que le espera: la larga cita de cada mañana, un coloquio que seguramente le será útil porque le lleva, día tras día, a profundizar en el conocimiento de la lengua de los indígenas, de su mentalidad y de sus costumbres, pero que comienza a pesarle por ese carácter que ya es el de un rito.

Se sienta entre los guerreros acurrucados en círculo y el anciano de la tribu le saluda.

—Que te sea concedida buena caza hoy también, dios blanco.

—Y que os sea concedida buena caza también a vosotros, hermanos.

Del montón de viandas que le es ofrecido John Clark separa la carne mal cocida y escoge algunos frutos. Piensa en una buena taza de café o de té, sueña con un cigarrillo y se apresta a afrontar el interrogatorio matutino con las habituales preguntas y las habituales respuestas que espera sean cada vez un poco más claras para sus interlocutores. Se ha alejado a bordo de un *jet* de una guerra bestial, decidido a encontrar un asilo cualquiera de aquel infierno y ha caído allí donde la

selva se cierra para siempre sobre muchos hombres demasiado audaces, incautos o desafortunados (77).

—Dios blanco, ¿dónde están tus alas?

—No tengo alas, os lo he dicho. Soy un ser como vosotros.

—Tú no eres como nosotros. Has llegado volando.

—Bueno, algo me ha hecho volar, pero...

—Entonces eres un pájaro.

—No soy un pájaro. Mi aparato, mi máquina...

John Clark calla, se da cuenta que para estos guerreros primitivos las palabras «aparato» y «máquina» no tienen ningún sentido.

—Es como un animal —trata de explicar—. Un animal... de hierro.

—Hierro —repite gravemente el anciano de la tribu—. Una serpiente de hierro con alas...

—Nada de eso... Es otro animal. Piensa en un animal cualquiera que puede volar.

—Vive en la Tierra, pero puede volar —dice el jefe haciendo un gesto de asentimiento—. Es como Waba, el monstruo de piedra que está sobre la montaña y hace nacer el trueno, el rayo y la lluvia.

—¡No, no es así! Yo...

—Tú has llegado con el trueno y con el rayo. Tú eres dueño del trueno y del rayo.

En este punto el blanco ya no sabe qué replicar. Comprende que para los indígenas el zumbido y las llamas del *jet* y el fuego de sus armas automáticas, representan argumentos irrefutables.

—Bien, tómallo como te parezca —farfulla en su lengua, resignado.

(77) Se trata del interior de Nueva Guinea. Nos puede servir de ejemplo el hecho que de 7.000 aviones derribados sobre sus selvas en el curso de la segunda guerra mundial, sólo un centenar pudo ser encontrado. (Véase. *El planeta desconocido*, cit.)

El indígena interpreta quizás estas palabras como una fórmula mágica y vuelve a asentir, satisfecho.

—Waba tiene pies potentes como los tuyos —murmura señalando las botas del aviador—; batiéndolos suscita el fuego... Tiene grandes ojos de rayo y plumas brillantes como tus alas...

Los «grandes ojos» se identifican en los oculares del casco de Clark y las «plumas brillantes» en su mono de vuelo. El anciano lo palpa con interés y reverencia y luego, tras haber meditado lo que va a decir, pregunta:

—¿Por qué no hajan también aquí tus hermanos, el que brilla de día y la que brilla de noche y tiene cuernos?

Se trata, obviamente, del Sol y de la Luna en sus varias fases. El blanco no tarda en comprender y contesta:

—Ellos están en el cielo.

—Tú también estabas en el cielo —replica el otro—. Has bajado del cielo. ¿Por qué no bajan ellos?

—Porque tienen trabajo allá arriba. Deben darnos calor y luz —concluye el aviador levantándose.

Y añade, sin que los otros lo comprendan:

—Y ahora también tenemos trabajo nosotros, muchachos. Aquí hay que trabajar si se quiere vivir un poco más decentemente.

UN PARAISO INQUIETANTE

Inventado, en esta historia, sólo hay el nombre, el de un piloto americano que, por razones obvias, hemos cambiado. Imaginemos que establecemos contacto, como estableció él, con salvajes cuyo idioma comprendemos dificultosamente y para quienes ciertos objetos son absolutamente extraños. ¿Cómo podremos confiar en aclararles conceptos como «máquina», «aparato» y «casco», por no hablar de reactores y armas automáticas?

Transmitiéndose el recuerdo de «dios blanco», progresando, tratarán de configurarlo. Representarán, más o menos claramente, ciertos atributos suyos, pero otros serán falseados, confundidos, adaptados a sus ideas primitivas.

¿Si hubiese vivido en otra época y en otro continente, nuestro John Clark, habría sido immortalizado quizá como el llamado «guerrero de Teotihuacán» con su extraño casco que parece provisto de oculares, con el escudo acompañado de raros artilugios en los que se ha tratado de modo discutible de ver flechas y cetros (¿no se tratará, en cambio, de armas desconocidas?, se preguntan los estudiosos menos tradicionalistas), con pesados zapatos muy elaborados, tanto que nos parece descubrirles las ataduras, y con un «mono» que recuerda, sin muchos esfuerzos de imaginación, una escafandra espacial, con unas líneas semejantes a violentos chorros de fuego?

Las armaduras de otro personaje de Teotihuacán, un presunto sacerdote, son más solemnes, pero varios motivos recuerdan los del «guerrero», y abundan los símbolos estelares.

Desbordante de alusiones «astronáuticas» parece ser, además, la bellísima «cruz universal» de los antiguos mexicanos. En el centro de las representaciones de las «zonas celestes» está el dios del fuego, también con una especie de casco, unas armas ignoradas y unos rayos lanzados hacia los cuatro puntos cardinales.

A su alrededor los simbolismos son impresionantes. «Árboles de la vida» coronados por el «papagayo solar», diferentes en cada brazo de la cruz, nacidos de una rosa de los vientos, secos, floridos, transformados en maderos llameantes, en serpientes de fuego, en serpientes-pájaro, en reptiles huyendo entre escamas y volutas que son en efecto llamaradas, perseguidos por águilas (¡una de las cuales está marcada claramente con el «huso cósmico»!), criaturas humanas, otras monstruosas, otras más vueltas irreconocibles por lo que los investigadores más audaces nos inclinamos a definir de «máscaras espaciales».

La ilustración se presta a interpretaciones asombrosas en cada uno de sus detalles, tanto como para justificar a quien se ha visto impulsado a llamarla «un compendio de ciencia-ficción precolombina».

No estaría fuera de lugar aplicar la misma definición al llamado «Paraíso de Tlaloc», una pintura mural mexicana en la que los hombres parecen cernerse en el espacio soltando lenguas de llamas que podrían hacer pensar en chorros de propulsores, entre «mariposas», «platos», «copas y objetos inidentificables. Los indicios de espirales abundan. ¡Incluso está el signo en 8 del infinito!

Abajo, además, es todo un pulular de simbolismos en el centro de los cuales resalta, tendido hacia el cielo, un estuendo «árbol de la vida».

Traducida en imágenes diferentes, he aquí una escena análoga en una estela de la civilización mesopotámica de Ur (Ur Nammu), de casi tres metros por 1,55, que se remonta aproxi-

madamente al 2100 antes de J.C. El concepto de la ascensión está expresado aquí por una escalera de mano por la cual han subido misteriosos personajes, algunos de los cuales están reunidos en torno al omnipresente «árbol de la vida». Y en la cumbre el «soberano» rinde homenaje al Sol y a la Luna: la luna creciente, representada en Nimrud, capital de los reyes asirios, con los cuernos (que incluyen al disco solar) puestos sobre la cabeza de una «sacerdotisa» alada.

Volvamos a los totens norteamericanos rematados por una figura con las alas desplegadas. El hijo del célebre explorador Fawcett, desaparecido en Amazonia, nos presenta, ilustrando un capítulo de su libro (78), un guerrero vencedor alado con los símbolos del Sol y de la serpiente y con la cabeza rodeada por una estructura circular. Es una figura extraordinariamente parecida a las de las antiguas civilizaciones mediterráneas reproducidas en *No es terrestre*. En la tumba egipcia de Sethi I, de la 14.^a dinastía, Isis, con los brazos extendidos, despliega sus alas en una sugestiva actitud que diríamos claramente «totémica».

Dios-hombre-pájaro. El concepto es antiquísimo, el acercamiento tan lógico como para ser propio a todo el globo, en todos los tiempos. ¿Cómo podría ser representada de otro modo una criatura bajada del cielo?

¿Fantasías comunes a todo pueblo? Puede ser. Comunes, sin embargo, han de ser los motivos que las han inspirado. Es demasiado fácil y nada convincente aferrarse a la idea de una «matriz mágica, espontánea y universal».

Podríamos citar aquí innumerables ejemplos. Unos pocos acercamientos, además de los ya efectuados, nos parecen suficientes para confirmarnos pasmosas teorías. Fijémonos, por ejemplo, en los genios alados etruscos del sepulcro de los Volturni en Perusa, en la bellísima Victoria de Velleja (Placencia).

(78) P. H. Fawcett, *Esplorazione Fawcett*, Bompiani, Milán, 1958.

Aquí las alas son hechas de piedra, pero son las mismas hechas de plumas en la representación del «guerrero mexicano» de Tlaxcala. Su curiosa indumentaria nos hace pensar en un «mono» y las correas que le cruzan el pecho sirven evidentemente de soporte a la gran diadema emplumada dorsal. ¿Y esa especie de «zurrón» puesto entre la espalda y las alas? Sea lo que sea (las interpretaciones son diversas), no resulta inexplicable el hecho de que haya quien lo vea como la ingenua reproducción de un depósito de carburante o de un propulsor.

Revestido de plumas está también el yelmo de nuestro «guerrero», justamente como el que se yergue sobre la cabeza de un personaje inmortalizado en la pintura mural del palacio de Mari (79): éste podría confundirse, también según dicen los estudiosos tradicionalistas, con un cubrecabezas de los antiguos mexicanos.

Se transforma en diadema de plumas entre los pueblos rojos y muchos pueblos asiáticos, africanos y oceánicos. Y se convierte en una corona alada para los etruscos, con otros signos solares, volutas serpentiformes, espirales.

Alas para el infinito: Soles resplandecen en los ojos, a los lados, entre los dedos (y nos hacen pensar en una señal de conquista, de posesión) del halcón sagrado Horus tal como se refleja en un collar de oro repujado de Biblos, del segundo milenio antes de Jesucristo, cuando los reyes de aquel centro, que florecía al norte de Tiro y Sidón, eran vasallos de los egipcios. Confrontémoslo con las figuras del pebetero etrusco hallado en Castelletto Ticino (Novara) (80), adornado con pájaros, grifos, serpientes, y tendremos que reflexionar.

La figura central es la de un ser alado con rostro humano.

(79) Mari era una antigua ciudad del Eufrates, cuyas ruinas se hallan en las cercanías de Abu Kemal, en la frontera de Siria e Irak. Según la lista de los reyes sumerios, fue «la décima ciudad en ejercer los poderes regios tras el diluvio».

(80) El lebrato es un recipiente usado para calentar o mantener caliente el agua, especialmente para las abluciones rituales.

Dios-hombre-pájaro. Sobre todo el pasado del tercer planeta solar domina esta imagen, todavía acercada a símbolos solares, espirales y representaciones animales en Mesopotamia (Lagash, «Losa del sacerdote Dudu», 3000 años antes de J.C. aproximadamente), traducida en colmillos, garras, plumas, apéndices que son al mismo tiempo colas, reptiles y llamas en los escudos del antiguo México



El "Guerrero de Tlaxcala". Su indumentaria nos hace pensar en un "mono". Las alas evocan símbolos espaciales difundidos en todo el mundo.

En este mitológico «Coyote» Taylor-Hansen ve la transposición de los «pájaros divinos» asiáticos. De Garuda, quizás, el volátil sagrado de Visnú los mongoles llevan la máscara.

Pero, ¿se trataba de un pájaro? El *Panchatantra* hindú, según Andrew Tomas, contiene el relato de los seis jóvenes que construyeron un dirigible llamado *Garuda* capaz de despe-

gar, aterrizar, viajar en cualquier dirección. Este dirigible disponía de un perfeccionado sistema de control, que permitía maniobrarlo con precisión y volar con toda tranquilidad.

Un animal que vive en la Tierra pero que puede volar. ¿Cómo revelan en imágenes un concepto semejante? Con figuras que lo resuman, dando la idea de la velocidad, de la fuerza, de la capacidad de levantarse del suelo. Volátiles y leones, toros y caballos funden sus atributos proverbiales hace milenios para componer los sellos de un pasado más remoto aún.

En un prendedor de oro del siglo V antes de J.C. procedente del mar Negro, los escitas oponen un caballo marino (símbolo, quizá, del diluvio, de las fuerzas desencadenadas del agua) a una forma equina rostral, alada. En Tirinto monstruos alados, bajo el símbolo solar, entre «árboles de la vida», rinden homenaje a una diosa que lleva a hombros un halcón protector.

Los etruscos injertan la cabeza de un «pájaro caprino» en el lomo de un león con la cola serpentiforme en la «Quimera» descubierta en Arezzo en 1553, restaurada por Benvenuto Cellini, y nos presentan guerreros en lucha con grifos bajo signos solares y espiraliformes en el Hipogeo de los Volumi.

Una chapa de oro manea, proveniente de Ziwiye, en el norte de Mesopotamia, nos ofrece, por último, un compendio asombroso: alas y más alas sobre cuerpos animales con cabezas rostrales humanas, equinas, faunescas, cerviformes, con colas de serpiente o de plumas, rodeadas a su vez por soles, espirales y «árboles de la vida».

¿Cuál es la matriz de este sorprendente despliegue de imágenes simbólicas? ¿La «esfinge de Monte Albán», esa alucinante figura hecha roca, aferrada a la roca, como en un desesperado intento de ascensión, igual que Waba, el «monstruo de piedra» de Nueva Guinea, «que está sobre la montaña y hace nacer el trueno, el rayo y la lluvia»?

EN TODAS PARTES HAY FUEGO

Ea, señor de la sapiencia y de la prudencia, decidió una vez, por juego, crear una criatura que tuviese el aspecto de un hombre y la sabiduría de los dioses —escribe Gaster, evocando una leyenda babilonia (81)—. Bajó, pues, a la Tierra, y en la ciudad sagrada de Eridu dio forma a un ser al cual dio el nombre de Adapa. Tan sabio era aquel ser, que nada, ni en el cielo ni en la tierra, podía escapar a su comprensión. Cuando abría la boca era como si hablasen los propios dioses y nadie podía contradecir sus palabras. No habían artes ni oficios en los cuales no fuese maestro. Sabía amasar pan como el panadero, pescar como el pescador y cazar como el cazador. Y era tan bueno como sabio.

Un día, saliendo en busca de pescado para Ea, chocó con el espíritu del huracán, que se le apareció en forma de pájaro, volcándole la embarcación. Lanzó una invectiva contra dicho pájaro, cuya ala se rompió.

Así cesó sobre la Tierra el viento que el pájaro provocaba. Dios ordenó que Adapa fuese llevado a su presencia. Siguiendo los consejos de Ea, Adapa se comportó humildemente, Dios le perdonó y le dijo: «Adapa, aunque ahora hayas de retornar a la Tierra, tendrás mi recompensa.»

Y le reveló todos los misterios del cielo y toda su gloria y su esplendor, concediéndole grandes privilegios, como la inmunidad de las enfermedades y de la angustia.

(81) Theodor H. Gaster, *Le più antiche storie del mondo*, Giulio Einaudi Ed., Turin, 1960.

No es difícil traducir en cienciaficción la historia babilonia. El administrador del globo «Alfa», perteneciente a la federación interplanetaria Delta, decide mandar a la Tierra, al frente de una misión colonizadora, al comandante Adapa. La operación tiene éxito, el enviado de Alfa logra impartir a los indígenas las nociones indispensables para su ascensión. He aquí, sin embargo, que otro vehículo cósmico viola el cielo del tercer planeta solar. Adapa le «destroza el ala», es decir, lo derriba, sin saber que se trata de una astronave de la federación. El encuentro provoca un estancamiento en la evolución de los hombres, lo cual no sienta nada bien al jefe de la coalición estelar. Este llama a capítulo al responsable y, al darse cuenta de su buena fe así como de su vehemencia, no lo condena, pero lo destina a otro cargo. No volverá a guiar expediciones espaciales, se dedicará exclusivamente a favorecer el progreso de los terrícolas.

¿Una interpretación muy libre? Seguro. Pero que podría ser apoyada por numerosísimas tradiciones análogas a la babilónica. En la India encontramos a Indra, dios de la tempestad, que destruye a la serpiente Vritra «por medio del rayo, entre los truenos que representan el rugido del dios, a la luz de los relámpagos que sacuden las montañas». En Birmania encontramos a Puluga, el ser supremo que «tiene el trueno por voz y el viento por aliento» y que baja a la Tierra a traer la prosperidad. En Nigeria, M'chimba-M'chamba «enciende y agita el mundo», para inducir luego a los hombres a hacer fértil el suelo. Entre los aztecas la diosa del maíz (y por tanto de la nutrición, de la vida) es denominada «Siete serpientes» y, bajo los clásicos signos solares, empuña el rayo. Y para los antiguos lituanos la divinidad suprema es Perkunas, «verdadero ser celeste, concebido con el aspecto meteórico, o sea, como provocador del trueno y del rayo. A él le son dados los epítetos propios del Ser Supremo: padre (*teras*), antepasado (*duojotas*). El fuego es el elemento que lo representa de un modo particu-

lar... está configurado como un hombre maduro con llamas sobre la cabeza...» (82).

También el mexicano Quetzalcóatl, en la reproducción del *Códice Florentino*, tiene «llamas sobre la cabeza», y de un modo similar es a veces representado el dios del fuego indio Agni, cuyas manifestaciones se producen tanto en el cielo (con el Sol y el rayo), como en la Tierra. Turchi sigue diciendo que está en todas partes, en el corazón de la piedra, en las entrañas del globo, en el interior de nuestro cuerpo y afirma que es el amigo de los hombres porque ahuyenta a los espíritus malignos que anidan en las tinieblas y los consume en su ardor y otorga a los hombres todos los favores del hogar doméstico por un pacto antiquísimo establecido con los antepasados...



Al lado del famoso "Espacial de Valcamonica", he aquí otra rarísima figura chorreando lluvia sobre el "árbol de la vida".

Los lectores recordarán seguramente al «astronauta de Palenque», el sorprendente personaje representado en una piedra sepulcral mexicana. Entre otras cosas, G. Tarade y A. Millou escribieron que llevaba un casco y miraba en dirección de la proa de la nave, que sus manos estaban ocupadas y parecían

(82) Nicola Turchi, *Storia delle religioni*, Sansoni, Florencia, 1963.

maniobrar palancas, que la cabeza se apoyaba en un soporte y un inhalador le penetraba en la nariz. El pájaro de la proa era un papagayo, que para los mayas simbolizaba al dios Sol. También en la proa había tres «receptores» que acumulaban la energía y otros se descubrían en series de a tres, en torno al vehículo. El motor estaba subdividido en cuatro partes; el sistema de propulsión se encontraba detrás del piloto y en la parte posterior era claramente visible un chorro de llamas (83).

Se puede ser todo lo escéptico que se quiera, pero es imposible encontrar una interpretación que no sea la de «espacial». En la época de su descubrimiento un investigador afirmó, perentorio, que se trataba de la reproducción del dios de la lluvia. El aserto es perfectamente gratuito, ya que la ciencia oficial no está en condiciones, hasta la fecha, de identificar esta figura. Ello se basa, de todos modos, en una consideración sencillísima: las divinidades a las cuales se ha atribuido el poder de desencadenar truenos y rayos deben, por consiguiente, controlar también las precipitaciones meteorológicas.

Ocurre en Birmania, donde el dios del trueno es, para los andamaneses, también el de la lluvia, ocurre entre los dencas del África central, entre los nubes establecidos al oeste del Nilo Blanco, entre los hotentotes.

Y ocurría en la India con Parjanya, dios de la tempestad y de la lluvia, en Ugarit, con Baal, cuyo nombre específico es Haddad, «el señor del trueno, del rayo, de las aguas celestes, el que cabalga las nubes».

¿Queremos buscar en estas y en otras divinidades con los mismos atributos características «espaciales»? Encontraremos muchas: el azteca Chalchiuhtlicue mezcla al curioso casco los «flequillos solares» y las protuberancias laterales de muchas máscaras propias del esquimal; junto al célebre «danzante» con el presunto casco astronáutico (¡y también aquí

(83) *No es terrestre*, cit.

advertimos puntas radiales!) vemos, en Valcamonica, otra extrañísima figura chorreando lluvia sobre «el árbol de la vida».

Gotas de agua circundan, profusamente, la cabeza cornuda de la llamada «dama blanca de Auanrhet», parecida a los «marcianos del Tassili», otras «gotas» parecen componer la que se define como «figura mítica de carácter pluvial» procedente de la Australia nortoccidental y conservada en el «Stä-tisches Völkermuseum» de Frankfurt. Si alguien, valiéndose de medios primitivos, hubiese podido reproducir la silueta de un astronauta, no habría podido realizar una obra más sugestiva, desde las «fajas» (pectoral y abdominal) al yelmo transparente, a algo que parecía una antena simbolizada tal vez con una pluma.

ESQUELETOS RADIATIVOS

Con la diestra el «cosmonauta australiano» parece empuñar un instrumento del cual, desgraciadamente, no nos es dado reconstruir la forma ni siquiera por aproximación. ¿Un arma? Nos vemos tentados a remitirnos al mito cananeo del que nos habla Theodor Gaster:

Al principio de los tiempos, cuando a cada uno de los dioses le fue asignado su parte de dominio, la Tierra todavía no tenía un dueño. Dos dioses se disputaban el honor de esta posesión: uno era Baal, señor del aire y de la lluvia, el otro era Yam, el

dragón que reinaba sobre las aguas. El reino es confiado a Yam, pero Baal lo desafía. Astarté lo ayuda, haciéndole construir dos «garrotes mágicos» con los cuales Baal vence al dragón.

Comentando la leyenda, Gaster precisa:

Este episodio se repite en un mito egipcio que describe la lucha entre Horus y Set. Nos dice, en efecto, que Horus iba provisto de un arma espacial hecha por Ptah, el artífice de los dioses. Del mismo modo en el mito védico, cuando Indra ataca al dragón Vritra, va provisto de un «dardo silbante» que le ha preparado expresamente el artífice Tvashtri. Los estudiosos de mitología concuerdan por lo general en admitir que estas armas representan el rayo. Además (...) en el texto original se dice que los garrotes «se disparan» de las manos de Baal...

Recordemos cómo los primitivos amigos de John Clark asociaban el zumbido y las llamas del «jet» con el fuego de la metralleta y de la pistola, y las palabras de Gaster cobrarán un nuevo significado.

Todo cuanto dice de Baal, por lo demás, halla eco en todo el mundo. En Tibet los *dorje* (rayos) representan un arma usada simbólicamente por los sacerdotes contra los demonios.

Sobre los presuntos vínculos celestes antediluvianos existe una rica documentación del investigador soviético A. Goborski (84), el cual, ocupándose precisamente del Tibet, nos dice cómo un texto de este país contiene la descripción de «un enorme carro volador fabricado con un metal negro a base de hierro, no arrastrado por elefantes o por caballos, sino por máquinas grandes como estos animales».

De «animales voladores cubiertos de una coraza de hierro, que no tenían ni huesos ni esqueleto y que no reclamaban co-

(84) *Vie nuove*, 29 de junio de 1962.

mida» abundan las tradiciones célticas, mientras que en la India antigua se describía así un vehículo aéreo:

Dentro del aparato se halla un dispositivo donde se calienta mercurio en una caldera. El calentamiento se obtiene gracias a un fuego especial dirigido (¿un láser?). Los cuatro recipientes de mercurio permiten producir un torbellino de fuerza. El carro sube entonces al cielo con el fragor de un trueno. Quenes siguen su curso en el cielo tienen la impresión de observar una perla gigante.

Sigue hablando Goborski. Y en su libro *Enigmas de la antigüedad* anota que «un esqueleto humano descubierto en la India mostró una radiactividad cincuenta veces superior a la normal». (No es el único, que sepamos.) Por su parte, aludiendo a las ruinas carbonizadas de Borsippa, a menudo identificadas con las de la torre de Babel, E. Zehren se pregunta, en su obra *Die biblischen Hügel*, qué energía pudo haber fundido los ladrillos de los ziggurat y responde: «Nada, salvo el estallido monstruoso de una bomba atómica.»

Sir Frederic Soddy, premio Nobel 1921 por sus importantísimos estudios sobre los isótopos, escribirá ya en 1909, a propósito de las tradiciones que nos han llegado de la Prehistoria:

No hay nada que pueda impedirnos creer que algunas razas hoy desaparecidas hubieran alcanzado, no sólo nuestros conocimientos, sino también poderes que no poseemos todavía (...). Las tradiciones científicas de la antigüedad podrían ser el eco de épocas prehistóricas, de edades en las cuales los hombres avanzaban ya por nuestro mismo camino.

Página de al lado: ¿Astronautas en Australia? Esta "figura de carácter pluvial" parece confirmar una hipótesis de cienciaficción.



IX

CONSTRUCTORES DE ETERNIDAD

Los el astrónomo, observando desde la Tierra, el movimiento de algunos peces del océano profundo, comparados con peces de las aguas superficiales que se le muestran.

—¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—No podía hacer otra cosa, pero he visto que y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

—¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas? ¿Y así ha observado el movimiento de algunos peces de las aguas profundas?

Lug el astronauta, superviviente de la Tierra, convocado de urgencia por el Consejo Interplanetario, escuchaba con paciencia las acusaciones que se le hacían.

—Usted ha abusado de nuestra ciencia, acelerando así de una manera innatural la evolución de los habitantes del globo que ha explorado.

—No podía hacer otra cosa. Nos hacía falta metal y tuve que enseñar a los indígenas a extraerlo y a plasmarlo para nuestras necesidades. Nos hacía falta madera y tuve que proporcionarles herramientas para cortarla y trabajarla. Nos hacía falta...

—Usted —le interrumpió el inquisidor— ha dejado a los indígenas nuestros conocimientos.

—¿Y qué podía hacer? ¿Borrarlos de su memoria después de haberles hecho trabajar para nosotros? Con seguridad no pueden valerse de ellos para desencadenar una guerra.

—Usted —prosigue el otro— está considerado como una especie de mago por esos indígenas.

—Si usted fuese un primitivo, tuviese fiebre y yo se la hiciera desaparecer con una píldora, también me consideraría un mago.

—En fin, sea como sea, ¿se da usted cuenta de haber transgredido las órdenes del Consejo?

—Sí, señor —contesta Lug el astronauta empezando a perder la paciencia—. Lo he hecho por necesidad, porque lo creía justo y oportuno, y no tengo ninguna intención de disculparme. La próxima vez, vaya usted a la Tierra, y ya veremos si consigue arreglárselas haciendo equilibrios en la cuerda floja.

—¡Comandante! —salta el inquisidor.

Pero en seguida reflexiona, vuelve a sentarse y farfulla:

—¡Oh, al diablo! No hay quien pueda con ése... Siempre se sale con la suya.

Luego en voz alta, de mala gana, anuncia:

—Se levanta la sesión. El juicio queda sobreesido.

LAS LÁMPARAS PERENNES

He aquí otro cuentecito de cienciaficción que podría transponer en clave espacial una leyenda, mejor dicho, un conjunto de leyendas.

Porque en las sagas irlandesas «Lug es el ingeniero, el constructor, el mago..., es médico y alquimista, es el obrero universal y, a este título, tiene personalidades diferentes. Es demiurgo. Es hijo de Chan o Gian, "El Resplandeciente". Es hijo de Lir o Leir..., es hijo de Diancecht y, como tal, es carpintero, herrero, atleta, arpista, guerrero, poeta, mago, médico, copero, broncista y jugador de ajedrez. Será el padre espiritual de Cu-



Horus, el «dios halcón» egipcio, en una representación de Yera-cópolis (Imperio Antiguo).



Bajorrelieve mesopotámico del siglo IX a. de J.C. Un genio alado con cabeza de águila riega al «árbol de la vida».



Zeus Lykaeos con el águila y los signos astrales.



Incisiones que representan hachas en forma de cabeza de pájaro halladas a 2.650 metros de altura en la cordillera del Atlas (Marruecos del Sur) por el explorador Willy Fassio.



Dibujos que representan «hachas picudas», extraordinariamente parecidas a las marroques, descubiertos en el Valle de las Maravillas (Alpes Marítimos).



Esta «lechuza» céltica hallada en Bra, Jutlandia oriental, recuerda muy de cerca ciertos siniestros monumentos de la América precolombina.



Dos estupendas hebillas visigóticas representando pájaros con signos astrales sobre el pecho.





Visnú cabalga el sagrado volátil Garuda. Es una talla de madera de Bali, comparable a numerosas obras maestras del arte sacro indio.



Un presunto sacerdote de Teotihuacán. Su atuendo abunda en símbolos cósmicos.



El «guerrero de Teotihuacán» con su extraño casco provisto de oculares, una especie de «mono» y calzado insólito. Empuña armas sobre cuya naturaleza los estudiosos no están de acuerdo en absoluto.

En el centro de la «cruz universal» mexicana, rica de una impresionante simbología, está el dios del fuego, con unas armas desconocidas y unos rayos lanzados en todas direcciones.





El «paraíso de Tlaloc». Hom-
bres que parecen lanzarse al
espacio con lenguas de fue-
go que podrían hacer pensar
en chorros de propulsión.



En esta estela de Ur la
escala representa la as-
censión al cielo, donde el
«rey» rinde homenaje a
los astros.



La sacerdotisa alada
de Nimrud, con los
«cuernos» lunares y el
disco solar.



El guerrero sudamericano dibujado por el hijo de
Fawcett. Son evidentes los símbolos del Sol y de
la serpiente; su cabeza está encerrada en una es-
tructura circular.

La bellísima Isis alada
de la tumba de Sethi I.





Los genios alados del sepulcro de los Volturni (Perusa).



La «Victoria» de Valleja (Placencia).



Este personaje inmortalizado en la obra de M. de M.



Las «coronas aladas» etruscas, acompañadas de espirales, volutas serpentiniformes y signos solares.



El espléndido halcón Horus de Biblos.

Una jofaina etrusca encontrada en la provincia de Novara tiene en el centro una figura alada circundada por pájaros, grifos y serpientes.



Una losa mesopotámica del 3000 a. de J.C. aproximadamente, con alas, espirales, símbolos solares y leones, reproduce, en diferente estilo, antiquísimas representaciones americanas.



El «pájaro-coyote» mexicano. ¿Se trata quizá de la transposición de análogas figuras mitológicas asiáticas?



Un broche de oro escita opone un caballo de mar (¿símbolo del diluvio?) a una figura equina con rostro y alas.

Tirinto. Monstruos alados, bajo el símbolo solar, rinden homenaje a una diosa que tiene a su espalda un halcón protector.



En la «quimera etrusca», restaurada por Benvenuto Cellini, «un pájaro caprino» está inserto en el lomo de un león con la cola serpentiforme.

Las enigmáticas figuras aladas de Ziwiye, al norte de Mesopotamia.



Guerreros en lucha con grifos en el Hipogeo de los Volumni.



La «esfinge de Monte Albán», una alucinante figura hecha roca.



El rayo es el arma de la diosa azteca del maíz (y por consiguiente de la nutrición, de la vida), coronada de símbolos astrales.



Chalchiuhtlicue, una divinidad del antiguo México que aúna al extraño cubrecabezas los «flequillos solares».





La «Dama blanca del Tassili», con muchas gotas alrededor de la cabeza cornuda.



Esta caja con compartimientos, extraordinariamente similar a las de nuestros días, ha sido hallada en una tumba del antiguo Egipto y se remonta a más de 3.000 a. de J.C.



El perfecto bigote del príncipe egipcio Rahotep encuentra, por fin, una explicación en el reciente hallazgo de navajas barberas en el Nilo.



Un mueble plegable. Se trata de una silla danesa de hace 3.000 años.





Los antiguos mexicanos, según la ciencia tradicional, no habrían conocido la rueda. Pero las esculturas de Veracruz, de Campeche y de Tabasco nos han dejado estos juguetes con unas características que no tienen nada de primitivas.



Carros y ruedas en las pinturas saharianas. Esta es la llamada «biga de Tin-Abu-Teka».



chulafn (85) (...) En Escandinavia es Loki, una especie de demonio entre los dioses (...) y se convierte en "el Astuto", "el Ingenioso", aquel que engaña a las otras divinidades» (86).

Aunque la versión utópica venga como anillo al dedo, no queremos por cierto tomarla como una verdad irrecusable. Sencillamente pretende hacernos reflexionar sobre algunos hechos inexplicables a la luz de nuestros actuales conocimientos.

Encontramos en la Sactaya Grantham, que forma parte de los Veda indios, instrucciones para la vacunación, como también descripciones de sus consecuencias —escribe Andrew Tomas—. ¿De qué modo los brahmanes llegaron a semejante descubrimiento 2500 años antes de Jenner? (87).

Y añade algo bastante más sensacional:

¿Conocían los antiguos chinos los rayos X? La pregunta podría parecer del todo absurda, y, sin embargo, se cuenta que el emperador Tsing Shi (259-210 antes de J.C.) tenía «un espejo que iluminaba los huesos del cuerpo». Este «espejo» se mostraba en el palacio de Hien-Yang, en el Shensi, en el 206 antes de J.C. y los escritores de aquel tiempo lo describían así:

«Era un espejo rectangular, de 1,22 por 1,76 m brillante tanto en la parte anterior como en la posterior. Cuando una persona se ponía en pie delante de él para verse reflejado, la imagen parecía al revés. Cuando alguien se ponía las manos sobre el corazón, todos sus órganos interiores, como el intestino, se tornaban visibles. Cuando una persona tenía una enfer-

(85) V. No es terrestre.

(86) Los gigantes y el misterio de los orígenes, cit.

(87) Los secretos de la Atlántida, cit.

medad oculta, podía localizarla mirándose en aquel espejo y poniéndose la mano sobre el corazón» (88).

Parece también que 250 años antes del reinado de Tsín Shi un sabio hindú llamado Jivaka poseía «una joya maravillosa» que permitía «mirar en el interior del cuerpo», como los rayos X. El objeto, según un documento histórico, «iluminaba el cuerpo como una lámpara alumbraba a todos los objetos de una casa, revelando así la naturaleza de las enfermedades».

Inventiones bastante más modestas, pero para nosotros sorprendentes se nos presentan desde las páginas «menores» de la arqueología. En la «tumba de Ballana», en el Nilo nubio, ha sido descubierta, por ejemplo, una mesa plegable racionalísima, que también encontramos en Pompeya. ¿Vamos a compararlas, por una excursión en el pasado, con una silla igualmente plegable? Tendremos que hacer un poco de camino, pero la hallaremos en Dinamarca, creada hace casi tres mil años. Una curiosísima cajita de compartimientos, del tipo de esas donde hoy guardamos los cubiertos, ha sido hallada en una tumba del antiguo Egipto, y se remonta a 3000 años antes de J.C. aproximadamente. Y ahora sabemos, finalmente, cómo se consiguió el perfecto corte del bigote del príncipe Rahotep (2500 años antes de J.C. aproximadamente):

Durante una campaña de excavaciones en la región de Saqqara —leemos en un diario— el egiptólogo inglés Walter Emery y el arqueólogo egipcio Ali el Joli han encontrado doce navajas barberas oxidadas, viejas de 2500 años. Emery y El Joli quieren quitar ahora el orin para poder leer los jeroglíficos de las hojas (89).

(88) B. Laufer, *Prehistory of Aviation*, Field Museum of Natural History, Chicago, 1928.

(89) *Corriere del giorno*, 15 de febrero de 1970.

No hemos llegado todavía a las rasuradoras eléctricas, pero no hay que desesperar, dado el descubrimiento, por obra del ingeniero alemán Wilhelm König, de las famosas «pilas de Bagdad» (90).

La electricidad no debía de ser, de todos modos, prerrogativa del mundo mediterráneo. Un antiguo manuscrito hindú, el *Agastya Samhita*, conservado en la «Biblioteca de los príncipes» de Ujjain, parece contener pormenorizadas instrucciones para la construcción de una batería de elementos secos:

Un plato de cobre bien pulido deberá ser colocado en un recipiente de barro. Será cubierto primero con sulfato de cobre y luego con serrín de madera húmedo. Se pondrá después sobre el serrín un plato de cinc amalgamado con mercurio, a fin de prevenir la polarización. El contacto producirá una energía líquida conocida con el doble nombre de Mitra-Varuna. El agua es separada por esta corriente en pranavayu y udanavayu. Se afirma que la unión de un centenar de estos recipientes produce un efecto muy fuerte (91).

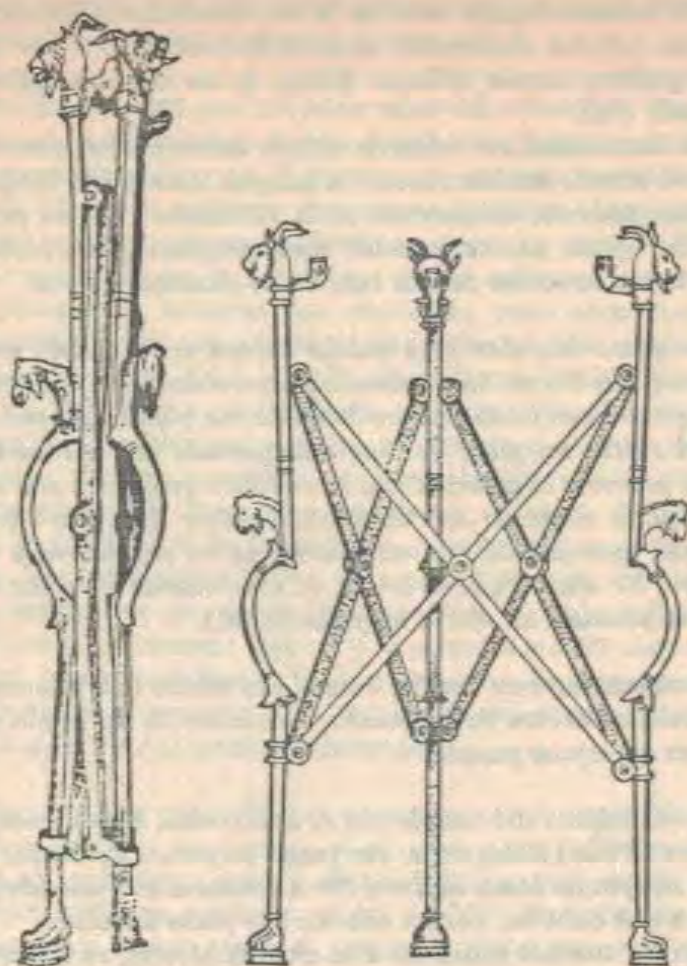
Comentando este pasaje, Tomas nos ofrece una interesante panorámica acerca del supuesto conocimiento de la electricidad en un lejano pasado.

En la cúpula del templo por él construido, Numa Pompilio (según Ovidio) hacía arder un fuego perpetuo. Pausanias vio, en el templo de Minerva, en el 170 de nuestra era, una lámpara de oro que daba luz por un año sin que fuese llenada.

En las tumbas próximas a la antigua Menfis, en Egipto, se han descubierto en estancias tapiadas lámparas que ardían perpetuamente; expuestas al aire, la llama se extinguía. Es sa-

(90) *Tierra sin tiempo*, cit.

(91) C. N. Mehta, *The Fight of Hanuman to Lanka*, Narayan Niketan, Bombay, 1940.



La mesa plegable de bronce de Ballana (Nilo nubio). Cuando estaba abierta (a la derecha), los soportes sostenían una tabla de madera.

bido que lámparas del mismo tipo existían en los templos brahmanes de la India.

La estatua de Mamón (Memnón) en Egipto, se ponía a «hablar» cuando los rayos del sol levante tocaban su boca. Según Juvenal, el sonido provenía de la parte inferior de la cara, pues Mamón hacía resonar sus cuerdas mágicas. Los incas, por su parte, tenían un idolo parlante en el Valle de Rimac. Hubiera sido imposible construir monumentos semejantes sin el conocimiento de la física.

Estamos inducidos a creer que las chispas desprendidas de los ojos de divinidades egipcias, en particular de los de Isis, fueran producidas por la electricidad. ¿Acaso no han sido hallados en Egipto aparatos que podrían apoyar esta hipótesis?

El griego Luciano (120-180 antes de J.C.) nos ha dejado la descripción de las maravillas admiradas por él en el curso de un viaje a Hierápolis, en la Siria septentrional. Allí le mostraron una alhaja engarzada en una cabeza de oro de Hera de la cual «emanaba una gran luz», tanto que «el templo resplandecía como si hubiese estado iluminado por una miriada de cirios». Otro prodigio: los ojos de la divinidad os seguían a todas partes donde fueseis. Luciano no ha facilitado la explicación de este fenómeno. Los sacerdotes se negaron a revelarle el secreto.

Pasando a otras curiosas manifestaciones, el investigador prosigue:

Las pinturas, de ricos colores, que cubren las paredes y los techos de las tumbas egipcias, diríanse ejecutadas a plena luz. Pero la luz del día no penetró nunca en aquellas estancias. No se encuentran en ellas rastros de antorchas o de lámparas de aceite, ¿Se empleó acaso luz eléctrica? (92).

Los misterios del templo de Hadad o de Júpiter en Baalbek están ligados a piedras luminosas. La existencia de tales «piedras» que proporcionaban, en la antigüedad, la luz a las horas nocturnas no puede ser puesta en duda por haber sido descrita por numerosos autores clásicos.

Plutarco escribía, en el siglo I de nuestra era, haber visto una «lámpara perpetua» en el templo de Júpiter-Amón. Los sacerdotes le aseguraron que ardía continuamente hacía muchos años y que ni el viento ni el agua podían apagarla.

En 1401 se descubrió la piedra funeraria de Palas, hijo de Evandro. Sobre la cabeza del difunto había una lámpara de fuego perpetuo (...). San Agustín describe una lámpara análoga vista por él en un templo de Venus, y el historiador bizantino Cedrinus afirma haber admirado otra de ellas que llevaba cinco siglos ardiendo en Edesa.

El Padre Régis-Evariste Huc (1813-1860) asevera haber examinado en el Tibet una lámpara inextinguible, y relatos semejantes nos vienen también de América. En 1601, describiendo la ciudad de Gran Moxo, en Mato Grosso, Barco Centenera habla en estos términos de una misteriosa isla: «Su belleza superaba la razón humana. La Casa del Señor estaba construida con piedras blancas hasta el techo. A la entrada tenía dos altísimas torres, separadas por una escalinata. A la derecha, dos jaguares vivos estaban atados a una columna con argollas de oro. En la cima de dicha columna, a una altura de 7,75 m, había una gran luna que iluminaba todo el lago con fulgor, ahuyentando la oscuridad y las sombras de día y de noche.»

El coronel Fawcett oyó decir a los indígenas del Mato Grosso que frías luces misteriosas habían sido observadas en la ciudad perdida en la selva y escribiendo al autor británico Lewis Spence, el famoso explorador anota: «Estas gentes tienen una especie de iluminación que nos parece extraña y que probablemente forma parte de una civilización desaparecida.»

Los madans, indios blancos de la América septentrional, recuerdan una época en la cual sus antepasados vivían allende el océano, en «casas de luces inextinguibles». ¿Era quizá la Atlántida? ¿Podían haber heredado los antiguos tan curiosas lámparas de los atlántidas?

Hasta hace algunos años los habitantes de las islas de Torres Strait se decían poseedores de los buia, o sea, de piedras redondas que proyectaban una luz penetrante (...) de la que brotaba una luminosidad azul verdosa que no dejaba de asombrar a los blancos (93).

Comerciantes de Nueva Guinea descubrieron, no hace mucho, un valle en la selva, próximo al monte Wilhelmina, poblado por amazonas. Con gran sorpresa vieron unas grandes piedras redondas, con un diámetro de tres metros y medio, puestas sobre columnas, que irradiaban una luz semejante a la del neón. C. S. Downey, delegado en la conferencia sobre alumbrado y tráfico, celebrado en Pretoria en 1963, se quedó tan impresionado que declaró: «Esas mujeres, aisladas del resto de la Humanidad, han desarrollado probablemente un nuevo sistema de iluminación que iguala, sino supera, los del siglo XX.»

Es improbable que esas habitantes de la selva hayan descubierto un sistema semejante. Puede ser que hayan heredado las esferas incandescentes de una civilización desconocida por la Historia.

Es extraño el hecho de que una isla, poblada por mujeres guerreras de la antigüedad, fuese llamada por los romanos (de un vocablo céltico) con el correspondiente a nuestro vocablo «Brasil», que designaba, inicialmente, el color rojizo del carbón en combustión.

(93) I. Idriess, *Drums of Mer*, Anglo & Robertson, Sydney, 1962.

CIUDADES DE OTRO MUNDO

Algunos extraños indicios podrían hacer pensar que los aztecas conocían la electricidad (94). Los elementos que poseemos no son suficientes para afrontar en términos científicos el problema. Nos parece, sin embargo, interesante referir una noticia de Ciudad de México, tal vez escapada a muchos, según la cual, el ingeniero David Esparza Midalgo ha inventado una máquina calculadora basada en sistemas aztecas y mayas. Lo revela el diario *Novedades*. El aparato está en condiciones de ejecutar todas las operaciones aritméticas, incluidas las extracciones de raíces cúbicas, más rápidamente que las máquinas modernas» (95).

Pueblos llegados a tales realizaciones no hubieran debido ignorar seguramente la rueda. Sin embargo, es convicción extendida, aceptada por la ciencia oficial, que era desconocida en el «nuevo mundo». ¿Cómo compaginamos esto, entonces, con los juguetes de ruedecitas mexicanos pertenecientes a las culturas de Veracruz, Campeche y Tabasco?

Roberto Calcagno nos proporciona una exhaustiva documentación sobre ello. En sus fotos vemos jaguares, perros, animales identificables tan sólo aproximadamente, que nos hacen recordar, con sus expresiones a veces cómicas, ingeniosos juguetes modernos. Tomas observa que el test al carbono asigna a estos objetos una edad de 1200-2000 años. La cuestión sigue en pie. ¿Por qué los mayas no se sirvieron de vehículos, a pesar

(94) *Smena*, Moscú, Col. 1 60-70.

(95) *L'Unità*, 7 de mayo de 1971.

de que sus niños tenían juguetes con ruedas? ¿Acaso nuestros pequeños no juegan con diminutos automóviles porque ven a los adultos servirse de grandes coches?

Podremos responder con Gordon F. Ekholm que el hecho de que la rueda no fuese empleada en América puede ir ligada también con el escaso uso que se hacía de ella en Asia. Los paleoindios, además, tenían otro medio de transporte, el *travois*, consistente en dos varas sujetas a los costados de los animales, con las extremidades que se arrastraban por tierra, medio que más tarde fue utilizado por pieles rojas y colonos americanos (96).

La rueda, en suma, era no tan sólo superflua, sino inadecuada a las zonas que recorrer. ¿Acaso no ha desaparecido por esto en el Sáhara, con la sequía del terreno, siendo así que las antiquísimas pinturas, de lo que ahora es un desolado desierto, nos la presentan adaptada a vehículos tirados por troncos?

Sorprendentemente parecida a las representaciones africanas es la incisión en una cámara sepulcral de Kivik, en la Suecia meridional, que podremos ver traducida en estatuita hacia el 1400-1200 antes de J.C. en Trundholm, Dinamarca. Y las representaciones de carros que nos impresionan tanto en una roca de los Buitres, en Peñalsordo (Badajoz, España) como en una vasija procedente de Sopron (Hungría) hacen pensar tanto en el Sáhara como en el África y el Asia central.

No queremos ver carriles de «autobuses prehistóricos» en las misteriosas «rodadas» de Malta, de algunos centros americanos y de los alrededores de Mohenjo-Daro. Hemos de observar, sin embargo, que este último centro muestra, con sus ruinas, caracteres como para dejarnos pasmados, por las casas de dos o tres plantas provistas de instalación de agua corriente y de servicios higiénicos muy eficientes, por el sistema de ca-

(96) Ivar Lissner, *Aber Gott war da*, Walter-Verlag, Olten, 1960.



Bastante parecida a la africana es la incisión descubierta en la losa de una cámara sepulcral de Kivik, en la Suecia meridional.

nalización que ha hecho decir a los expertos británicos: «¡Hoy no podríamos hacerlo mejor!» (97).

Tampoco podríamos, añadimos nosotros, edificar con tanta facilidad complejos semejantes a los que caracterizaban muchas regiones del mundo antiguo, como las inmensas escalinatas de «Piedras Negras» de Guatemala, los palacios de Sa-



Un "carro de procesión" representado en una vasija hallada en Sopron, Hungría.

(97) *Tierra sin tiempo*, cit.

yil (Campeche), que parecen reflejar, a veces en el complejo, a veces en los detalles, las obras maestras de la construcción mediterránea.

Las ruinas permiten una reconstrucción mexicana de Tollán que asombra por su carácter, el cual parece sugerirnos sueños extraterrestres.

Espléndidos edificios de paralelepípedos perfectamente ajustados, superpuestos, surgían alrededor de un área muy vasta, uno de cuyos lados estaba ocupado enteramente por una explanada cubierta, de dimensiones que nos hacen quedar atónitos. Y sobre todo ello dominaba el signo imponente de la pirámide escalonada.

Es un signo que hallamos en todas partes (98), desde la que debió ser igualmente impresionante Saqqara a los templos caldeos y a muchos más cuya relación nos parece superfluo repetir.

Volveremos a citar, por sus enigmáticas concordancias, sólo algunas de tales construcciones, empezando por el llamado «Castillo» de Chichén Itzá (Yucatán), que una antiquísima tra-



Figuras rupestres calcolíticas que representan vehículos con ruedas de Los Buitres, Peñalsordo (Badajoz).

(98) *Tierra sin tiempo*, cit.

dición pretende erigido sobre una «máquina», de forma, igual capaz de «viajar sobre grandes distancias y durante muchísimo tiempo». Otra leyenda nos dice que bajo la Pirámide de la Luna de la bella y siniestra Teotihuacán duerme, en un féretro de cristal, una «princesa rubia» venida precisamente de nuestro satélite natural.

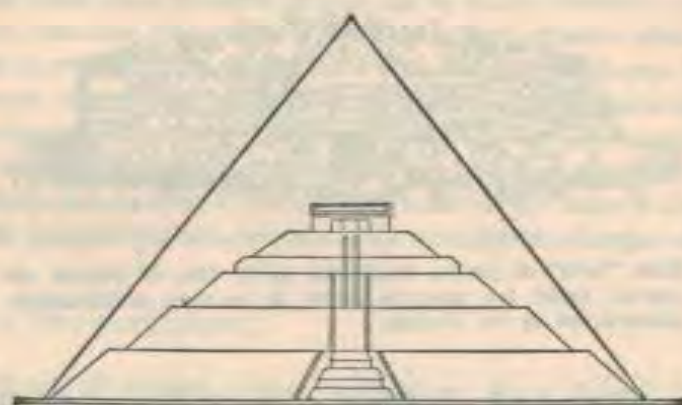
También en Teotihuacán se alza, con la lunar, la pirámide dedicada al Sol, cuyas características no pueden hacer más que alimentar la idea de estrechas relaciones entre las civilizaciones americanas y la egipcia. La base del monumento mexicano tiene las mismas medidas que la de la pirámide de Keops (225×220 metros y su altura, 73 metros, corresponde a la mitad de esta última).

Por muchas tonterías que nos hayan venido de la llamada «piramidología», es innegable el hecho de que estas construcciones guardan secretos que todavía estamos muy lejos de poder comprender.

Consideremos otra vez la conocida con el nombre de Keops. La «cámara del rey» coincide con el círculo que inscribe los vértices del triángulo, y la altura de la pirámide corresponde al radio de un círculo cuya circunferencia sería igual al perímetro de la base.

Lobachevski, el gran matemático ruso —recuerda Tomas—, nos ha demostrado la universalidad de la geometría del espacio. Esta ciencia había sido importada ya en el antiguo Egipto. Pero, ¿de dónde y por quién? Muchos misterios podrían ser aclarados si admitiésemos que los «hijos del Sol» eran portadores de una civilización venida del cosmos. La universalidad científica de la geometría nos demuestra que la vida hizo su aparición en otros planetas antes que en el nuestro, pero que ha seguido la misma evolución en el terreno del conocimiento.

Podría quizá parecer arbitrario descubrir el concepto fundamental de la pirámide en construcciones que sin duda sólo nos lo recuerdan de modo vago. Numerosos científicos, sin embargo, en primer lugar los soviéticos, no omiten determinadas afinidades, advierten en ciertas delineaciones de edificios de la isla de Pascua toscas bases de pirámides (y aquí nos referimos a los «nuraghi» pascuanos de forma lenticular, que recuerdan extrañamente algunos hallazgos franceses y piamonteses, como el de Val Gravió, en minaretes de espiral el recuerdo de los zigurat mesopotámicos, estrechamente «emparentados» con los monumentos escalonados egipcios y americanos.



Una sorprendente comparación: la de la «Pirámide del Sol» mexicana y la Pirámide de Keops egipcia (triángulo exterior).

Todavía hoy, los indios huicol del «nuevo continente» fabrican pequeñas pirámides escalonadas de madera, que llaman «escaleras del Sol». Y algunas de ellas tienen una extraordi-

naria semejanza con los primitivos «canopes» (99) etruscos, rematados con una esfera que simboliza una cabeza.

Volviendo a las pirámides auténticas, sigamos leyendo a Tomas:

Cuando el arte preincaico fue descubierto en Ollantay-Tambo y en Sacsahuamán (Perú), el peso de ciertas piedras se evaluó en más de cien toneladas. A pesar de su masa enorme, los bloques habían sido colocados con una exactitud tal que apenas podían distinguirse las juntas a simple vista. Si se excluye Egipto, estos monumentos no tienen igual en ningún otro país.



Esta "casa" de forma lenticular de la isla de Pascua recuerda tanto los nuraghi como la extraña construcción piemontesa de Val Gravia.

La gran pirámide de Keops es una de las construcciones más precisas del mundo entero. Los que la realizaron habían de poseer, en cuanto a geometría y arquitectura, unos conocimientos superiores, tanto que se ha dicho: «El tiempo se burla de todo, pero las pirámides se burlan del tiempo.»

Los bloques pulidos de 15 toneladas puestos en la base de este monumento están adaptados uno a otro con la precisión

(99) Vasos funerarios.

de una centésima de pulgada. Difícilmente se pueda meter entre ellos una hoja de papel. Pues bien, esta precisión «no debería» haber sido lograda por ningún pueblo antes del advenimiento de la tecnología moderna.

Si aceptamos la fecha establecida por los egiptólogos para la construcción de la Gran Pirámide, este edificio, considerado hasta una época cercana a la nuestra el más alto del mundo, fue erigido cuando no existían ni la grúa ni la rueda. Solamente hace cien años los egipcios se servían aún de arcilla y paja. ¿Hemos de admitir, pues, que en el transcurso de un siglo realizaron progresos tan extraordinarios como para no necesitar más de veinte años para edificar una mole parecida? (...)

Los bloques de Baalbek, en el Líbano, son de cincuenta a cien veces más pesados que los de la Gran Pirámide; ni siquiera nuestras grúas más grandes podrían alzarlos desde el pie de la colina hasta la altura en que está la plataforma (...). François Lenormand, en su libro Magia caldea, cita una leyenda concerniente a los sacerdotes de On, capaces de trasladar, con ayuda del sonido, masas que ni siquiera un millar de hombres conseguiría remover. ¿Se trata de un mito o del recuerdo popular de las conquistas de una ciencia desaparecida?

En 1964 escribíamos:

Allende el Atlántico, otro arqueólogo, Hyatt Verrill, lanzó una hipótesis más audaz aún, diciéndose convencido de que las masas de las pirámides precolombinas fueron labradas no a golpes de cincel, sino con una pasta radiactiva capaz de mellar el granito, y afirmó haber visto personalmente los restos de tal sustancia, conservados por algún brujo indio (100).

Pues bien, ¿queréis transportar una piedra berroqueña que,

(100) *Tierra sin tiempo*, pág. 117.

ni con la ayuda de muchos hombres forzudos, podríais mover ni un milímetro? Hoy quizá podamos sugeriros el sistema apropiado. Haced pedazos el pedrusco, someted los fragmentos en remojo a una especie de cocción y los veréis transformarse en bloques de arcilla maleable. Nada más fácil, entonces, que hacer pedazos ulteriormente los bloques mismos hasta que sean transportables, confiarlos a vuestros colaboradores y, una vez llegados a destino, empastarlos. Al cabo de cierto tiempo volverán a ser piedra, con la forma que habréis considerado más oportuno darle.

¿Una «cocción» que ablanda las piedras? Exactamente. Dio la noticia de ello la RAI el 20 y el 25 de junio de 1968 añadiendo que los componentes vegetales del prodigioso disolvente habían sido descubiertos por un misionero italiano en el Perú, que había efectuado experimentos con pleno éxito.

Más que de un descubrimiento se trata de un redescubrimiento. Así lo define el propio religioso afirmando que los incas se habrían servido precisamente de este líquido para construir sus pirámides. Si es así, cabe pensar que ese disolvente haya sido conocido y usado en gran parte del mundo antiguo. La erección de las pirámides, en efecto (sea en Perú, en México o en Egipto), constituye un misterio que, a pesar de todas las hipótesis, sigue siéndolo hoy.

Como es sabido, las piedras con que fueron edificadas muchos de estos monumentos tuvieron que ser transportadas desde lugares distantes, con frecuencia a través de regiones impracticables. Labrar unos bloques tan pesados y darle a una de sus caras una forma ligeramente cóncava o convexa, de modo que encajasen perfectamente, con las máximas garantías de solidez, constituye otro gran problema. Y la colocación de los bloques seguiría poniendo a dura prueba a los técnicos pues requeriría, entre otras cosas, el empleo de plataformas de cemento armado capaces de soportar el peso de unos vagones de ferrocarril de cuarenta ruedas.

Se ha hablado y se sigue hablando de planos inclinados, de rodillos hechos con troncos de árbol, pero se trata de suposiciones poco consistentes. Estos medios no hubieran podido excluir la obra humana. Ahora bien, admitamos que mil manos sean suficientes para mover o acompañar uno de nuestros pedruscos: mil manos pertenecen a quinientas personas, que no cabrían alrededor de la piedra.



La "escalera del Sol" de los huicol, indios de América.

Aun cuando nos sentimos escépticos ante las revelaciones de Verrill, nosotros estaríamos más bien inclinados a pensar en máquinas de alzamiento usadas por los egipcios y por los antiguos americanos y luego desmanteladas con el ocaso de la tendencia a las construcciones ciclópeas. Esto, naturalmente, explicaría sólo una parte del problema. El «redescubrimiento» del misionero, por el contrario, nos esbozaría una solución completa e incontestable. Antes de entusiasrnos demasiado, sin embargo, nos parece razonable esperar a saber alguna cosa más.

LA ERA DE GÉMINIS

Según la ciencia tradicionalista, la Gran Pirámide fue mandada construir por el faraón Keops, de la 4.^a dinastía, que vivió, aproximadamente, del 2620 al 2597 antes de J.C. Hay quien, sin embargo, es de otro parecer. Richard Henning, entre otros, que escribe:

No vemos por qué la mayor parte de los egiptólogos actuales, al contrario de muchos predecesores suyos del siglo XIX, se niegan con tanta obstinación a hacer remontar la historia del antiguo Egipto al cuarto y quinto milenios antes de nuestra era. La civilización babilónica, la del curso superior del Indo, sin hablar de los mayas, está demostrado que florecía ya precisamente de cuatro a cinco mil años antes de Jesucristo.

Es casi seguro que las tradiciones mayas recuerden sucesos celestes del noveno milenio antes de J.C. ¿Por qué los sacerdotes egipcios no hubieran podido disponer de tradiciones antiguas para nutrir su esoterismo? El inglés Perry lo admite y, en un texto reciente, hace remontar el advenimiento del primer faraón, Manes, al 4326 antes de J.C.

Existe, además, una alusión de Heródoto (que él no pudo naturalmente inventar) sobre la edad a que se remontan los conocimientos de los sacerdotes egipcios. Afirman —escribe— «que el Sol ha salido dos veces por el punto donde actualmente se pone y que se ha puesto dos veces en el punto por el cual hoy sale».

Está claro. Se trata del fenómeno llamado «precesión de

los equinoccios». En efecto, nuestro planeta recorre en eje inclinado su órbita, y el eje mismo, dirigido de vez en cuando hacia diversos puntos sucesivos, vuelve a la «posición de partida» cada 25.827 años.

Si esta afirmación de Heródoto es tomada al pie de la letra, probaría, pues, que la astronomía egipcia tiene 50 mil años. Aunque la observación del cielo llevada a cabo por los sacerdotes de la civilización del Nilo no se haya iniciado en un período tan remoto, se remonta necesariamente a varios milenios, pues de lo contrario la precesión no hubiera podido ser calculada. Los griegos lo descubrieron en el 150 antes de J.C., pero los babilonios, sin embargo, tenían noción de ello en tiempos anteriores, como conocían fenómenos astronómicos que sólo pudieron tener lugar en el período llamado convencionalmente «era de Géminis», o sea, del 6500 al 4300 antes de J.C., cuando la constelación de Géminis coincidía con el «punto primaveral» del año solar.

Nada impide pensar que los egipcios hayan llegado a tales conocimientos gracias a una larga observación de la esfera astral, tanto más cuanto que el zodiaco del templo de Denderah, que se remonta a pocos siglos antes de Jesucristo, indica precisamente Géminis como signo de la primavera. La única conclusión posible es que la ciencia astronómica egipcia se remonta al menos a la «era de Géminis». Y la idea de situar la construcción de la Gran Pirámide en el siglo 34 antes de Jesucristo no tiene, por tanto, nada de inverosímil (101).

En cuanto a las fechas de la cultura maya, Egerton Sykes piensa que sus representantes llegaron al continente americano (¿desde la desaparecida Atlántida?) con un bagaje científico enorme, y añade:

(101) *Grandes enigmas del universo*, cit.

La hipótesis, generalmente aceptada, según la cual ellos habrían juntado en menos de un siglo todas las nociones adquiridas por el mundo occidental en dos mil años por lo menos, no tiene ningún precedente histórico y choca al sentido común (102).

El razonamiento es válido para muchísimas gentes más. Los aztecas, por ejemplo, sabían perfectamente que los cuerpos celestes tienen forma esférica e imitaban sus movimientos en sus juegos; los dogones africanos hablan del «compañero oscuro de Sirio», descubierto con telescopio, y antiguas poblaciones mediterráneas conocían algunas de las Pléyades, invisibles a simple vista.

Los babilonios, como recuerda Gore, conocían también la existencia de las cuatro grandes lunas de Júpiter, Io, Europa, Ganimedes y Calixto. «Hasta la invención del catalejo astronómico de Galileo la Humanidad ignoraba todo de estos satélites» (103).

No existen más que dos hipótesis posibles. Aquella, según la cual los babilonios habrían poseído telescopios, parece demasiado aventurada, y, sin embargo, en el Museo Británico se conserva un notable pedazo de cristal de forma oval, plano-convexo, encontrado por Sir Henry Layard en el curso de las excavaciones del palacio de Sargón, en Nínive. Sir Davis Brewster sostiene que este discoide era un lente, «aunque la mayoría de estudiosos manifiesta reservas al respecto» (104).

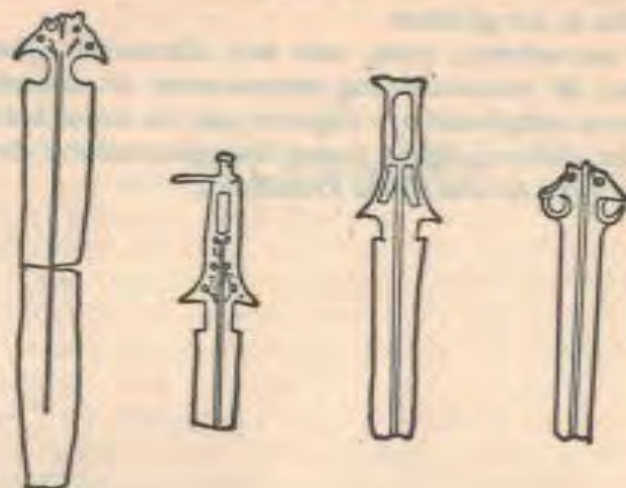
A su vez, Andrew Tomas, volviendo a los descubrimientos indios y chinos, escribe:

(102) *Atlantis*, julio-agosto 1966, Londres.

(103) J. E. Gore, *Astronomical Essays*, Chatto & Windus, Londres, 1907.

(104) W. B. Carpenter, *The Microscope and its Revelations*, J. & A. Churchill, Londres, 1891.

Los brahmanes han conservado celosamente, en el curso de los siglos, la tabla astronómica de la Surya Siddhanta. En este texto de la India antigua el diámetro de la Tierra estaba calculado en 12.617 kilómetros, la distancia de la Tierra a la Luna



Empuñaduras de espadas sardas de Montissa Ida, Decimoputzu.

en 407.198 kilómetros. La cifra aceptada por la astronomía moderna para el diámetro ecuatorial de nuestro planeta es de 12.765,5 kilómetros y la distancia máxima que nos separa de la Luna se establece aproximadamente en 406.731 kilómetros.

Ello nos demuestra a qué notable precisión habían llegado los astrónomos indios en una época en que los europeos estaban lejos aún de desprenderse del «complejo de la Tierra plana». La fecha de la última redacción de la Surya Siddhanta gira en torno al 1000 después de J.C., pero, según algunos, existían ya ediciones de ella 3000 años antes de nuestra era.

Los textos Huai Tzu (120 antes de J.C. aproximadamente) y Lun Heng, de Wan Chung (82 después de J.C.), nos esbozan una cosmogonía centripeta según la cual «vórtices» solidifican los mundos nacidos de la materia primordial. ¡Estos escritos de la antigua China se anticipan a las ideas modernas sobre la formación de las galaxias!

Nos encontramos, pues, ante una alternativa: admitir la existencia de perfeccionados instrumentos astronómicos en una remota antigüedad o presuponer que los sabios babilonios y egipcios, indios y chinos, fuesen los conservadores de nociones científicas de una lejana Prehistoria.

X

GILGAMESH

Tras el Éufrates, en la zona de la ciudad de Uruk, se encuentra el templo de Gilgamesh, el más antiguo y grande de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona.

El templo de Gilgamesh es el más antiguo y grande de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona.

El templo de Gilgamesh es el más antiguo y grande de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona.

El templo de Gilgamesh es el más antiguo y grande de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona.

El templo de Gilgamesh es el más antiguo y grande de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona. El templo fue construido por el rey Sargon, el más grande de los reyes de la zona.

Vivía en Erech (105) un ser, divino en dos tercios y humano en uno. Era Gilgamesh, un tipo con un carácter poco recomendable, a veces frío, a veces impulsivo, que lograba casi siempre imponer su voluntad, tal vez porque parecía imposible poderlo vencer en combate. Sus conciudadanos lo soportaron algún tiempo, pero finalmente, hartos de lo que juzgaban verdaderos abusos, rogaron al Señor del Cielo que los librara de aquel prepotente individuo.

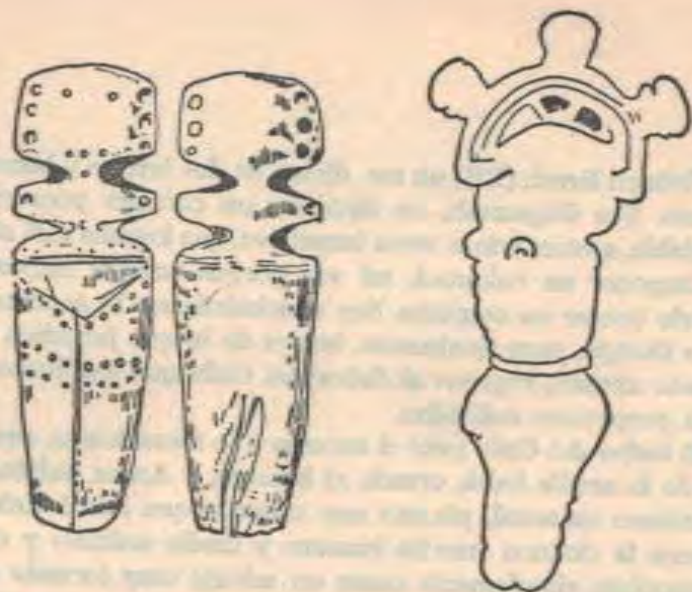
El Señor del Cielo pasó el encargo a la diosa Aruru, aquella que de la arcilla había creado al hombre, y Aruru, valiéndose del mismo material, plasmó una criatura que llamó Enkidu. Algunos la definen «medio humana y medio animal» y otros la describen simplemente como un salvaje muy forzado todo músculos y pelos. Como fuere, Enkidu se enfrentó con Gilgamesh y lo derribó. Admirado por la valentía de su adversario, sin embargo, hubo de reconocer los límites de su fuerza física.

Por esto los dos se hicieron amigos. Gilgamesh asumió el papel de «cerebro» y decidió probar la alianza eliminando al monstruo Humbaba, que infestaba los contornos.

Desde el principio el caso presenta unos elementos sólo en apariencia mitológicos: la creación del hombre de la arcilla (o del «barro») es común a demasiadas gentes separadas por gran-

(105) Es el nombre bíblico de la ciudad sumeria de Uruk, 225 kilómetros al sudeste de Bagdad. En ella se encuentran los restos de una colosal torre escalonada.

des distancias de espacio y de tiempo para ser una simple fábula. Y refleja un dato de hecho científico, el de la formación de la vida por la materia inerte,



A la izquierda: Dos ídolos de Tell Vidra, cerca de Bucarest.
A la derecha: Una fibula franca.

En la historia que estamos refiriendo (106) podemos ver a dos criaturas de diferente origen: Gilgamesh, nacido en otro planeta («divino en dos tercios», o sea, llegado del cielo) y adap-

(106) De la epopeya de Gilgamesh existen varias versiones. La más completa fue descubierta en la biblioteca de Assurbanipal. Se remonta a la mitad del tercer milenio antes de J.C., pero, respecto a las más antiguas, aparece muy retocada.

tado a la vida en este globo («humano en un tercio») y Enkidu, hijo de la Tierra, todavía muy primitivo («medio humano y medio animal»). Gilgamesh, inteligente e inquieto, provisto de dotes y de armas que le permiten imponer su voluntad, es cogido quizás de sorpresa por el otro y doblegado por su fuerza bruta. Y he aquí al ser llegado de las estrellas transformarse en héroe civilizador, hacerse con la amistad y la colaboración de Enkidu, o sea, de los terrícolas, marchar, en interés común, contra otras criaturas.



Extrañas «divinidades» hititas con cabeza conicotriangular de Tell Ashmor, Mesopotamia. Compárense con la curiosa diadema (a la derecha), encontrada en Pachacamac, cerca de Lima.

Observemos las curiosas imágenes de Gilgamesh que nos han transmitido pueblos montañoses establecidos al norte de la Mesopotamia. Alas, cabezas de pájaros, signos solares y espirales se juntan en un simbolismo complejo y altamente significativo.

Interesantes cotejos se han llevado a cabo con hallazgos procedentes de todas partes del globo, elementos comunes han sido descubiertos en una cantidad enorme de objetos, más o menos simplificados, elaborados, estilizados, a tenor del nivel cultural y artístico de los diversos pueblos.

A una Cerdeña sin edad se remontan las empuñaduras de espada sacadas a la luz en el escondrijo nurágico de Monti sa Ida (Decimoputzu), con extrañas representaciones que recuerdan volátiles, signos solares. De la primera edad del bronce anatólica nos llegan las hachas en forma de pájaro de Mahmutlar, mientras que la cabeza del Gilgamesh mesopotámico parece reproducida en una fibula franca, comparable por otros aspectos a dos ídolos de Tell Vidra cerca de Bucarest.

Estos últimos, a su vez, nos llevan a los extraños «espaciales» de Tell Ashmôr, también en Mesopotamia, y, allende el océano, a la «diadema de Pachacamac» peruana.

De este país nos vienen también los cuchillos rituales con las mismas hachas, los mismos signos solares, las mismas espirales mediterráneas. Obsérvense bien las fotos y los dibujos reproducidos, y no se escapará el hilo que los liga a través de innumerables millas y de innumerables siglos.

SEÑORES DEL TIEMPO

Pero, ¿quién era Humbaba? Si un ilustrador de narraciones utópicas se hubiese propuesto crear una monstruosidad tal como para salirse de los esquemas acostumbrados, no habría podido hacer mejor que los ignotos creadores de la terracota de Abu Habbah, que se remonta al séptimo o al sexto siglo antes de J. C. Estos nos presentan una criatura que sería muy difícil imaginar, una máscara que hace discutible toda tentativa de interpretación.

¿Se tratará de otro ser llovido del espacio? La aventura de los dos héroes podría inducirnos a creerlo. Estos se encuentran, efectivamente, ante una «selva» cerrada por una puerta. Consiguen trasponer el umbral, pero, como por encanto, la puerta se cierra, aplastando una mano a Enkidu.

De aquí a la idea de un mecanismo automático, el paso no es ciertamente largo. Y técnicas semejantes no son desconocidas ni mucho menos. Puertas que se abren y se cierran sin ser tocadas, cierres metálicos que bajan y simulacros de dioses que se elevan como por arte de magia son descritos en abundancia por la antigua literatura mediterránea, y Theodor Gaster, en su obra *Las más antiguas historias del mundo*, nos dice cómo relatos de este género están difundidos en el Harz, en Asia y en Islandia.

Vencido Humbaba con la ayuda del dios del Sol, Gilgamesh tiene un encuentro que, a primera vista, podría parecer agradable: con la bellísima diosa Istar, la cual le promete, a cambio de algunas caricias, un «coche de oro» que le llevaría «a la

morada de las divinidades». Pero nuestro héroe debe conocer bastante bien a la tentadora, pues le reprocha no haber sido nunca sincera, no haber demostrado jamás un mínimo de lealtad hacia sus admiradores.

—Has amado a un león —le dice— y siete veces le has cavado la fosa. Has amado a un garrapato, y lo has sojuzgado con el látigo y las espuelas.

Creemos que la perversión sexual conocida como «zoofilia» tiene poco que ver con estos sucesos. Quizá sería más aceptable la versión de cienciaficción: Istar, llegada a su vez del cosmos, busca la ayuda de otros «náufragos espaciales» para abandonarlos después de haber explotado sus capacidades.

La terrible «vamp» estelar no soporta con pasividad la afrenta y desencadena contra Gilgamesh «un terrible toro bajado del cielo», que acaba, sin embargo, muerto por Enkidu.

Estamos en pleno conflicto interplanetario. Los «dioses» amigos de Istar no tardan en vengarse de la negativa opuesta por Gilgamesh a una alianza que le haría posible el retorno, si no a su globo, a mundos más avanzados que aquel al que ha arribado. No pudiendo atacarle directamente, arremeten contra el terrícola, bastante más vulnerable, Enkidu, según la leyenda, tiene un sueño.

Parecía —escribe Gaster— como si un gran clamor se elevase en el cielo y sobre la Tierra, y una extraña, horrible criatura con el semblante de león y las alas y las garras de águila bajara no se sabe de dónde y lo raptase. De improviso también despuntaban plumas de sus brazos y él asumía el mismo aspecto de la criatura que le había atacado.

¿Nos hallamos ante un rapto cósmico? No es fácil descifrar el pasaje, deformado, sobre todo, en las diversas versiones. Enkidu, como fuere, se va, y Gilgamesh, tras haber llorado al amigo, piensa en su propia existencia encaminándose hacia una

isla «situada en los últimos confines de la Tierra», en la cual vive «el único mortal escapado a la muerte», el viejísimo Utnapishtim. Se encuentra frente a unas montañas cuyo paso, defendido por seres monstruosos, conduce a un túnel impracticable. El héroe se dirige entonces a una posadera y se entera de que para llegar a Utnapishtim debe cruzar un océano, «el océano de la muerte, que jamás ha surcado el hombre».

El protagonista de nuestra epopeya no se asusta, llega a la meta, encuentra al «gran viejo», el cual, en una versión muy aproximada a la bíblica, le cuenta la historia del diluvio. Y es verdaderamente un diluvio universal, contrariamente a cuanto afirmaban hasta hace poco tiempo algunos estudiosos inclinados a ver en los conocidos pasajes del Antiguo Testamento una inundación local, relativamente modesta (107). Utnapishtim comenta que hubiera sido mucho mejor que una gran carestía hubiese azotado al mundo en vez de aquella catástrofe.

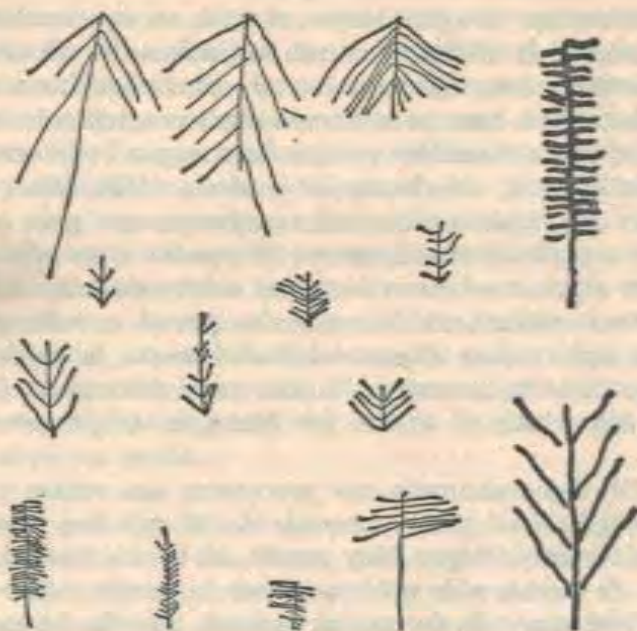
Y en algunas versiones le vemos sobrevivir adaptándose a las nuevas condiciones determinadas por el cataclismo. Nos parece, aquí, captar el eco del *Mahabharata*, la celeberrima epopeya de la India antigua, la más vasta del mundo. Cuando el pez fue echado al océano por Manu, le dirigió estas palabras:

—¡Oh bienaventurado, me procuraste una entera y continua conservación! Ahora aprende de mí qué hay que hacer cuando el tiempo llegue. Muy pronto, oh bienaventurado, todo cuanto de estable y de noble pertenece a la naturaleza terrestre sufrirá una transformación general, una disolución completa...

Es la predicción del diluvio, la comprobación de que el hombre no se salvará del desastre sino «trociéndose en pez», o sea, afrontando de manera nueva una nueva situación. Numerosos científicos consideran que justamente de un concepto seme-

(107) *Tierra sin tiempo, El planeta desconocido y No es terrestre.*

jante han nacido diversas figuras mitológicas, que quizá vemos expresadas por los anzuelos de la isla de Pascua en forma de tritones. Del siglo I antes de J.C. es el «Makara», indio de la «stupa» de Barhut, un monstruo marino con la cola en espiral y el signo solar; y parece expresar el mismo concepto que el sirenio etrusco de plumas que parecen alas, haciendo frente a un «árbol de la vida».



Los «árboles de la vida» del Valle de las Maravillas (Alpes Marítimos).

Gilgamesh busca precisamente este árbol, cuya existencia le revela Utnapishtim. Le dice que sobre la Tierra no hay nada eterno. Y añade que en las profundidades marinas existe una



El «carro del Sol» danés de Trundholm [1400-1200 a. de J.C. aproximadamente].



Un detalle de la perfecta obra de canalización de Mohenjo-Daro.



Arriba: reconstitución de «Piedras Negras», en Guatemala.

Abajo: el llamado «Palacio» de la ciudad maya de Sayil (Campeche).



La mexicana Tollán en su apogeo. La reconstitución tiene algo



Así debía presentarse el complejo egipcio de Saqqara, con la célebre pirámide escalonada.

La reconstitución (según Charles Chipiez) de un templo caldeo cuya forma recuerda la de las pirámides escalonadas.



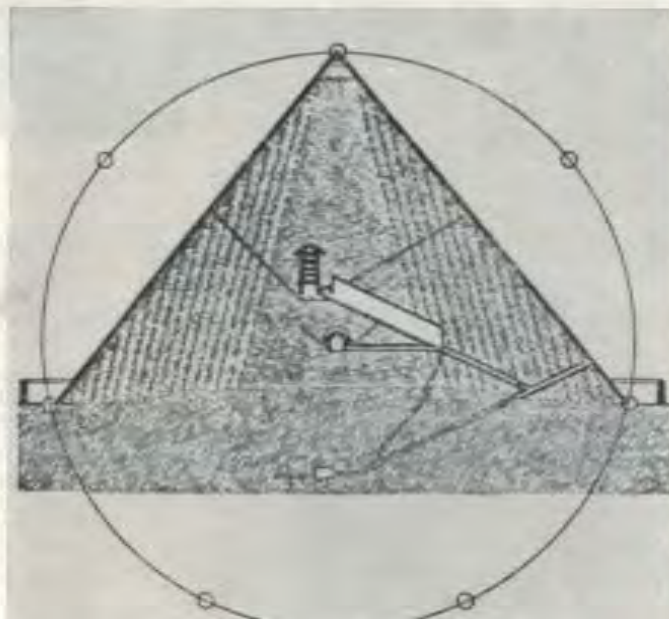
Chichén Itzá (Yucatán). La tradición dice que este monumento se erige sobre una «máquina» capaz de viajar en el espacio y en el tiempo.



La «Pirámide de la Luna» de Teotihuacán, debajo de la cual dormía, en un féretro de cristal, una legendaria princesa rubia.



Seguimos en Teotihuacán. Esta es la famosa «Pirámide del Sol».



La extraordinaria geometría de la Pirámide de Keops en la esquematización de esmeradas investigaciones científicas.



Con su minarete en espiral, la mezquita de Al-Mutawaqqil hace pensar en los «ziggurat» mesopotámicos.

La idea de las pirámides escalonadas y de las «esculturas espaciales» de todo el mundo parecen resumidas en estos monumentos etruscos de Chiusi.



Así las poblaciones montañosas establecidas en el norte de Mesopotamia representaban a «Gilgamesh».



Hachas en forma de pájaros de la primera Edad de Bronce anatólica encontradas cerca de Mahmutlar.

Cuchillo incaico descubierto en Cuzco, Perú.



Otro «cuchillo ritual». Representa un personaje mitológico chimu. Nótese la semejanza con el de Cuzco, los signos solares y las espirales.



El monstruo Humbaba, vencido por Gilgamesh, en una terracota de Abu Habbah (siglos VII-VI a. de J.C.).





Anzuelos pascuanos en forma de tritones.

El «Makara» indio, un monstruo marino con la espiral y el símbolo solar. Se trata tal vez de una representación diluvial.



Un bellissimo sirénido etrusco. Es de destacar su cola en espiral y el «árbol de la vida» que tiene delante.



Un vaso de plata escita encontrado en Chertomlyk. Con el «árbol de la vida», tiene todos los elementos comunes de la «arquetipología misteriosa».



Ishtar delante del «árbol de la vida» en un cilindro asirio del primer milenio antes de J.C.

Hipogeo de Tutmosis III (Tebas). El soberano es amamantado por un «árbol sagrado».



Acompañado de otros motivos repetidos en todo el Globo, el famoso árbol se encuentra también en la «sala del bucentauro» de Isola Bella (Lago Mayor). Otras figuras recuerdan francamente los dragones chinos y los pájaros míticos de la América precolombina.



El «árbol de la vida» de época relativamente próxima a la nuestra, con motivos serpentiformes trenzados (Museo de Como).



Otros motivos serpentiformes del Museo de Como, unidos para componer signos solares.



También en el Museo de Como pueden verse estos florones que parecen «árboles de la vida».

Un pebetero fenicio en forma de templete con el «árbol de la vida» rematado por el «loto solar».



Florones, lotos estilizados, espirales y cruces en cuatro interesantes hallazgos etruscos.

Huellas de los pies de Buda con la «rueda de la ley».



Florones, trenzados serpentiformes, ruedas y símbolos solares expuestos en el Museo de Como.



También en la fachada del Ayuntamiento de Qsino (Ancona) aparecen extraños trenzados serpentinos, símbolos solares y signos que se repiten en varios lugares desde un remotísimo pasado.



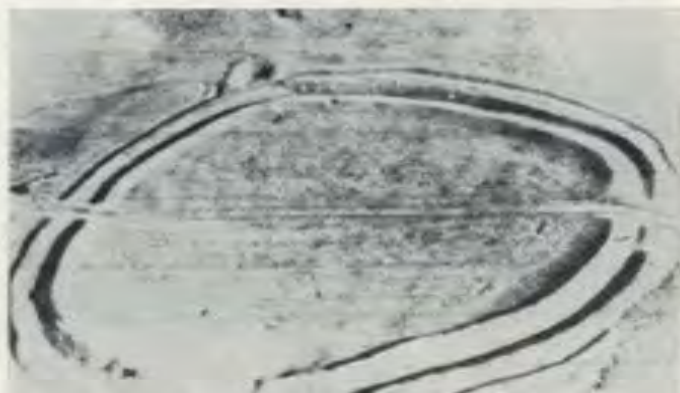
La llamada «rueda de la fortuna» de la catedral de San Virgilio en Trento.

Ruedas solares girando a derecha y a izquierda yuxtapuestas (Museo de Como).



La extraordinaria pintura rupestre australiana que representa los «Hermanos del rayo», seres que parecen vestidos con cascos, «monos» y botas de astronautas.

En el Estado americano de Tennessee ha sido descubierta esta piedra con una inscripción claramente semítica.



El recinto neolítico de Barbury Castel, en Inglaterra, recuerda extraordinariamente la planta de la capital atlántida.





Hallazgo de Amorgos, en las Cícladas
(2500-2000 a. de J.C. aproximadamente).

planta que tiene el aspecto de un espino albar. Si un hombre logra apoderarse de ella, puede, probándola, recobrar la juventud.

¿Es el famoso «árbol de la vida» que simboliza en todas partes la aspiración a una indefinida longevidad y, simultáneamente, el vuelo, el espacio, las estrellas? Nos inclinaríamos a afirmarlo sin vacilación ante los motivos que lo acompañan en un jarrón escita del siglo IV antes de J.C., descubierto en Chertomlik, Ucrania: un astro alado, pájaros, espirales, flores, testas leoninas.

Grabados en la roca, vemos los mismos árboles entre las incontables incisiones del Valle de las Maravillas (Alpes Marítimos). Algunos arqueólogos creen descubrir en ellas «figuras humanas en técnica lineal», pero es harto probable que se trate precisamente de la famosa «planta mágica», puesto que la vemos reproducida de igual manera en diversas partes del mundo.

En un cilindro de principios del primer milenio antes de J.C. es justamente Istar quien apunta el dedo hacia el «árbol de la vida», delante del cual está un personaje con una estrella sobre la cabeza; y en el Hipogeo de Tutmosis III, en Tebas, el rey es amamantado por un «árbol sagrado». Entre los jeroglíficos que se ven a la izquierda resaltan el signo solar y el escarabajo, símbolo de inmortalidad.

Acompañada por otros motivos repetidos en todo el globo, la planta encantada domina también la sala del dibujo del bucentauro de Isola Bella (Lago Mayor), donde otras figuras recuerdan cabalmente los dragones orientales y los pájaros de las antiguas civilizaciones americanas.

La encontramos asimismo en tiempos bastante más próximos al nuestro, aunque el significado original se haya perdido. Así es para las valiosas obras expuestas en el Museo de Como, donde, al lado de una clara, bellísima estilización, vemos lo que podrían ser sus ramas mezclarse, trenzarse componiendo indi-

cios de espirales y signos solares.

También aquí se juntan árboles y flores, mientras que en un pebetero fenicio, en forma de templete, se abre, en lo alto de la planta, la flor de loto.

¿Es ésta la flor simbólica de Gilgamesh? Diríamos en verdad que sí. En la antigüedad la denominación es dada a varios vegetales bastante diferentes entre sí. El «loto» egipcio era en realidad una nínfea y el hindú un nelumbio, por no citar más que dos entre innumerables ejemplos. Y se transforma en «rueda de la ley» sobre las improntas de los pies de Buda, en signo solar y estelar otra vez en los hallazgos del Museo de Como, en los extraños fragmentos utilizados en la fachada del palacio municipal de Osimo (Ancona). Los etruscos lo elaboran en los motivos más diversos, y se conserva hasta nuestros días, en Occidente, hecho rosetón en las iglesias cristianas.

Volvamos a Gilgamesh. El héroe consigue adueñarse de la planta mágica, pero, mientras se baña en un torrente, una serpiente se la arrebató.

A menudo —anota Gaster— se ha dado al episodio final de nuestra historia una interpretación errónea. Es opinión corriente, en efecto, que Utnapishtim intenta hacer menos amargo el sinsabor de Gilgamesh indicándole el modo de obtener una planta dispensadora de inmortalidad. Pero en realidad esto no responde a lo que se dice en el texto original, y una interpretación semejante destruye el significado real del episodio.

La planta en cuestión no es una planta dispensadora de inmortalidad, sino tan sólo lo que mayormente se le aproxima: una planta que devuelve la juventud al viejo y al decrepito y que, por esta cualidad suya, hace más tolerable el hecho de ser mortales.

Y aquí nos parece oír el eco de algunas estrofas de los antiguos aztecas:

*¿Acaso se vive de veras en la Tierra?
¡No para siempre, tan sólo por poco!
Como vosotros, también lo sé yo: sólo se vive una vez.
Un día nos vamos.*

Y también:

*¡Oh, si viviéramos siempre!
¡Oh, si no hubiésemos de morir!*

La creencia en una planta semejante —continúa Gaster— es común a la tradición popular de muchas partes del mundo. El haoma de la antigua mitología iraní es representado a veces como una planta que crece en una isla del lago Vurakasha. El humor que segrega posee la cualidad de alejar la decrepitud y de renovar todas las cosas. Y así como en nuestra historia la planta es comida por la serpiente, así también, en el mito iraní, Ahrimán, potencia del mal, crea un lagarto para que se nutra de la misma planta. También el soma de la creencia india es una especie de elixir de vida contenido en el humor de una planta paradisiaca.

¿Y si no se tratase de una planta, sino de una sustancia indispensable para un naufrago espacial cuya vida, pese a estar destinada a tener fin, es de una duración mayor que la de los terrícolas?

¿Y si en la serpiente se viese, una vez más, un vehículo cósmico ocupado por seres sin la menor intención de prolongar la existencia de Gilgamesh?

¿Y si Wilson Tucker, con su novela *The Time Master* (108), se hubiese valido de la cienciaficción para convertir en reali-

(108) Publicado en Italia por Mondadori en la colección «Urania» con el título *Signori del tempo* (30 de mayo de 1954).

dad acontecimientos hechos leyenda en el recuerdo de los antiguos?

LA ATLÁNTIDA VIVE TODAVÍA

Utnapishtim no es un personaje inventado, como no lo es Noé, que encontramos en todo el globo, a veces hasta con su nombre, desde el hawaiano Nu-u hasta el chino Nu Wah, y al Noa amazónico (109). En Paraguay y en Brasil está también Tammanduare, en México Tapi o Nalá (con su esposa Neua), y se convierte en Pokawo para los delawarenses estadounidenses, Manibosho para los pieles rojas canadienses, Zeu-Ja entre los patagones, Yima en Persia y Dwifah en las leyendas célticas.

El concepto de los hombres malvados castigados con el diluvio se repite en incontables tradiciones, desde las de los wot-wishosk, de los pomo y de los mattoles californianos (todos extinguidos) a los pawnee de Nebraska que adoraban a Tirawa, el «Espíritu Padre», al cual atribuían el exterminio de una perversa raza que «no quería reconocerlo».

La ingratitud humana habría provocado también la ira del creador de los yaghan, un pueblo establecido en la Tierra del Fuego y actualmente en trance de extinción. Sus leyendas nos proporcionan dos versiones de la catástrofe: una nos habla de

(109) Para una completa documentación véase *Tierra sin tiempo*.

un frío intolerable, de nevadas incesantes y de dilatadas extensiones marinas heladas y la otra de inundaciones furiosas. Es obvio que la primera no excluye la segunda, y la relación puede hallarse allí donde se habla del Sol que «después de una noche muy larga volvió a brillar», no logrando derretir todos los hielos, pero trayendo de nuevo una esperanza de vida, aunque fuese después de otras «tremendas destrucciones» (110).

Lissner observa que, muy probablemente, los recuerdos de los yaghan se refieren a la catástrofe realmente ocurrida hace cerca de diez mil años, y los relaciona con la descripción del diluvio dada por los kato californianos:

Llueve. Llueve cada día, cada tarde, cada noche. Llueve. «Llueve demasiado», decían los hombres. No tenían fuego. Los torrentes se desbordaron, el agua llenó los valles, el agua rodeó a los hombres. Los hombres se fueron a dormir y cayó el cielo. Ya no hubo más tierra. Las aguas cubrieron la Tierra entera. Los osos grises murieron, los ciervos se ahogaron, todos los animales se ahogaron.

Y Hennig recuerda que excluidos los árabes, los cafres y los negros (no los masai), en todas partes se encuentran tradiciones antiquísimas relativas a una inmensa inundación. En 1891, André enumeró 85 leyendas de este tipo. Desde entonces han sido descubiertas muchas más, tanto que hoy se conocen más de cien. Si descartamos las que podrían haber sido inspiradas por los misioneros, quedan 68 autóctonas. Asia nos ofrece así 13 relatos diferentes del diluvio, Europa 4, África 5, Australia y Oceanía 9 y el nuevo mundo 37: 16 en América del Norte, 7 en América Central, 14 en América del Sur (111).

¿Vamos a resumir algunas de estas tradiciones, además

(110) «Il Mare», Istituto Geografico de Agostini, Novara, 1971.
(111) *Grandes enigmas del Universo*, cit.

de las citadas? Aquí están, reducidas a términos casi telegráficos.

Los esquimales (como los chinos) siguen teniendo una leyenda en la cual se narra cómo la Tierra fue «violentamente sacudida» por un «diluvio inmenso en el curso del cual muchísimas personas se anegaron».

En un códice maya leemos que el cielo se acercó a la tierra y todo quedó destruido en un día. Hasta las montañas perecieron bajo el agua. En el antiguo México, además, se celebraba regularmente un acontecimiento del pasado a consecuencia del cual «las constelaciones cobraban un aspecto nuevo».

Los indios guatemaltecos conservan el recuerdo de «una lluvia negra que cayó del cielo en el mismo momento que un terremoto destruía casas y cavernas»; en Amazonia se narra que, tras una tremenda explosión, «el mundo quedó sumido en tinieblas» y los indígenas peruanos añaden a la misma historia que «el agua alcanzó entonces la altura de las montañas».

La tribu venezolana de indios blancos parias, cuya «capital» es una aldea con el significativo nombre de Atlán, guarda el recuerdo de un «gran desastre» que habría aniquilado a la patria originaria «una dilatada isla del mar de occidente».

Andrew Tomas cita un papiro de la 12.^a dinastía egipcia, de hace 3.000 años, conservado en el Ermitage de Leningrado, en el cual se describe la «Isla de la Serpiente», relacionada con el siguiente pasaje:

Dejaréis mi isla y no volveréis a encontrarla, puesto que este lugar desaparecerá bajo las aguas.

Y ateniéndose a otro testimonio de los hijos del Nilo, agrega:

Una estrella cayó del cielo y las llamas consumieron todas las cosas. Todos fueron abrasados, y sólo yo tuve la vida salva,

pero cuando vi la montaña de cuerpos amontonados, también yo casi me morí de dolor.

El filósofo y escritor hebreo Filón de Alejandría (30 antes de J.C. aproximadamente) escribe en su obra *De la incorregibilidad del mundo*:

Considerad cuántas regiones, no sólo próximas a la costa sino también interiores, han sido tragadas por las aguas, y considerad cuántas vastas extensiones de tierra se han convertido en mares surcados ahora por innumerables naves. ¿Quién ignora el famoso istmo que en los tiempos antiguos unía Sicilia con Italia? Cuando los mares de ambas partes, agitados por violentas tempestades, se encontraron, la tierra situada entre ellos quedó sumergida y arrastrada (...) y a consecuencia de ello Sicilia, que antes formaba parte de la restante tierra firme, quedó reducida a isla.

...Y la isla de Atlántida, que era más grande que África y que Asia, como dice Platón en el Timeo, fue sumergida en un día y en una noche por el mar, a consecuencia de furiosos terremotos e inundaciones...

Volvamos a tiempos posteriores y oiremos a John Swain declarar en su *Speculum mundi* (1664) que piensa que América formaba parte, en tiempos, de aquel gran país que Platón llamó Atlántida y que el rey de aquella isla había tenido relaciones con los habitantes de Europa y de África.

En el siglo XVIII esta teoría fue aceptada por el naturalista y escritor francés Buffon y en el XIX por el geógrafo viajero alemán Von Humboldt.

El investigador Ignatius Donnelly (1931-1901), primer subgobernador de Minnesota y después, durante ocho años, miembro del Congreso estadounidense, sostiene, en sus libros *The Antediluvian World*, *Ragnarock* y *The Age of Fire and Ice*

que la civilización maya y otras culturas americanas tenían como matriz a la Atlántida y, en 1882, expuso sus teorías en trece puntos:

1. Existía en tiempos, en el Atlántico, una gran isla llamada Atlántida por los antiguos, residuo de una región más vasta.
2. La descripción de Platón no es una fábula, sino historia.
3. La Atlántida fue la cuna de la civilización. Allí el hombre salió de la barbarie.
4. Desde la Atlántida, superpoblada, las gentes llegaron al golfo de México, y alcanzaron el Mississippi, la Amazonia, la costa sudamericana del Pacífico, el Mediterráneo, las costas occidentales de Europa, de África, el Báltico, el mar Negro y el Caspio.
5. El mundo antediluviano era el Edén, el jardín de las Hespérides, el jardín de Alcínoo, el Mesónfalos, el Olimpo y el Asgard. Todos estos lugares fabulosos no fueron sino el recuerdo de un mundo donde se vivía en paz y en felicidad.
6. Los dioses y las diosas de la antigua Grecia, de los fenicios, de los hindúes y de los escandinavos eran sencillamente los reyes, las reinas y los héroes de la Atlántida. Todo cuanto les ha sido atribuido por la Mitología no es más que una confusa colección de sucesos históricos.
7. La mitología egipcia y la peruana reflejan la religión de los atlántidas.
8. La colonia atlántida más antigua fue probablemente Egipto, en cuya cultura se refleja la de la madre patria.
9. Los utensilios de la Edad del Bronce europea derivan de los de los atlántidas, que fueron los primeros en trabajar el hierro.
10. El alfabeto fenicio, matriz de los alfabetos europeos, proviene del atlántideo, transmitido también a los mayas.
11. La Atlántida fue la sede originaria de las poblaciones arias o indoeuropeas, como asimismo de los semitas y, quizá,

de la raza turánica.

12. La Atlántida quedó destruida por un terrible cataclismo. La isla se hundió en el océano con casi todos sus habitantes.

13. Pocas personas lograron salvarse en naves y balsas, arribando a las costas orientales y occidentales y llevando a ellas la leyenda del diluvio.

Como si previese la actitud escéptica de los futuros lectores, Platón subraya que su narración «a pesar de parecer extraña, es perfectamente verdadera». Como hemos dicho anteriormente, la descripción geográfica de la que debía ser la isla principal de la Atlántida es muy precisa.

Debía de tratarse de una especie de cuadrilátero de unos 370 x 185 kilómetros (112), rodeado de altas montañas.

Sea por la acción de la Naturaleza, sea por la obra de los diversos reyes —escribe el filósofo griego— había sido excavado un foso que circundaba la llanura entera. Acerca de la profundidad, la anchura y la extensión de este foso, es difícil creer cuanto se dice, como lo es el hecho de que un trabajo realizado por las manos del hombre haya podido tener estas dimensiones.

Por lo tanto, es necesario precisar que el foso tenía 30,826 metros de profundidad, 148,8 metros de anchura en cada punto y una longitud de 1850 kilómetros (113). Recibía los cursos de agua que bajaban de los montes, daba la vuelta a la llanura, volvía por uno y otro lado hacia la ciudad, y de allí iba a desembocar en el mar. Por la parte alta de dicho foso, unos canales rectilíneos de unos 30,80 metros de ancho estaban excavados en la llanura y confluían con el foso mismo cerca del

(112) Aquí, como a continuación, las medidas griegas son expresadas en el sistema métrico.

(113) La cifra es desde luego inexacta. Debe de tratarse de un error de transcripción.



Planta de la capital de la Atlántida según los antiguos textos. A, llanura irrigada; B, canal de irrigación; C, área ciudadana; D, puente; E, puerto; F, acrópolis; G, canal navegable; H, murallas.

mar. Cada uno de ellos distaba de los otros 18,5 kilómetros, y para transportar a la ciudad con embarcaciones tanto la leña proveniente de las montañas, como los productos de temporada, habían sido creadas derivaciones...

Las antiguas descripciones han permitido la reconstrucción de la que debía ser la capital de los atlántidas.

¿Vamos a hacernos de ello una idea «del natural», una idea que, más que nada, nos induciría a aceptar la hipótesis de Donnelly?

¡Vayamos a Barbury Castle, en Inglaterra, y en su muralla neolítica veremos reflejada la planta de la legendaria metrópolis.

La Atlántida existió realmente —declara el físico y matemático moscovita N. Lednev tras veinte años de investigaciones—. Era una inmensa isla de centenares de kilómetros, situada al oeste de Gibraltar. (114)



Arriba, representación de un instrumento musical celta que se conserva en Capodimonte (Nápoles). Abajo, una pintura de High Moor (Yorkshire, Inglaterra). Parecen representar las dos direcciones opuestas del aparente movimiento solar.

Por su parte, el profesor V. A. Abruchek, de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., declara que la existencia de la Atlántida no es imposible ni inaceptable desde el punto de vista geo-

(114) «S. Francisco Examiner», 14 de julio de 1958.

lógico, pues «Sondeos efectuados en la parte septentrional del océano Atlántico podrían revelar, en profundidad, ruinas de edificios y otros restos de una civilización antiquísima» (115).

Catherine Hagemester, también soviética, escribía en 1955 que la Atlántida debía ser el obstáculo que impedía a la corriente del Golfo llegar a Europa y que su desaparición, acontecida hace de diez a once mil años, explica el fin del último período glacial.

Otra confirmación de la hipótesis formulada en trabajos precedentes (116) nos viene del profesor N. S. Vetchinkin:

La caída de un gigantesco meteorito causó la destrucción de la Atlántida. Rastreros de meteoritos enormes son claramente visibles en la superficie de la Luna. Los bólidos han producido sobre nuestro satélite cráteres con diámetros de 200 kilómetros. Al precipitarse en el mar, estos espantosos proyectiles deben haber provocado la inmersión de vastas llanuras, colinas y montañas. (117)

Fue probablemente a consecuencia de este cataclismo que la rotación del globo terráqueo quedó trastornada. Volvamos a algunos testimonios de Andrew Tomas:

Martinus Martini, misionero jesuita, que actuó en Extremo Oriente en el siglo XVII, habla en su Historia de China de antiguísimas crónicas que evocan tiempos en los cuales «el cielo comenzó a declinar de improviso hacia el Norte... y el Sol y la Luna cambiaron su curso a consecuencia del trastorno de la Tierra».

El papiro Harris nos revela que nuestro planeta «giró sobre

(115) E. Andreieva, *V poiskakh poterannogo mira*, Detgiz, Leningrado, 1961.

(116) *Tierra sin tiempo, El planeta desconocido y No es terrestre.*

(117) «Tekhnika Molodeji», Moscú, n.º 9-12, 1956.

el mismo» a causa de una catástrofe cósmica. Relatos semejantes se encuentran también en los papiros del Ermitage de Leningrado y en los de Ipuwer.

Los indios establecidos en el curso inferior del río Mackenzie, en el Canadá septentrional, afirman que una oleada de calor insoportable se volcó sobre su país durante el diluvio, seguido por un frío intensísimo. Estos cambios de clima podían haber sido perfectamente debidos a una desviación del eje terrestre.

Una desviación que conduce a la inversión del aparente movimiento del Sol. Lo hemos dicho ya, y ahora podemos añadir otras documentaciones. Limitémonos a las «ruedas solares» cuyos movimientos, a la derecha y a la izquierda, se hallan representados no sólo en las esvásticas reproducidas y citadas en *No es terrestre*, sino también en instrumentos musicales célticos cuyos dibujos tienen los correspondientes en esgrafiados ingleses y hasta en relieves italianos cuyos autores no guardan siquiera el más pálido recuerdo del remoto cataclismo,

SIN RESPUESTA

1562. Diego de Landa, obispo del Yucatán, echa a las llamas todos los manuscritos mayas que han caído en sus manos. En aquel tiempo los considera «textos diabólicos», pero el paso

de los años le aporta también la sabiduría. Y helo aquí tratando de salvar lo salvable, de remediar, en los límites de lo posible, el insensato auto de fe. Helo aquí sentarse, noches tras noches, olvidando el sueño y el hambre, junto a su viejo acérrimo enemigo, el cultísimo rey Cocon, preocupados ahora ambos nada más que de sacar de la oscuridad restos del pasado. Con la ayuda del soberano, de un alto sacerdote pagano y de otros sabios, De Landa consigue reconstruir el antiguo calendario, esbozar el alfabeto maya, aunque de modo imperfecto, ya que el conocimiento de los idiomas en los que conversan los ex adversarios tiene muchas lagunas (118).

Durante dos siglos y medio, sin embargo, de él y de sus descubrimientos no se sabe ya nada.

1850. Un docto misionero que actúa en Guatemala, Étienne Brasseur de Bourbourg, se encuentra en Madrid y pide prestado de una biblioteca un volumen que le interesa. Un volumen que, probablemente, ha interesado poco a nadie porque el eclesiástico, consultándolo, ve desprenderse de sus páginas algunas hojas sueltas. ¡Son las del manuscrito perdido de Diego de Landa!

El descubrimiento sería ya de por sí muy importante, pero el futuro depara al afortunado reverendo otra grandísima sorpresa. En un tenderete del mercado de Ciudad de México donde los libros se venden por kilos, adquiere por cuatro pesos el ejemplar, único en el mundo, del más grande vocabulario maya-español jamás escrito.

Ello le faculta para redactar una gúfa para el estudio de la escritura maya que muy pocos advierten, pero que permite al propio Brasseur la traducción del llamado «código Troano».

Las palabras que, en el curso del trabajo, va alineando el misionero, a pesar de los errores y de los términos incomprensibles debidos a los textos en los cuales se basa, no pueden

(118) Véase «Mu», en la enciclopedia «Il Mare» del Istituto Geografico de Agostini, Novara, 1971.

menos que dejarle pasmado. Describen una catástrofe de enorme alcance:

... es el señor de la tierra levantada, el señor de la calabaza vinatera, la tierra levantada por el monstruo rojo (...) el señor de la tierra levantada, de la tierra hinchada en demasía, el señor (...) de las aguas.

Las alusiones a fenómenos telúricos (la «tierra levantada», la «calabaza vinatera», una imagen esta última que da de una manera sugestiva la idea de la deformación), a erupciones volcánicas (el «monstruo rojo»), a inundaciones (el «señor de las aguas»), a hundimientos y a bruscas elevaciones del suelo son evidentes, tanto que Brasseur pensó inmediatamente en una extraña analogía con el *Critias* y el *Timeo* de Platón.

¿Los mayas se referían, pues, a la Atlántida?

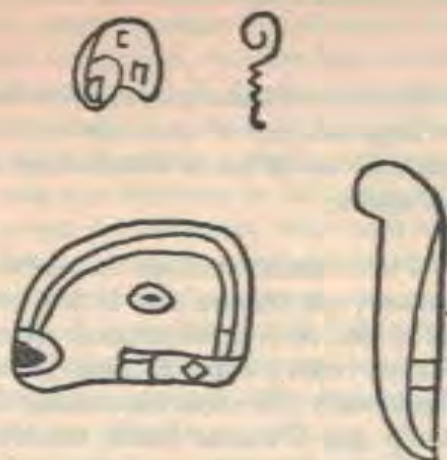
No. Conocían el cataclismo que causó el sumergimiento de las tierras de las cuales habla el filósofo griego, pero lo recuerdan en un pasaje diferente:

El undécimo día Ahau Katun ocurrió la calamidad (...) cayó una lluvia violentísima y cayeron cenizas del cielo y en una sola gran oleada las aguas del mar se volcaron sobre la Tierra (...) y el cielo se vino abajo y la tierra firme se hundió (...) y la Gran Madre Seyda quedó entre los recuerdos de la destrucción del mundo (119).

Aquella a la cual aludían en la descripción resumida por Brasseur era otra, y el misionero se percató de ello traduciendo el nombre de la región desaparecida por obra del «señor de la tierra levantada», que según el alfabeto de De Landa, sonaba a *Mu*.

¡Y las letras mayas tienen su correspondencia en el sím-

(119) La traducción es la debida al filólogo brasileño O. M. Bollo (1930).



Arriba, el "signo de Mu" descubierto por Churchward. Abajo, el alfabeto maya según De Landa. Como se ve, las letras "M" y "U" recuerdan muy de cerca los símbolos asidíticos.



bolo que, hallado en Asia por James Churchward, sirve para designar el legendario continente hundido en el Pacífico!

Es una curiosa figura, la de Churchward, y lo decimos sin ningún ánimo sarcástico. El conocido coronel británico tiene efectivamente el indudable mérito de haber reunido una cantidad de material valioso, tomado en consideración sólo en mínima parte (y sin entusiasmo) por la ciencia oficial. A ésta hay que reconocerle, sin embargo, una atenuante, constituida por el hecho de que aquél se pasó después a las doctrinas esotéricas, haciendo bastante difícil por consiguiente, una distinción entre los elementos reales y los fantásticos de sus trabajos.

Hay que decir, de todos modos, que las tablillas estudiadas por Churchward en la India y en el Tibet presentan asombrosas analogías con los «Hermanos del rayo» australianos, los hallazgos mayas, las inscripciones de los calendarios de la América precolombina, los signos grabados en el monolito de Tizec y en las «mesas de piedra» de Azcopotzalco, y sirven para sostener, de modo no indiferente, la hipótesis de la existencia de una vasta extensión de tierras en el Pacífico sometida a varios trastornos, el último de los cuales (¿quizá verificado con el cataclismo que destruyó la Atlántida?) habría determinado su total desaparición de la faz del globo.

«Cuando la estrella Baal cayó allí donde hoy no hay más que mar, las siete ciudades retemblaron con sus puertas de oro y sus templos, nació una gran llamarada y las calles se llenaron de espeso humo. Los hombres temblaron de miedo y una gran multitud se agolpó en los templos y en el palacio del rey. El rey dijo: "¿No os lo he predicho?" Y los hombres y las mujeres, vestidos con sus preciosas ropas, adornados con sus maravillosas alhajas, le rogaron y le imploraron: "¡Sálvanos, Ra-Mu!" Pero el rey les profetizó que todos deberían morir con sus esclavos y sus niños y que de sus cenizas nacería una nueva raza.»

Así, siguiendo a Churchward, las tablillas de Lhasa recor-

darían la catástrofe final, determinada por la caída de un cuerpo celeste, identificado por algunos en un asteroide. ¿Pura fantasía? Diríamos que no, considerando los enigmáticos hallazgos arqueológicos que siembran el Asia y las islas del Pacífico (120).

El coronel sostiene que pudo establecer, a través de sus investigaciones, que el imperio de Mu surgió hace más de ciento cincuenta mil años y alcanzó su máximo esplendor hace unos setenta y cinco mil años aproximadamente, cuando de sus siete principales ciudades los colonizadores se marcharon forzosamente sea en dirección de la Atlántida, sea hacia el interior de Asia. Aquí habrían echado las bases para lo que posteriormente sería (en el 20.000 antes de J.C. aproximadamente, siempre según Churchward) el gran imperio de Uigur.

Quizá se trata solamente de una rara coincidencia, pero hemos de observar que otro imperio Uigur surgió el siglo X después de J.C. apoyándose en antiquísimas tradiciones. Establecidos primero en Mongolia y luego en el Turquestán chino, sus fundadores, precisamente los uigur, dieron origen a una cultura desaparecida con la conquista mongol del siglo XII.

En cuanto a la supuesta expansión de Mu en dirección del continente americano, podríamos ver los últimos rastros en las crónicas de los navegantes que, surcando el Pacífico, toparon con extrañas islas nunca más halladas posteriormente. El español Juan Fernández, descubridor de las islas al oeste de Chile a las cuales dio su nombre, y de las Desventuradas, San Félix y San Ambrosio, afirmó, por ejemplo, que había arribado en 1576 a las costas de un «continente» situado cerca de Pascua, recorrido por «larguísimos ríos», quedando encantado del trato con «gentes tan blancas y tan bien vestidas».

¿Invenciones, alucinaciones, errores?

No, en estas relaciones siempre hay algo de verdad, aunque

quien las redactó pudiera haber estado inducido por motivos obvios a teñir de rosa los lugares y los hombres más parecidos por sus características a aquellos que le eran conocidos por él, encontrados al cabo de interminables viajes.

Puede ser que fragmentos de tierras sumergidas hayan existido hasta tiempos relativamente próximos al nuestro, para desaparecer luego, a su vez, bajo las olas.

Volviendo a la gran Mu y siguiendo otra vez al oficial británico, la veremos caracterizada por dilatados bosques y praderas, con un clima subtropical, recorrida por mastodontes, habitada por 64 millones de individuos pertenecientes a diez razas diferentes. Los herederos de la más evolucionada seríamos nosotros, y nuestros antepasados del continente perdido nos habrían dejado en patrimonio un color vagamente bronceado, tupidos cabellos negros y ojos azules.

¿Hasta qué punto es creíble la historia? No podemos decirlo. Nos ha impresionado, de todos modos, la noticia según la cual el doctor F. Bruce Russell, un psicoanalista de Los Ángeles, había encontrado cerca de St. George, Utah, unas momias que él afirma provenientes de Mu.

Gilgamesh, si realmente viviera aún, podría decirnos algo más.

Pero quizá no tendría ojos ni boca para una Humanidad que se negaría a creerle.